

# **EL LENGUAJE POLÍTICO DE LA REGENERACIÓN EN COLOMBIA Y MÉXICO**

by

**María del Pilar Melgarejo Acosta**

B.A. in Social Communication, Pontificia Universidad Javeriana, 1999

M.A. in Philosophy, Pontificia Universidad Javeriana, 2002

M.A. in Hispanic Languages and Literatures, University of Pittsburgh, 2003

Submitted to the Graduate Faculty of  
Arts and Sciences in partial fulfillment  
of the requirements for the degree of  
Doctor of Philosophy

University of Pittsburgh

2007

UNIVERSITY OF PITTSBURGH  
SCHOOL OF ARTS AND SCIENCES

This dissertation was presented

by

María del Pilar Melgarejo Acosta

It was defended on

November 26, 2007

and approved by

Gerald Martin, Ph.D., Professor

Lara Putnam, Ph.D., Professor

Juan Duchesne-Winter, Ph.D., Professor

Dissertation Director: Joshua Lund, Ph.D., Professor

Copyright © by María del Pilar Melgarejo Acosta

2007

# EL LENGUAJE POLÍTICO DE LA REGENERACIÓN EN COLOMBIA Y MÉXICO

María del Pilar Melgarejo Acosta, Ph.D

University of Pittsburgh, 2007

This dissertation concerns the *production of a political language* in Colombia and Mexico during the late nineteenth and early twentieth centuries. I argue that this new political language emerged and was made intelligible through a rhetoric and vocabulary of national *regeneration*: the task of giving new life (“regenerating”) to national populations becomes the common ground of political debate. My objects of study are the political essays and literary texts that were essential for producing and solidifying the idea of regeneration in two national contexts. Colombia and Mexico make a striking comparison in this regard. On the one hand, they represent a political dichotomy during the late nineteenth century: while Colombia was passing through an ascendant and newly aggressive conservatism, Mexico was embarking upon a long period of official liberalism that still reigns hegemonic today. And yet on the other hand, these political-historical contexts meet on the common ground of *regeneration*. It is illustrative to note that between the most reactionary conservatives in Colombia and the most radical liberals in Mexico, both shared a common thesis regarding their capacity to make vigorous a national society perceived to be in decay: both literally took a vocabulary of *regeneration* as their own. In Colombia, politician-writers such as Rafael Núñez (1888) and Miguel Antonio Caro (1886) would summarize their political task to the nation as nothing less than the choice between “regeneration or catastrophe”. More explicitly literary writers, such as José Asunción Silva (1896 [1925]) took up the language of regeneration as a mode of social

critique. In the political middle, the intellectuals in and around the more centrist Díaz regime (Ignacio Altamirano [1888], Justo Sierra [1885; 1900]) would recur constantly in their treatises, essays and novels to tropes of social regeneration. Precisely through a comparison of these two cases—at once divergent and convergent—this project will yield insight into larger relations between cultural production and nation-state consolidation throughout Latin America during a momentous historical period whose political reformatations still resonate today.

## ÍNDICE

<b>1.0 INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>1</b>
<b>2.0 IRRADIACIÓN Y ABANDONO.....</b>	<b>8</b>
<b>2.1 EL GIRO DECIMONÓNICO: ÁNGEL RAMA, JULIO RAMOS Y BEATRIZ     GONZÁLEZ STEPHAN.....</b>	<b>11</b>
2.1.1 El campo abierto por <i>La ciudad letrada</i> .....	11
2.1.2 Julio Ramos: el intelectual y la letra.....	15
2.1.3 Beatriz González Stephan y el proyecto disciplinario.....	19
<b>2.2 LA TESIS IRRADIACIONISTA.....</b>	<b>22</b>
2.2.1 Foucault y la tesis irradiacionista.....	25
<b>2.3 EL GESTO DEL ABANDONO.....</b>	<b>29</b>
<b>3.0 ANDRÉS BELLO Y LA REGENERACIÓN GRAMATICAL.....</b>	<b>35</b>
<b>3.1 USO, CIVILIZACIÓN Y PENSAMIENTO.....</b>	<b>37</b>
<b>3.2 UNIFORMIDAD Y HETEROGENEIDAD.....</b>	<b>40</b>
<b>3.3 EL MODELO Y EL PÚBLICO DE LA GRAMÁTICA.....</b>	<b>45</b>
<b>3.4 IRRADIAR Y ABANDONAR.....</b>	<b>53</b>

<b>4.0</b>	<b>EL LENGUAJE POLÍTICO DE <i>LA REGENERACIÓN</i> EN COLOMBIA.....</b>	<b>59</b>
<b>4.1</b>	<b>ORÍGENES DE LA IDEA DE LA REGENERACIÓN.....</b>	<b>64</b>
<b>4.2</b>	<b>EL GOBIERNO REGENERADOR, CONFIGURACIÓN DE UNA IDEA.....</b>	<b>72</b>
<b>4.3</b>	<b>INGOBERNABILIDAD Y HETEROGENEIDAD EXCEPCIONAL.....</b>	<b>82</b>
<b>5.0</b>	<b>DEGENERADO ENTRE LOS REGENERADORES: SILVA, <i>De sobremesa</i> y LA REGENERACIÓN.....</b>	<b>88</b>
<b>5.1</b>	<b>LA NOVELA Y EL PASAJE NACIONAL.....</b>	<b>90</b>
<b>5.2</b>	<b>SILVA Y <i>LA REGENERACIÓN</i>.....</b>	<b>93</b>
<b>5.3</b>	<b>EL <i>PASAJE NACIONAL</i> DE SILVA.....</b>	<b>101</b>
<b>5.4</b>	<b>LA MIRADA ECONÓMICA .....</b>	<b>104</b>
<b>5.5</b>	<b>BUROCRACIA Y POLÍTICA.....</b>	<b>110</b>
<b>5.6</b>	<b>EL FANTASMA DE NORDAU.....</b>	<b>113</b>
<b>5.7</b>	<b>DEGENERACIÓN Y LOCURA.....</b>	<b>116</b>
<b>5.8</b>	<b>USO Y ABANDONO DE LA POBLACIÓN: EL PROBLEMA DE LOS CUERPOS DEGENERADOS.....</b>	<b>120</b>
<b>5.9</b>	<b>REGENERAR <i>ES</i> ABANDONAR.....</b>	<b>124</b>
<b>6.0</b>	<b>SOBERANÍA Y EXCEPCIÓN EN <i>EL ZARCO</i> DE ALTAMIRANO.....</b>	<b>132</b>
<b>6.1</b>	<b>DEL "NIÑO DE RAZÓN" A LA FUNCIÓN PEDAGÓGICA DE LA NOVELA.....</b>	<b>134</b>
<b>6.2</b>	<b>HISTORIA Y CRÍTICA DE LA NOVELA .....</b>	<b>141</b>

<b>6.3 TRES FIGURAS DE EXCEPCIÓN: EL BANDIDO, EL JUSTICIERO Y EL SOBERANO.....</b>	<b>148</b>
6.3.1 Martín Sánchez Chagollán .....	154
6.3.2 El justiciero.....	156
6.3.3 El soberano y el justiciero.....	159
 <b>7.0 EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE SIERRA COMO CONTINUACIÓN DE ALTAMIRANO.....</b>	 <b>173</b>
 <b>8.0 CONCLUSIÓN.....</b>	 <b>195</b>
 <b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	 <b>191</b>



## 1.0 INTRODUCTION

El objeto de estudio de esta investigación es el *lenguaje de la regeneración*. Es así como caracterizo el lenguaje que modeló el discurso político del siglo XIX latinoamericano, específicamente en los contextos de Colombia y México. La articulación entre lengua y política ha sido fundamental en la formación política de los estados modernos. Cuando Aristóteles describe el funcionamiento de la polis explica que el lenguaje es la condición de posibilidad de la política, más aún, el hombre, en la medida en que posee un lenguaje es un animal político (*zoon politikon*). Tal axioma sugiere que el hombre realiza su humanidad en el lenguaje, dado que este marca su separación de la animalidad, es decir, su potencial para tener una *vida política*. No puede haber política sin lenguaje, porque toda acción política fluye a través *de* y es inteligible *en* el lenguaje. Este último, entonces, es la condición originaria de la política y marca su posibilidad.

Construir un lenguaje común es la condición necesaria para la existencia de una comunidad política.<sup>1</sup> La comunidad que se erige como modelo y se consolida en el XIX es la del Estado-nación. En este contexto la constitución de *un* lenguaje político —nacional y

---

<sup>1</sup> Según sostiene Arendt “Ser político, vivir en una polis, significaba que todo se decía por medio de palabras y de persuasión, y no con la fuerza y la violencia”. Arendt explica que la definición aristotélica del hombre como *zoon politikon* sólo se puede entender si se agrega la segunda definición del hombre como *zoon logon ekhon* (“ser vivo capaz de discurso”). “En sus dos definiciones más famosas, Aristóteles únicamente formuló la opinión corriente de la *polis* sobre el hombre y la forma de vida política y, según esta opinión, todo el que estaba fuera de la *polis* – esclavos y bárbaros- era *aneu logou*, desprovisto, claro está, no de la facultad de discurso, sino de una forma de vida en la que el discurso y sólo éste tenía sentido y donde la preocupación primera de los ciudadanos era hablar entre ellos.” (Arendt 1998, 41).

hegemónico— se convirtió en una necesidad imperante para el proceso de formación del Estado moderno. La idea central a partir de la cual se consolidó el lenguaje político del siglo XIX en América Latina es: la *regeneración*. El ánimo por regenerar a la población atraviesa los discursos de políticos, escritores e intelectuales de la época. Una de las grandes ventajas de esta idea es que incluye y contempla algunos de los tropos fundamentales que caracterizan la época: civilizar, educar, “domesticar”, pacificar, controlar o someter al bárbaro. Todas estas ideas se encuentran en un mismo propósito regenerador de la población, es decir, se encuentran en la preocupación por dar vida nueva (re-generar) a una población que se encuentra en estado degenerado. El propósito de este estudio es explorar cómo emerge esta idea y cómo se consolida en cuanto eje articulador de la conversación política en dos contextos nacionales: Colombia y México (1880-1920).

La “regeneración” es una palabra ya bien asociada con la época. En el caso de Colombia, por ejemplo, existe todo un período en la historia política del país a finales del XIX llamada La Regeneración. Así mismo, se encuentra relacionada con un vocabulario preocupado por limpiar, purificar y hacer productivo el cuerpo social. Pero si tomamos con seriedad la regeneración como un modo de dar forma a un lenguaje político, tenemos que asumir todas sus consecuencias discursivas. Es decir, tenemos que ir más allá de la regeneración como simple eslogan o constelación de palabras del momento y considerar cómo participa en la formación de las ideas y prácticas políticas de la época, cómo, en fin, eventualmente vino a nombrar los términos de los proyectos nacionales.

La regeneración, en sentido amplio, es la pretensión de dar “vida nueva” a las poblaciones heterogéneas para fortalecer el proyecto de construcción de una totalidad coherente. Esta “vida nueva” de los sujetos nacionales es entendida aquí como *vida política*, es decir, la

conversión de meros sujetos nacionales en ciudadanos —sujetos de derechos y deberes—, ya que la ciudadanía era la vía necesaria para ser reconocido como miembro de la nación.

Este lenguaje de la regeneración emergería como el más apropiado para que la elite letrada promoviera la intervención del estado sobre la vida de los nacionales. Es así como la regeneración hace pensable una serie de *políticas sobre la vida* de esta población a través de las cuales se intentaba regularizar y administrar la vida de los sujetos. La regeneración pasó a convertirse entonces en un modo de nombrar el proyecto de fomentar prácticas sociales correspondientes con las costumbres de la clase dirigente. La necesidad de “limpiar” la lengua a través de la gramática, el alma a través de la moral y el cuerpo a través de los manuales de urbanidad, hace parte de todo un programa de *regeneración* nacional. A través de esta idea se construye un discurso político con una comprensión particular de la vida social ligada a los centros de poder estatal y unas políticas sobre el cuerpo y el comportamiento correspondientes a la formación de sujetos nacionales, así como modos específicos de reconocer la población y el territorio.

Esta investigación está dividida en seis secciones. La primera sección es principalmente una indagación teórica acerca del modo cómo hasta ahora la crítica ha interpretado el discurso dominante durante el siglo XIX. Me ocuparé entonces del trabajo de tres de los representantes más importantes de la crítica contemporánea del siglo XIX: Ángel Rama, Julio Ramos y Beatriz González. A través de este recorrido identifico la tendencia que caracteriza el análisis llevado a cabo por la crítica, llamo a esta tendencia la *tesis irradiacionista*. Entiendo la tesis irradiacionista como una comprensión del poder en términos de un centro desde el cual el poder se irradia y expande hacia fuera.

Con el fin de ir más allá de esta tesis irradiacionista propongo una lectura del poder a partir de una atención explícita a las relaciones entre la regeneración y lo que llamo aquí el *abandono*, es decir, un poder que al mismo tiempo que tiene el propósito de expandirse a toda la población la abandona. Por abandono no entiendo una mera exclusión de los sujetos que no encajan dentro del proyecto nacional, sino siguiendo la propuesta del filósofo Giorgio Agamben (1995), entiendo el abandono en términos de una exclusión inclusiva. Es decir, un poder que incluye excluyendo. Este modelo cambiará los parámetros a partir de los cuales se piensa el poder cultural en el siglo XIX. Se explicará con más detenimiento este punto en el primer capítulo.

Mi propuesta es leer la institucionalización del gesto del abandono como aquello que define el nuevo lenguaje político que llamo *regeneración*. Un ejemplo de esta operación la podemos encontrar en el escritor y político liberal mexicano Ignacio Manuel Altamirano. En uno de sus ensayos sobre el tema de la función social de la novela (1868), el autor se refiere al género novelesco como esperanza de regeneración para las masas (56). A través de la lectura de novelas los ciudadanos serán irradiados con la luz de la ilustración y se promoverán los “principios de regeneración moral y política” (1868, 51): hombres buenos y buenos ciudadanos. Si leemos su ensayo a la luz de su novela *El Zarco* (1901), el modelo de ciudadanía no es el “indio abyecto y servil” (125) sino el hombre productivo y “culto ennoblecido por el trabajo” (328). Altamirano es ilustrativo aquí para ejemplificar cómo el proyecto de regeneración funciona también como un proyecto de abandono. Para ser incluido dentro del proyecto nacional y así regenerado, el indio debe convertirse en un modelo de ciudadano, esto quiere decir, ser productivo bajo los parámetros que impone ser un “estimable obrero” (328). El indio que no encaje dentro de los parámetros de la productividad, el que no se convierta en “obrero” será abandonado. Así, el

indio, como sujeto nacional, puede ser irradiado por la ilustración. Pero el indio como indio es abandonado.<sup>2</sup>

En el segundo capítulo me ocuparé de uno de los fundadores en la incorporación y desarrollo de la idea de la regeneración, aquí quiero llamar la atención acerca del proyecto gramatical de Andrés Bello. En cuanto fundador del pensamiento independentista, y promotor de un ideario político y educativo, Bello representa la intensificación de la puesta en marcha de este lenguaje político.

La tercera sección estará dedicada al caso colombiano, específicamente el caso del pensamiento político de los presidentes y escritores Rafael Núñez (1825-1894) y Miguel Antonio Caro (1843-1909), representantes del período político de La Regeneración. Se trata de indagar cuáles son los orígenes y la consolidación de una idea que marcó —como bandera y lema del gobierno— casi dos décadas de la historia del país a finales del XIX. Este análisis se llevará a cabo teniendo en cuenta algunos de sus escritos políticos más importantes. La cuarta sección está dedicada a la novela de José Asunción Silva (1865-1896) *De sobremesa* (1925), específicamente un pasaje que por su forma y contenido desentonan con el resto de la novela. He llamado a este pasaje en particular el “pasaje nacional”, su complejidad radica en el tono irónico y vehemente que lo caracteriza. Explico como Silva construye una crítica agresiva del gobierno de Núñez y Caro y su proyecto regenerador, aprovechándose del mismo lenguaje que define el poder político del día. Por último me ocuparé de la novela de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) *El Zarco* (1901), y el rol de tres figuras a las que llamo “figuras de excepción” en la novela: el soberano,

---

<sup>2</sup> Otro ejemplo son los ensayos de 1882 de Luis Alva, editor y defensor tenaz del liberalismo institucional. Escribiendo sobre las políticas de la colonización, Alva se refiere al incipiente “prólogo de la regeneración de los indios” en México. En el caso concreto de su argumento, “regeneración” se refiere a la necesidad de convertir al indio en un *ciudadano productivo*, que no solo produce económicamente sino también regenera la nación a través de la reproducción de la raza nacional, es decir, el mestizo. Ver: Joshua Lund. “Colonization and Indianization in Liberal Mexico: The Case of Luis Alva”. Unpublished manuscript.

el bandido y el justiciero. Este capítulo termina con una corta sección en la que se traza una línea de continuación entre el proyecto de Altamirano y el de Justo Sierra (1902, 1902).

Lo interesante del contraste entre estos dos contextos es que permite visualizar dos sistemas político-nacionales ideológicamente muy distintos y sin embargo que se encuentran en un mismo espectro político, un lenguaje legitimador y una serie de presuposiciones que producirán la imagen aceptada de una población nacional que estaba en estado de degeneración y que necesitaba ser regenerada. Mientras Colombia estaba pasando por un ascendente conservativismo, México estaba embarcada en un largo período de liberalismo oficial que es hegemónico aún hasta hoy. En Colombia, los políticos Rafael Núñez (1825-1894) y Miguel Antonio Caro (1843-1909) sintetizaron su tarea política con la nación como la necesidad de decidir, como lo dice su lema, entre “regeneración o catástrofe”. Precisamente, el período histórico asociado con su hegemonía conservadora (1880-1898) es recordado en la historia política colombiana como La Regeneración. En el espacio político mexicano los intelectuales al interior y alrededor del régimen de Porfirio Díaz (Ignacio Altamirano 1888, Justo Sierra 1885 y 1900) recurrieron constantemente en sus tratados, ensayos y novelas a un vocabulario basado en la idea de cuidar, purificar y en últimas curar, esto es, dar nueva vida a un cuerpo social decadente y degenerado.

La regeneración es condición de posibilidad de un nuevo modo de pensar la sociedad, la cultura y la articulación nación-estado. No es accidente que encontremos en los textos del período una proliferación de declaraciones acerca de la necesidad de regenerar naciones y sociedades. Sin duda, este creciente poder simbólico y la emergencia del vocabulario literal de ‘regeneración’ están al centro de lo que podríamos llamar la cultura política de ese momento histórico. Mi punto es que las consecuencias de este lenguaje de regeneración son radicales: se

filtra en las instituciones y comienza a determinar de cierto modo las políticas sobre la vida de la población promovidas por el Estado, generando también una transformación más amplia, tanto a nivel estético —la producción literaria— como a nivel de las prácticas políticas de la elite. De este modo se trasciende así misma como metáfora y se convierte en la base ideológica sobre la cual un momento político puede imaginarse. La regeneración entonces no es sólo un lema o una retórica, sino un lenguaje, un nuevo modo de pensar el mundo, sobre todo en cuanto a la relación entre nación (como pueblo) y estado (como proyecto político). Esta investigación pretende ofrecer un nuevo proyecto analítico para la crítica cultural latinoamericana al preguntarse: ¿cuál es la relación entre la constitución de una serie de metáforas políticas (regeneración), la imaginación de una comunidad nacional y las prácticas que refuerzan dicha articulación?

Esta investigación busca entonces ofrecer profundidad discursiva e histórica a algunos de los debates más importantes en el área de la literatura latinoamericana y los estudios culturales hoy en día, especialmente los que se refieren a la cultura política del XIX en el contexto de la consolidación de los estados-nación. Esta matriz histórico-cultural ha sido tradicionalmente entendida en Latinoamérica en términos de una elite literaria y política que pone en marcha ciertos mecanismos de control social (a través de producciones escritas como la novela o el ensayo político) con el fin de realizar el proyecto de la nación (Rama 1984; Ramos 1989; Gonzáles 1994; Sommer 1991). Poco se ha trabajado, sin embargo, acerca del sustento metafórico e ideológico que organiza y normaliza el discurso político y que permite que el establecimiento de las relaciones entre la elite y la masa pueda ser pensado. En este sentido, mi estudio contribuye a pensar estas relaciones de un modo trans-regional para comparar y contrastar las especificidades históricas de la emergencia de un lenguaje de regeneración, un lenguaje político que todavía resuena en la escena latinoamericana contemporánea.

## 2.0 IRRADIACIÓN Y ABANDONO

El objeto de esta investigación es el lenguaje que modeló y configuró el discurso político del siglo XIX, siglo que fue testigo de la conversión de virreinos en repúblicas y de poblaciones en ciudadanos. Durante los primeros años de formación y consolidación nacional, la consigna sobre la cual sentó sus bases el poder político fue la de *orden y progreso*. Esta encuentra su fuente en la corriente del positivismo que paulatinamente dominó el terreno intelectual del siglo y se legitimó a través de la tarea de ordenar el “caos” político y social reinante. Ya desde la formación de las repúblicas independientes, los gobiernos nacionales percibieron el conflicto social y la heterogeneidad de la población como un obstáculo para la modernización de las nuevas sociedades. Las guerras civiles contribuyeron a naturalizar la necesidad de consolidación de un proyecto nacional y estatal cuyo ordenamiento social y político estuviera basado en un ideal de sociedad civilizada.

Escritores, políticos e intelectuales, que se encontraban en un lugar privilegiado dentro del escenario político y cuya función estaba ligada de alguna u otra manera a la fundación de los estados y sus burocracias, fundaron y promovieron dicho lenguaje político. Representados en la figura del *letrado*, el lugar de estos intelectuales en la historia de los países latinoamericanos será analizado por Ángel Rama en su monumental obra *La ciudad letrada* (1984) y continuada por Julio Ramos en *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX* (1989). En el lenguaje de Rama, la “ciudad”, construida por los letrados, será el



escenario de luchas políticas generadas por el deseo de atravesar o derribar sus impenetrables murallas. Tales luchas, encarnadas en las denominadas guerras civiles, marcarían la historia de las naciones y se perpetuarían hasta el presente.

Propongo leer el discurso político del siglo XIX como modelado por un tipo de lenguaje particular que llamo aquí el *lenguaje de la regeneración*. El término posee una carga histórica importante ya que sería utilizado por intelectuales y políticos preocupados por la construcción de la nación. Aquí se estudiarán los casos concretos de Colombia y México. Pero más allá de identificar el uso literal del término, propongo leer el lenguaje político de la época bajo el rasero de la regeneración haciendo uso del concepto como instrumento crítico para interpretar la construcción del discurso político en el XIX.

Varios han sido los registros a partir de los cuales la crítica sobre el siglo XIX latinoamericano ha interpretado el discurso político: ordenar, educar, pacificar, disciplinar; en concreto un mismo propósito: *civilizar al otro*. La ventaja de leer el discurso político bajo el rasero de la regeneración radica en que se trata de una idea que incluye todas estas diferentes interpretaciones (hay una población desordenada, analfabeta, violenta, indisciplinada e incivilizada a la que hay que transformar) y al mismo tiempo complejiza el gesto del poder. La fuerza política de esta metáfora y su capacidad para incluir los demás registros de lectura se encuentra en que convierte a la vida, de la manera más inmediata, en su objeto. Re-generar quiere decir dar vida nueva, “nuevo ser a algo que degeneró, restablecerlo o mejorarlo” (RAE 2007). Esta primera definición de la *Real Academia Española* implica que hay “algo” que decayó, que tuvo una especie de regresión y ahora se encuentra en un estado inferior del cual hay que rescatarlo. Pero regenerar también quiere decir “hacer que alguien abandone una conducta o unos hábitos reprobables para llevar una vida moral y físicamente ordenada” (Ibíd.). Aunque por

supuesto se encuentra presente, no me voy a ocupar aquí de la connotación biológica del término sino de su connotación política. Me interesa por tanto la preocupación del Estado por volver a (“re”) producir (“generar”) nueva vida política. El modelo—un sujeto a la vez individualizado y multiplicado—de esta nueva vida política es el ciudadano.

La fuerza del término re-generar se encuentra en que posee un factor dinámico que no poseen otros términos. Es decir supone una acción (generar) sobre algo que ya existe (la población) pero que hay que cambiar. Es decir, no solo está nombrando el proyecto futuro y expansivo que hay que adelantar (ordenar, civilizar, pacificar) sino que supone y nombra la existencia de una población degenerada. De esta manera describe el propósito de una elite preocupada por transformar la vida política de una sociedad en decadencia pero al mismo tiempo llena de potencial. De manera que la regeneración nos permite ver los dos gestos del poder: su gesto expansivo y así inclusivo por un lado, y por otro lado un gesto exclusivo en relación con una población que si no participa de la regeneración quedará estancada y en estado de degeneración. La crítica sobre el siglo XIX ha puesto sus bases en un análisis del poder que identifica la exclusión como una consecuencia ineludible del proyecto nacional en cuanto proyecto expansionista. Sin embargo, en las narrativas de formación nacional es precisamente ese “otro” el que aparece por todas partes (ej. los indios o los bandidos). Lejos de ser invisibilizado, el otro marginado es hecho visible. El término regeneración explica la expansión del proyecto político y la suspensión de su aplicación a dicha población. A este doble gesto del poder lo llamaré *regeneración* y *abandono*.

En primera instancia comenzaré estableciendo cuáles son los aportes más importantes del trabajo realizado por la crítica sobre el siglo XIX. Me ocuparé específicamente del trabajo realizado por tres autores: Ángel Rama (1984), Julio Ramos (1989) y Beatriz González Stephan

(1996). El propósito de este ejercicio es identificar el talante del modelo de interpretación utilizado por la crítica contemporánea.

## **2.1 EL GIRO DECIMONÓNICO: ÁNGEL RAMA, JULIO RAMOS Y BEATRIZ GONZÁLEZ STEPHAN**

### **2.1.1 El campo abierto por *La ciudad letrada***

El libro de Ángel Rama, *La ciudad letrada* (1984), es revolucionario en cuanto abre todo un nuevo campo de posibilidades de interpretación de la historia política y cultural de América Latina en el siglo XIX. Rama traza en su libro una línea de continuidad entre lo que el llama “la ciudad de los signos”, forjada desde la conquista, hasta la ciudad contemporánea. *La ciudad letrada* está dividida en seis secciones (lo que Rama llama la ciudad ordenada o ciudad barroca, la ciudad letrada, la ciudad escrituraria, la ciudad modernizada, la polis politizada y la ciudad revolucionada), cada una de las cuales se ocupa, aunque no exclusivamente, de un momento dentro de la historia del continente, y de una transformación en las relaciones entre escritura y sociedad. Rama mostrará cómo estas relaciones no son cerradas, sino que por el contrario se yuxtaponen, prevaleciendo en términos generales una misma matriz escrituraria del poder. En síntesis, se trata de una historia de la escritura entendida como historia del poder del estado.

En su primer capítulo Rama se ocupa de la ciudad del siglo XVI, a la cual llama la ciudad barroca. Este es el modelo de las ciudades americanas que apenas han sido conquistadas. Ellas están regidas por tres instituciones: la Iglesia, el Ejército y la Administración. El Rey es la

cabeza de este orden jerárquico espacial y social. De acuerdo con el autor, fue aquí cuando la escritura, con su rigidez y permanencia, comenzaría “su esplendorosa carrera imperial en el continente” (9). Ya desde este momento las ciudades serían concebidas como espacios de civilización que se definen en oposición al espacio rural, el de la barbarie.

La ciudad barroca es una ciudad que se erige en el orden de los signos. Se trata de una ciudad ideales y jerárquica que se trazará a través de mapas, cuadros y planos, todos modelos de representación de ciudades que no existen pero cuyo orden debe quedar estatuido para “impedir todo futuro desorden” (8). En la ciudad de los signos se fijan las reglas concernientes a la movilidad social en un intento por llenar la tabula rasa que caracteriza a las tierras recién conquistadas. El carácter perenne e inalterable de los signos permitirá volver realizable el sueño de un orden social, económico y político para las nuevas ciudades americanas.

A continuación Rama se ocupa de la que llama en su segundo capítulo, de modo específico, “la ciudad letrada”. Este es el modelo de la época colonial y estaba compuesta por un conjunto de funcionarios —religiosos, administradores, educadores, profesionales, y múltiples servidores intelectuales— quienes por tener dominio de la escritura, podían ejercer el poder de la letra (25). La burocracia instaurada durante la época constituía un anillo de poder que pretendía funcionar no solo como el canal de comunicación entre las metrópolis y el centro imperial sino como el encargado de dar cumplimiento a las órdenes del centro. La burocracia se materializó en toda una serie de instituciones (Audiencias, Capítulos, Seminarios, Colegios, Universidades) que tenían una estrecha relación con la escritura y que debían encargarse de expandir el poder de la letra (30).

Mientras que sus dos últimos capítulos estarán dedicados al siglo XX, con un enfoque en las transformaciones políticas que han caracterizado la historia de América Latina (ej. 107), será

en los capítulos “La ciudad escrituraria” y “La ciudad modernizada” donde Rama se ocupará específicamente del papel de la letra y la escritura en el siglo XIX. En estos capítulos Rama destaca tres aspectos que contribuyen al proceso acelerado de sacralización de la letra. En primer lugar la institucionalización de la escritura a través de constituciones, leyes y códigos, esto con el fin de organizar “la anárquica confusión de la sociedad sobre la cual legislaban” (42). En segundo lugar, el creciente proceso de profesionalización de diferentes áreas cuya legitimidad es confirmada por su dominio de la escritura: abogados, médicos, intelectuales de los sectores de educación, periodismo y diplomacia (73). A este grupo se sumarían las escuelas técnicas y las nuevas profesiones de sociólogos, economistas y educadores (81). En tercer lugar Rama destaca la importancia de la lengua americana en el XIX y la manera en que el purismo idiomático ha constituido una de las grandes obsesiones del continente. Según Rama, así como existe una disparidad entre el marco legal que quiere aplicarse en estas ciudades y la confusa realidad social, así también existirá una disparidad entre la lengua culta y el habla popular (49). La libertad proclamada por la independencia fue “absorbida por la escritura. Lo supieron todos los educadores de la época (Andrés Bello, Simón Rodríguez, más tarde Sarmiento), para quienes el problema obsesivo fue la reforma ortográfica” (60). La lengua americana fue reconocida como el instrumento clave en cuanto ordenador de la cultura, de ahí la proliferación de cartillas y manuales de gramática y escritura durante la época. De dicha preocupación se desprende la creación de Academias de la Lengua —la primera fundada fue la colombiana en 1872— que fueron “la respuesta de la *ciudad letrada* a la subversión que se estaba produciendo en la lengua” (83).<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> En relación con la formación de la Academia Colombiana de la Lengua y sus relaciones con el poder social ver Melgarejo 2003.

Desde la primera página de *La ciudad letrada* el autor dicta una sentencia iluminadora en cuanto define el carácter de su proyecto: “la ciudad pasó a ser el sueño de un orden” (1). Es decir, no solamente un modo particular de distribución del espacio, sino que fue concebida como una estructura simbólica que exigía un orden legal y social determinados. El término “ciudad” tiene por tanto para Rama una fuerza explicativa poderosa para dar cuenta del modo en que el mantenimiento del orden es equivalente al mantenimiento del poder de la elite que dominaba la letra (burócratas, intelectuales y administradores que participan del anillo de poder). El término ciudad evoca dos planos: la “ciudad real” y la “ciudad letrada”. Entre las dos existe una disparidad que será la constante en la historia latinoamericana. La ciudad letrada impondrá el encuadre bajo el cual supuestamente la pluralidad cultural y social debería someterse. En un contexto muy poco urbano y mayormente analfabeto la ciudad letrada intentaría propagar su ley.

El aspecto del trabajo de Rama sobre el cual me centraré es la distribución del poder y sus implicaciones. El modelo de la ciudad letrada permite trazar el movimiento del poder como un movimiento que tiene un centro compuesto por una elite (con sus respectivas instituciones y profesionales) desde el cual el poder se extiende hacia fuera, en un intento por expandirse a toda la sociedad. De acuerdo con Rama, la escritura, en este contexto, será una especie de “*red* producida por la inteligencia razonante que, a través de la mecanicidad de las leyes, instituye el orden” (mi énfasis 35). Rama utiliza la imagen de la red o la del expansivo racimo (19) para postular una tesis irradiacionista del poder. La descripción del poder en estos términos aparece desde sus primeros capítulos, donde describe el funcionamiento de la ciudad barroca en la época colonial, en los que el poder central se encuentra al otro lado del mar y se va trasladando a los centros urbanos locales. Durante el siglo XIX este poder se distribuirá —siguiendo la misma

estructura expansiva— a través de la educación, la gramática y la ortografía, entre otros mecanismos.

### **2.1.2 Julio Ramos: el intelectual y la letra**

Con *La ciudad letrada* (1984), Ángel Rama consolida una tradición de lectura del poder político a partir de las relaciones entre literatura y sociedad. Si Rama marca un cambio en la matriz literatura-sociedad —después de Rama, la escritura, más aún, la literatura, debe ser pensada no como externa al, sino como producto del poder social, o mejor, entrelazada dentro de una serie de fuerzas sociales— es con la obra de Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (1989), que el gesto crítico de este cambio se realiza plenamente. A través de la matriz de análisis que construye, realiza un recorrido por varios contextos nacionales (principalmente Chile, Argentina y Cuba) con el propósito de mostrar cómo el acto de escribir es un acto de ejercicio del poder que se lleva a cabo, por lo menos hasta fines del siglo, en el contexto de la ciudad letrada. El trabajo realizado por Ramos es iluminador por el modo en que identifica la escritura como inscrita dentro de un campo institucional y sujeta a los lineamientos y exigencias de la cultura.

La continuación del trabajo de Rama ha sido trazada no como una línea continua sino más bien como un trabajo de redefinición de los términos del autor. La obra de Ramos es un ejemplo de esto. Es decir, la continuación del trabajo de Rama ha sido también escrita de cierta manera como una corrección de Rama, o al menos, una relectura de algunos de sus elementos esenciales. Desde la primera página de su prólogo, Ramos establece claramente su propósito: llevar a cabo una reflexión sobre la relación problemática entre literatura y poder en la

modernidad (7). Ramos explica que en el XIX la literatura pasa a convertirse en el discurso autorizado para hablar de política, se trata de un modo privilegiado para nombrar a Latinoamérica y así una manera de conjurar su identidad. Para Ramos escritura y vida pública, estética y política no pueden concebirse separadamente. Así, Ramos va más allá del trabajo realizado por Rama en el sentido de que profundiza acerca de la categoría del letrado propuesta por *La ciudad letrada*, es decir, se detiene en las particularidades que le corresponden a cada intelectual dependiendo del contexto nacional al cual pertenece, el momento histórico y político que vive y en general todo el conjunto de prácticas que lo redefinen constantemente.

En síntesis, si Rama postula un cierto modelo socio-histórico de análisis cultural, entonces Ramos representa un intento importante por refinar algunos de sus componentes. Por ejemplo la categoría de letrado en el trabajo de Rama es demasiado amplia y de este modo mistificante, ya que omite aquellos rasgos particulares y específicos del letrado que condicionan su voz y así su escritura. De esta manera, uno de los puntos centrales para Ramos será el hecho de que en el XIX la relación entre intelectualidad y vida pública nunca termina de resolverse. Como figura estructural del poder, el letrado participó ampliamente en la producción de un discurso preocupado por controlar la barbarie y promover un modelo de ciudadanía.

De acuerdo con Ramos, el proceso de consolidación del Estado exigía no solo la delimitación de los territorios sino la instauración de una ley central que fuera “capaz de someter las particularidades en pugna bajo el proyecto de una nueva homogeneidad, incluso lingüística, *nacional*” (1989, 19). Este papel de ley central lo ocupará para Ramos la escritura. De esta manera, el autor continúa la línea propuesta por Rama en el sentido de que el poder político de la época puede describirse en términos de un poder central cuyo propósito es someter las diferencias bajo el proyecto ordenador de la escritura. En otro apartado de su obra, Rama vuelve



a reafirmar esta idea. A través de Sarmiento y Bello, figuras representantes de la ciudad letrada del XIX, Ramos muestra cómo la escritura se constituyó en una actividad política y estatal que buscaba imponer un modelo que debía “supeditar la “arbitrariedad” de los intereses particulares bajo el proyecto de la *res pública*” (38). Así reproduce el análisis del poder realizado por Rama en el sentido de que advierte que la intención del poder estatal escriturario va dirigido al ordenamiento de una heterogeneidad que se entiende como puro desorden. El supuesto sobre el que se basa su análisis es una interpretación del poder como un poder expansivo e irradiador cuyo propósito es ordenar la “arbitrariedad”. Por supuesto Ramos complejizará esta asunción y explicará la dificultad con la que se enfrenta su tarea, en la medida en que los propósitos de unidad y consolidación nacional se quieren instalar en el contexto de una realidad fragmentada.

“La República Argentina es una e indivisible”, señala Sarmiento. Sin embargo, la realidad era otra: la fragmentación interna deshacía el proyecto de consolidación del sujeto nacional, casi siempre imaginado sobre el calco de modelos extranjeros. (1989, 19)

En la última parte de su capítulo sobre Sarmiento, Ramos se ocupa del problema de la representación de la voz del otro, principalmente en la obra del *Facundo*. De manera acertada y elocuente muestra la complejidad que emerge entre la voz que se quiere representar y el sujeto de la escritura, “porque la re-presentación, aun cuando busca *contener* al otro, al asumirlo como objeto del discurso, nunca es un hecho pasivo. Y esa puesta en forma de la voz en la escritura es ideológicamente fundamental en el *Facundo*” (mi énfasis 30). La principal tarea para Sarmiento, de acuerdo con Ramos, es la de “representar al otro” (33). Tarea complicada, reconoce, cuando eso que se busca representar es irregular y confuso, es decir, se resiste a la representación. La barbarie será el exterior del discurso (Ibíd.) que hay que someter. Pero Ramos es aún más claro:

“Representar al bárbaro, en Sarmiento, presupone el deseo de incluirlo para subordinarlo a la generalidad de la ley de la “civilización” ” (Ibíd.). Ramos continuará una interpretación del poder político iniciado por Rama como un poder que se propone someter, contener, representar, incluir a la barbarie que se encuentra por fuera de la ley de la escritura. Al mismo tiempo que Ramos describe el poder en estos términos, principalmente como un poder irradiador, identifica las contradicciones a las que se enfrenta dicho discurso, es decir, una realidad fragmentada que no será capaz de aprehender.

En el primer capítulo de su libro *Paradojas de la letra* (1996), “El don de la lengua”, Ramos propone responder a dos cuestiones que son iluminadoras para comprender el talante del proyecto de este autor. En primer lugar se pregunta

¿Cuándo se constituyó la lengua como un objeto de reflexión intelectual en América Latina, y a qué tipo de contradicciones sociales respondían los persistentes intentos de definirla y purificarla? Segundo, ¿cuáles fueron las prácticas disciplinarias que constituyeron la lengua como el objeto problemático de su discursividad, cómo la representaron y, al representarla, qué modelos de control de su dispersión propusieron? (9)

Aquí Ramos está haciendo uso de un vocabulario que tiene su origen en la obra foucaultiana (prácticas disciplinarias, modelos de control) y que proviene especialmente del libro *Vigilar y castigar* (1975). Como veremos más adelante, este vocabulario sobre el poder sería continuado por la crítica. Términos como “disciplina” y “modelos de control” se ajustan a una visión del poder como un poder irradiador que tiene el propósito de modelar los cuerpos y comportamientos de los sujetos.

Ramos interpreta el proyecto letrado —en este caso concreto la preocupación de la elite por la unificación de la lengua— como un proyecto cargado de “contradicciones sociales”

(proyecto expansivo vs. realidad fragmentada). Sin embargo, propongo leer estas mismas contradicciones más bien en términos de una lógica del poder en la que la exclusión generada por el discurso nacional es incluida como parte del proyecto. Más adelante ampliaré esta cuestión.

### **2.1.3 Beatriz González Stephan y el proyecto disciplinario**

La especificidad del trabajo de González (1995, 1996, 1997) podemos hallarla en el énfasis que le adjudica a las disciplinas como mecanismos que le permitirán al Estado esparcir su poder y disciplinar los cuerpos de los nuevos sujetos nacionales. De acuerdo con González, las llamadas “disciplinas” son aquellas “(...) instituciones del orden público que coercionan, controlan, sujetan, regulan con docilidad el movimiento de los cuerpos para hacer de ellos subjetividades domesticadas —sujetos del Estado— y poder neutralizar los peligros de agentes des-centrados” (1996, 22). Cuando González describe la resistencia de los sujetos a seguir las normas en términos de “descentramiento” implicará, en la línea de Rama y Ramos, una comprensión del poder del Estado como un poder que parte de un centro y tiene el propósito de distribuirse a toda la población. El vocabulario de González ratifica esta lectura del poder: legalizar, normalizar, organizar, controlar, domesticar, contener, incluso dulcificar a los individuos.

En uno de sus artículos González analiza, por ejemplo, la función de las constituciones, las gramáticas y los manuales de comportamiento como mecanismos de control de los sujetos (1996). Por medio de las normas y leyes consignadas en estos textos se constituiría todo un “campo policial de vigilancia y ortopedia” que tendrá el propósito de constreñir y dirigir las conductas de los ciudadanos. González identifica estos textos como pertenecientes a una categoría particular que será la de la “escritura disciplinaria”, es decir, aquella escritura que

deberá controlar y redirigir las actividades sociales del individuo como requisito previo a su reconocimiento como ciudadanos (23) para producir lo que Foucault ha llamado “cuerpos dóciles”.

Así como para Rama y Ramos, para González la primacía de la escritura durante la época proviene del hecho de que es la vía a través de la cual una elite intelectual y política expandiría el proyecto letrado. El Estado debía transformar la población nacional existente y así funcionar como una máquina de producción de ciudadanía. El nuevo orden político promovido tacharía de “bárbara” aquella sensibilidad que no fuera capaz de contener las pulsiones, los instintos y las pasiones de la población que habitaba el territorio, identificándola “no sólo con un pasado arcaico y vergonzoso, sino con la incivilidad, la infracción y la culpa” (18). En oposición a la subjetividad del bárbaro se construiría la del ciudadano.

La operación de transformar al bárbaro en ciudadano implicará, de acuerdo con González, una injerencia directa sobre el comportamiento de los sujetos. De ahí que el tema del cuerpo de los sujetos nacionales entendido como el objetivo del poder sea uno de los temas claves para González. A través de principios de disciplina, productividad e higiene, la energía de estos cuerpos deberá ser encauzada dentro de un orden jurídico republicano (19). Así, la interpretación de la relación entre el Estado y la población nacional queda circunscrita a una relación de carácter punitivo y disciplinario cuyo propósito es docilizar y disciplinar los cuerpos. Para González, el proyecto fundador de la nación es civilizatorio en la medida en que la escritura emerge como el medio para el poder legal y normativo que deberá regir las prácticas de los sujetos y la constitución de sus identidades. Usando el vocabulario foucaultiano González sostiene que se trata de

organizar un poder múltiple, automático y anónimo que controlase sin cesar y discretamente a los individuos, lograr que estos fuesen ciudadanos de la polis, de una red invisible de leyes, reglas y textos de policía, vigilados y vigilantes en una mutua complicidad contenedora de posibles transgresiones. La escritura sería el ejercicio decisivo de la práctica civilizatoria sobre la cual descansaría el poder de la domesticación de la barbarie y la dulcificación de las costumbres: debajo de la letra (de las leyes, normas, libros, manuales, catecismos) se replegarán las pasiones, se contendrá la violencia. (1996, 20)

Según explica González, el modelo liberal de nación sigue el modelo de un poder centralizado en la figura de un Estado que “dispone de una violencia que no pasa por la guerra: más que guerreros, emplea policías y carceleros, no tiene armas y no tiene necesidad de ellas, actúa por captura mágica inmediata, ‘capta’ y ‘liga’, impidiendo cualquier combate” (21).

Así como Rama y Ramos, González reconoce que el poder de la escritura estaba reservado “a una estricta minoría de y para letrados” (20). Se produce entonces una lucha entre el ánimo regulador de la escritura y una realidad fragmentada (Ramos 1989, 19). Para González “es un hecho que el proyecto de nación y ciudadanía fue un imaginario de minorías pero que se postuló como expansivo, y que efectivamente tuvo la capacidad de englobar-domesticar a comunidades diferenciales que ofrecían resistencia a costa de no fáciles negociaciones” (24). Podemos ver cómo González concibe entonces el proyecto letrado en términos de su expansionismo.

## 2.2 LA TESIS IRRADIACIONISTA

El modelo de Rama, continuado por Ramos y González, reconoce la existencia de un poder localizado en un centro real y simbólico, representado por el Estado, y que se extiende hacia fuera de su centro —como una red (Rama 35) o racimo (19)—. Para Rama, existe una ciudad artificial en la cual el poder letrado establece sus bases y una ciudad urbana a la cual está dirigido el poder de la ciudad artificial. La ciudad real será irradiada por la ciudad letrada. La irradiación del poder propuesta por Rama se dará por medio de leyes, códigos, instituciones, burocracias y el estudio y promoción de la lengua americana. Aunque Rama por supuesto da cuenta de la incapacidad de este modelo para capturar las muchas voces que componen la ciudad real (“la algarabía, la informalidad, la torpeza y la invención incesante del habla popular, cuya libertad identificó [la ciudad letrada] con corrupción, ignorancia, barbarismo” (44)), defiende la pretensión que tiene la ciudad letrada por fijar la norma en la ciudad real (55). Rama será en ese sentido el iniciador de una lectura del poder político a partir de lo que aquí llamo la *tesis irradiacionista*. Esta tesis se basa en una comprensión del poder como un poder “irradiador”, es decir, un poder que parte de un centro e irradia su exterior. Como hemos visto, esta línea de interpretación del poder en el siglo XIX será continuada por Ramos y González, y, efectivamente, toda una generación de críticos culturales latinoamericanistas.

La tesis irradiacionista toma el deseo del letrado, o al menos la retórica que parece acompañarlo, y lo lee desde su propósito irradiador. Como por ejemplo cuando Ramos describe el proyecto de la *res pública* como el de “supeditar la “arbitrariedad” de los intereses particulares” (38), o cuando González lo describe como un proyecto expansionista que “efectivamente” logró “englobar-domesticar” a las comunidades (1996 24).

El análisis realizado por Ramos sobre la función de la *Gramática* de Andrés Bello se basa en una interpretación del poder político cuya pretensión principal es la expansión. Al mismo tiempo, Ramos explica que la gramática nacional proclamada por Bello se define “a partir del uso, y del accidente que sufre la norma lingüística en la oralidad” (1996 19). Así, en el proyecto de Bello la dispersión, fluidez y el accidente de la oralidad es la condición de posibilidad de producir una lengua propia con la cual pueda identificarse una nación en particular (20). Aunque la palabra oral es asociada con la barbarie y el instinto, es “asimismo la materia, el origen, el fundamento mismo de la diferencia que las nuevas naciones postulan al constituirse” (Ibíd.). Ramos identifica aquí una “aporía irreductible y constitutiva del discurso gramatical que funda su legitimidad en nombre de la diferencia, y con el mismo movimiento intenta categorizar la particularidad de su objeto, sometiéndolo al discurso generalizador de la nación” (Ibíd.). Entiendo la aporía a la que Ramos se refiere de la siguiente manera: por un lado, el discurso de la lengua nacional reconoce en el habla popular su condición de posibilidad en la medida en que gracias a esta última la lengua nacional establece su especificidad. Por otro lado, la lengua nacional se define en oposición al habla popular, el primero será el saber decir correcto (culto) y el segundo el incorrecto (bárbaro). Así que el habla popular está “someti[da] al discurso generalizador de la nación”, un discurso letrado que tiene como objetivo la simultánea irradiación y abandono de las prácticas bárbaras de las masas.

¿Cuál es entonces la tensión que define esta “aporía irreductible” a la que se refiere Ramos? El hecho de que lo que él llama “la diferencia” (“habla popular” (Ramos 1996, 19) o para Bello “multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros” (1847, 12)) sea uno de los componentes principales del proyecto de la gramática (la literalización de la especificidad del habla “nacional”) en cuanto proyecto identitario. Sin embargo, considero que lo que tenemos

aquí no es tanto una aporía (una inviabilidad de orden racional) como una explicación del modo en que funciona la lógica misma del poder del Estado. No se trata solo de que el discurso de la lengua nacional ponga al margen la heterogeneidad y así termine contradiciéndose, sino que la produce visibilizándola —al identificarla como “multitud de dialectos” o cuando Bello a lo largo de la *Gramática* (1847) hace explícitos los errores del habla popular—. En este sentido, el habla popular no es simplemente excluida, más bien es expuesta para ser apropiada (como especificidad nacional), corregida y de esta manera incluida dentro del proyecto de la *Gramática* (como se explicará, a esto es a lo que llamaré abandono). Más adelante analizaremos este giro con una lectura más detenida del proyecto gramatical de Bello.

Por otra parte, cuando González sostiene que las constituciones, gramáticas y manuales de comportamiento “son la escritura fundacional por antonomasia porque constituyen en sí mismos los centros desde los cuales se irradia la ley del Estado (las constituciones), la lengua nacional (las gramáticas) y el cuerpo ciudadano (los manuales)” (26) la autora se inscribe, de hecho bastante explícitamente, en la *tesis irradiacionista*. Los mecanismos que González analiza —constituciones, manuales, gramáticas— irradiarán la ley del Estado, vigilarán, modelarán y controlarán a los individuos. La ciudad se convierte así en un gran observatorio cuya mirada captaría, penetraría y corregiría a los individuos.

La tesis irradiacionista es de esta manera el gesto crítico que ha caracterizado los estudios recientes sobre el XIX y la interpretación del discurso de los letrados de la época. ¿Quería o no el Estado irradiar con su poder a toda la población? Considero que no. No estoy desconociendo aquí los trabajos sobre educación pública de Bello o la difusión de las gramáticas, no estoy apelando a un discurso conspiracionista, o al inconsciente de la elite, más bien, lo que estoy explorando aquí es la complejidad en el funcionamiento del poder, es decir, cómo el poder



irradia el modelo ciudadano y en el mismo gesto abandona al indio, al campesino, al analfabeta, al *otro*, aquel que se encuentra en una zona de indistinción entre el adentro y el afuera de la ciudad letrada.

### 2.2.1 Foucault y la tesis irradiacionista

La figura de Michel Foucault ha sido central en la tarea de producir un tropo explicativo de los procesos de producción, circulación e institucionalización de la letra. A través de Rama, Foucault pasó a tener resonancia en los estudios del siglo XIX latinoamericano y el espacio letrado hasta llegar a convertirse en un lugar de encuentro común —Ramos (1989), Sommer (1991), González Echevarría (1990), González Stephan (1996)— para la crítica.<sup>4</sup> Tanto Rama (7, 4) como Ramos (32, 45) y González (1996, 22) hacen referencia explícita al filósofo en sus trabajos —al enfatizar la cuestión de la disciplina, el lugar que ocupa el sujeto letrado dentro del espacio social, la ciudad letrada como ciudad de los signos o la gramática como un saber que se refiere a la acción de ordenar la representación—. <sup>5</sup>

Sin embargo, la presencia de Foucault es mucho más relevante que estas referencias. Claramente, Foucault ha sido una de las fuentes primordiales para la complejización de los estudios sobre el XIX. Su trabajo revolucionario sobre el poder, el discurso, el sujeto, la disciplina, entre otros temas, abrió un espacio de reflexión provechoso para el análisis de la época. La crítica ha construido una interpretación de la literatura y la historia del XIX haciendo

---

<sup>4</sup> Acerca de la influencia de Foucault en los estudios latinoamericanos ver Poblete (1997) y Trigo (2002).

<sup>5</sup> “El sujeto letrado y cualquier otro surge *dentro y en medio* de las prácticas en lucha que configuran dicho espacio. Este carácter constitutivo de la relación entre discurso, poder, y subjetividad es parte de un uso productivo y no sin contradicciones que Ángel Rama hizo en *La ciudad letrada* del horizonte teórico abierto por las categorías analíticas de Michel Foucault” (Poblete 251).

uso de un vocabulario foucaultiano que supone una teoría particular del poder. Foucault revalúa la concepción tradicional del poder como un poder fundamentalmente represor que tiene la capacidad de forzar, prohibir y dominar, para considerar el poder en términos más amplios (Foucault 1975, 30). El poder para Foucault debe comprenderse principalmente en términos relacionales. Su énfasis no es el *qué* del poder sino el *cómo* del poder (1983, 219), es decir, más que hacer referencia a “el poder” deberá hacerse a “las relaciones de poder”, entendiendo que

una relación de poder solo puede articularse sobre la base de dos elementos, cada uno de ellos indispensables, si ha de ser realmente una relación de poder: que el “otro” (aquel sobre el cual se ejerce el poder) sea completamente reconocido y mantenido hasta el final como una persona que actúa; y que, enfrentada a una relación de poder, pueda abrirse a un campo entero de respuestas, reacciones, resultados e invenciones posibles (1983, 219).

Tal concepción implica que todos son afectados o son el resultado del poder, es decir, todos están de alguna manera bajo su manto y participan en su producción. Esta interpretación del poder como puramente relacional, una red donde los sujetos y sus acciones están entretejidos (“el individuo es un efecto del poder y al mismo tiempo, o justamente en la medida en que es un efecto suyo, es el elemento de composición del poder” [2000, 39]), será olvidada en la interpretación dominante de la crítica sobre las relaciones entre poder y cultura en el siglo XIX. Curiosamente, a través del lenguaje de Foucault se reinstala una concepción del poder que había sido el objeto de su proyecto crítico: la llamada hipótesis represiva. Es decir, la concepción de Rama del poder en el siglo XIX está marcada por una lectura del poder como represor. Esta idea configurará la *tesis irradiacionista*. En la tesis irradiacionista, el poder es propiedad de alguien (el letrado, el Estado) y tiene la pretensión de atravesar a todos los sujetos al mismo tiempo que, como lo reconoce y explora la crítica, es producido y aplicado, al menos inicialmente, tan solo a

una minoría (González 1996, 20). Esta visión del poder contempla la necesidad de disciplinar y convertir al bárbaro.

Por un lado la crítica se aleja de la perspectiva foucaultiana en la medida en que concibe el poder en términos unidireccionales, es decir, en términos de un centro que ejerce un poder meramente represor. Por otra parte se encuentra cerca de Foucault en la medida en que entiende el poder como un poder que irradia todo a su alrededor. En la concepción foucaultiana del poder no hay nada por fuera del poder, este, como lo explica Rama, es una red (35) que en el caso de los proyectos nacionales se extiende hacia fuera, así todos quedan atravesados por él (uno de cuyos instrumentos será la disciplina —a la que hacen alusión explícita Ramos y González— y la cual participa de la lógica de penetración de la escritura). Esta mirada irradiadora e inclusiva del poder se olvida del gesto de exclusión de ese mismo poder, no como una consecuencia marginal del proyecto, sino como parte del funcionamiento y lógica de dicho proyecto. En este sentido, en lugar de hablar de exclusión, propongo leer el gesto como *excepción*. Este es precisamente el giro que recupera el filósofo Giorgio Agamben (1995, 18-19) en la teoría foucaultiana, una concepción del poder en el que exclusión e inclusión, adentro y afuera, se encuentran en un umbral de indiferencia. El poder, más que excluir, suspende su aplicación de los sujetos. La excepción permite referirse al más excluido, aquel llamado “bárbaro”, y al menos excluido, el soberano (que en este caso se aplica a la figura del Estado o/y al circuito de la ciudad letrada). La explicación del poder ya no desde la mera exclusión sino desde la inclusión-exclusión tendrá la ventaja de que no reduce la descripción del poder en términos binarios (civilización vs. barbarie) sino que reconoce un espacio indiferenciado entre dentro y afuera de la ley en el que los sujetos son ubicados.

No es la excepción la que se sustrae a la regla, sino que es la regla la que, suspendiéndose, da lugar a la excepción y, sólo de este modo, se constituye como regla, manteniéndose en relación con aquélla. El particular “vigor” de la ley consiste en esta capacidad de mantenerse en relación con una exterioridad. Llamamos *relación de excepción* a esta forma extrema de la relación que sólo incluye algo a través de su exclusión. (31)

Así, el poder irradiado por la ciudad letrada no simplemente excluirá a los sujetos, sino que se suspenderá para dar lugar al bárbaro, el “otro” del ciudadano, haciendo esto se afirma como regla. Si “la regla vive de la excepción” (Agamben 52), la fuerza de la aplicación de la letra se encuentra en que mantiene una relación con el bárbaro como lo totalmente otro de la norma. Y es así, bajo este registro, que lo incluye en su proyecto. La excepción es el acto a través del cual la ley abandona al “otro” del ciudadano y lo hace aparecer como *nuda vida* (Agamben 1995, 44). Es decir, como “abandonado”, aquel que al ser desprovisto de vida política por parte del Estado, queda expuesto. Para ponerlo en términos más radicales, esto quiere decir que es susceptible de ser matado.

Lo que quiero proponer aquí es una interpretación del discurso político a partir de su ánimo por transformar la vida política de los sujetos nacionales, es decir su ánimo regenerador. Esta tesis se encuentra cerca de la idea del irradiacionismo, en el sentido de que reconoce la existencia de un poder que se deriva del Estado y que busca expandirse. Aquí se encuentra su gesto inclusivo. Por otro lado, el giro que quiero introducir, y en esa medida me separo de la tesis irradiacionista, es la interpretación de ese discurso regenerador al mismo tiempo como un discurso de *abandono*, exclusión-inclusiva. Pasemos a explicar ahora con más detenimiento las implicaciones de este giro.

### 2.3 EL GESTO DEL ABANDONO

El discurso político producido durante el siglo XIX ha sido interpretado principalmente a partir de la idea de un Estado que fija, limita, distribuye, clasifica y jerarquiza territorios e individuos estableciendo un interior centralizado y con cierta unidad frente a un exterior que es leído por la elite como salvaje e irracional. Propongo sin embargo leer dicho “exterior”, dicha exclusión de ciertos sujetos, más bien como parte de aquello que el poder político contempla y produce dentro de su proyecto.

Este contraste entre interior vs. exterior se puede identificar en Rama. De acuerdo con el autor, a medida que la escritura se introduce en la red social, la oralidad de las comunidades rurales declina. La memoria viva va siendo destruida por las pautas educativas que las ciudades imponen. “En este sentido la *escritura* de los letrados es una sepultura donde es inmovilizada, fijada y detenida para siempre la producción oral” (87). Aunque Rama reconoce que sin embargo las culturas orales no estuvieron inmóviles e “integraron todos estos elementos dentro del acervo tradicional, rearticulándolo” (88), esta sería en parte una tarea frustrada cuando para su expansión la ciudad letrada tuvo su mejor aliado en la educación. Quiero enfatizar aquí lo que Rama reconoce un poco tangencialmente, esto es, la excepción que el proyecto letrado impone. Esta “rearticulación” de la oralidad no significa una integración de “lo otro” rural, sino el abandono necesario de una forma de vida que corresponde con ese sujeto que pertenece al mundo rural y cuya forma de vida esta asociada a la oralidad.

De esta manera, “integrar el territorio nacional bajo la norma urbana capitalina” (Rama 84) querrá decir “integrar” no a los sujetos que ya habitan el territorio, sino a los sujetos que están por “convertirse en”, es decir, aquellos que son en potencia ciudadanos y que necesitan

constituirse como tales para pertenecer a la nación. Esta tarea necesita para su realización que los hombres abandonen cualquier tipo de subjetividad que vaya en contravía de la ciudadanía, es decir, aquella que los vincula con la idea de barbarie: campesinos, indígenas, mujeres, etc. Al ser su principio rector la integración de la minoría –lo urbano y capitalino- sucede que aquello que define la ciudad letrada no es la integración tanto como la *excepción*, es decir, lo que queda “al otro lado de la muralla”, no la minoría, sino “la mayoría”, la multitud heterogénea. Lo que entonces está al centro de la estructura de la ciudad letrada no es la irradiación de la letra sino más bien la excepción –de la diversidad social y cultural—.

La ciudad letrada es el modelo que permite “concebir, como pura especulación, la ciudad ideal, proyectarla antes de su existencia, conservarla más allá de su ejecución material” (Rama 38). Esa proyección de la ciudad letrada se llevará a cabo a través de la promoción de la letra. La ciudad letrada de Rama como modelo explicativo del mundo letrado latinoamericano, y de un poder que se irradia y se impone a través de la norma, se enfrenta con el problema de la exclusión que destacan los tres autores. Como se dijo, mi propuesta es abordar esta exclusión no como una consecuencia ineludible del proyecto, sino como fundamento de su propia lógica. Este es el detalle que pierde de vista la tesis irradiacionista.

Ramos describe el proyecto letrado como uno que tiene el propósito de ofrecer la estructura necesaria para la sociabilidad racionalizada y la formación del ciudadano (1989, 43). De acuerdo con el autor, la defensa de las letras como vía para la internalización de las normas de comportamiento se convirtió, dentro del proyecto letrado, en la base del discurso de la ciudadanía a través del cual “el otro” sería incorporado al territorio de la racionalidad (46). Lo “otro” del ciudadano es reducido y atrapado dentro de una categoría abstracta y así muy útil: el *bárbaro*.

Al describir el proyecto de la lengua nacional, Ramos explica que este traza el mapa donde

la entonación de la “barbarie” idealmente sería *dominada* por el rigor de la ley. En esa lengua purificada, racionalizada y administrada por la gramática, los sujetos se moverían en el espacio de la ley, *sometidos* a la estructura de la sociabilidad instituida por el orden de la letra y el poder de los letrados. (mi énfasis 49)

Ramos enfatiza por tanto la dominación y el sometimiento como propósitos fundamentales del poder letrado, reconociendo en otros momentos la exclusión que el proyecto genera.<sup>6</sup> El autor explica que la inclusión y sometimiento del bárbaro bajo una misma ley se enfrenta con una contradicción, esto es: “la falta de la ley en aquella sociedad basada en la irregularidad y la arbitrariedad del caudillo” (Ramos 1989, 33). Es decir, se quiere aplicar “la ley de la civilización” en un espacio sin ley, donde reina el caudillismo. Ramos concluye el argumento con una sentencia: “la barbarie es el exterior de los espacios disciplinados de la ley” (ibid). Pero otro modo de leer la cuestión es reconociendo que la barbarie no es el exterior de la ley, ya que representar al bárbaro presupone el deseo de incluirlo en cuanto bárbaro para excluirlo. Lo que quiero decir es que Ramos no lleva hasta sus últimas consecuencias su propio argumento y termina reduciéndolo a un juego de oposiciones: ley/interior/ciudadano vs. arbitrariedad/exterior/bárbaro. La barbarie no se encuentra simplemente por fuera de la ley sino que más bien es contemplada por ella en la forma de su exclusión. Mi tesis es que la barbarie por tanto no es meramente excluida sino *abandonada*, es decir, la ley se suspende de él.

En la segunda sección de su libro, *Desencuentros de la Modernidad*, “Saber Decir: Lengua y Política en Andrés Bello”, Ramos explica cómo el lugar de enunciación del letrado, en este caso

---

<sup>6</sup> (...) la escritura proveía un modelo, un depósito de formas, para la organización de las nuevas naciones; su relativa formalidad era uno de los paradigmas privilegiados del sueño modernizador, que proyectaba el sometimiento de la “barbarie” al orden de los discursos, de la ciudadanía, del mercado, del Estado moderno (Ramos 1989, 13).

el de Bello, es autorizado en función del lugar que ocupa en la administración de la vida pública.<sup>7</sup> Como intelectual, gramático y administrador, Bello puede leerse, según Ramos, como representante de una modernización posible y deseada (1989, 37). Esta interpretación reconoce un deseo de modernización por parte del Estado, del cual el letrado hace parte.

La tesis de Ramos se basa en la idea de que el principal propósito del proyecto gramatical es el ordenamiento de las diferencias (Ramos, 1996 10). Se trata en ese sentido de una estructura que buscaría incluir y unificar la heterogeneidad. Ramos explica e identifica el elitismo que está a la base del proyecto de la gramática como proyecto diferenciador de unas clases y otras: “su sueño de la lengua efectivamente contribuyó a la institucionalización del español estándar en el continente, al menos a nivel de las elites dominantes” (1996 11). Sin embargo, al identificar una estructura normativa y unificadora se asume que existe un adentro y un afuera de dicha estructura claramente diferenciados. Mi punto aquí es más bien interpretar el afuera de la estructura como un espacio donde la ley (de la escritura, de la gramática, de la civilización, del poder) es suspendida. Si aquello que caracteriza a América Latina es la heterogeneidad, y así un espacio de suspensión de la ley, entonces lo que se pone en juego no es tanto una estructura normalizadora como la estructura del abandono.

Aunque Ramos representa un giro y una relectura de Rama en el sentido de que critica la tesis irradiacionista, repite también el gesto de la irradiación de Rama en el sentido de que al mismo tiempo que complejiza el proyecto del primero al hacer distinciones de tipo histórico y contextual, entiende el poder como uno que se expande desde un centro, que pretende transformar al sujeto bárbaro y que al final fracasa y deja por fuera al bárbaro incorregible. Por otro lado, tanto Ramos como González enfatizan el hecho de que el Estado necesita contener a

---

<sup>7</sup> Para el caso de Bello la Universidad de Chile que el mismo contribuyó a fundar en 1842.



las masas “bárbaras” dentro de la ley (Ramos 1989, 30) y así construye la diferencia como ilegalidad. Este tipo de análisis se debate entre el bárbaro como aquel por fuera de la ley o el bárbaro contenido por la ley. Si seguimos la tesis del abandono con toda su radicalidad, la fuerza de la ley de la letra se encuentra en su desaplicación del bárbaro. Es decir, el bárbaro es incluido para ser excluido, se encuentra en un umbral indiferenciado frente a la ley. Así, la incorporación del otro al territorio de la racionalidad a la que se refiere Ramos (46) tiene otra cara y es la de su excepción.

La soberanía, en este caso del Estado, y en este análisis más exactamente de la ciudad letrada, incorpora lo que puede llamarse el *estado de naturaleza* de la sociedad, la barbarie, es decir, la “multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros” (Gramática 12) mencionada por Bello. El bárbaro no se encuentra simplemente por fuera de la ciudad letrada sino que es producido por ella, es decir, incluido, pero para retirarse de él. El espacio que comprende el adentro y el afuera de la ley se vuelve indiferenciado. La barbarie, que se presupone como exterior, ahora pertenece al circuito de la ciudad letrada como excepción. Es decir, el bárbaro queda incluido dentro de la ciudad letrada a través de la suspensión de la ley de la letra sobre él. Esto significa que la ley de la letra presupone la barbarie, la heterogeneidad, la multitud irregular, manteniendo una relación de excepción con todas estas. No se trata tanto de transformar al bárbaro en otra cosa sino de *abandonarlo*, de incluirlo a través de su exclusión. Como se dijo, utilizo el término abandonar no sólo para describir un mero “dejar” pero más bien un desnudar, dejar inerme ante el poder. En esa medida el proyecto, que aquí llamo regenerador, es también un proyecto de abandono. El abandonado no es solo el excluido sino aquel que queda expuesto y a disposición del Estado para ser matado. De acuerdo con la crítica, la letra era la ley de la ciudad letrada, lo que estaba por fuera de esa ley era el barbarismo. Mi propuesta es aplicar

otra mirada sobre el poder a partir de la cual no se entienda la letra como la que define la ley sino que se reconozca la excepción —el barbarismo— como el marco definitorio de esta última.

### 3.0 ANDRÉS BELLO Y LA REGENERACIÓN GRAMATICAL

Una de las figuras fundamentales y fundacionales en el proceso de consolidación de un lenguaje político de la regeneración es Andrés Bello, cuya influencia ha sido crucial en todo el continente en lo que se refiere no solo a los estudios lingüísticos y gramaticales sino también a la literatura, la educación, la historiografía y el sistema jurídico de los países hispanoamericanos.<sup>8</sup> Como sostiene Ramos

la escritura de Andrés Bello, ya sea en el lugar de la poesía, la historia, la geografía, la gramática o el derecho, desborda las categorías del trabajo intelectual especializado a las que hoy estamos habituados (...) multiplicidad de voces y lugares de intervención [que] se fundamentaba en el proyecto de organización y administración de los estados nacionales aún en vías de consolidación. (1996 9)

La crítica ha reconocido la centralidad de Bello en el pensamiento latinoamericano. Para González por ejemplo, Bello representa una de las fuentes claves del pensamiento independentista del continente (139), mientras que para Ramos este contribuyó a la institucionalización del “saber letrado” (38) (el dominio de la escritura, la gramática, la elocuencia, así como el conocimiento de disciplinas relacionadas con las letras y las humanidades). Teniendo en cuenta la importancia de la figura de Bello para una historia cultural latinoamericana, quiero prestar aquí especial atención a las relaciones entre lengua y política en su proyecto gramatical.

---

<sup>8</sup> El interés por el trabajo de Andrés Bello no ha disminuido con el tiempo, es más, en los últimos años parece acrecentarse. Ver Jaksic (2001; 1997) y el nuevo volumen de estudios críticos sobre Andrés Bello editado por Beatriz González y Juan Poblete (en prensa).

Uno de los análisis históricos más importantes sobre el trabajo de Bello, publicado en los últimos años, propone que la columna vertebral de su trabajo es la preocupación por el orden (Jaksic 2001). Los estudios literarios y culturales han profundizado esta premisa, principalmente alrededor de su obra filológica, literaria y pedagógica. Precisamente su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847) puede reconocerse como el resultado de la preocupación de Bello por promover la unidad de la lengua nacional, lo cual se refiere a alcanzar una especie de orden político y cultural. Alcanzada esta unidad, sería posible producir un idioma común que evitara el temido “caos babilónico” (17) en el continente y que por el contrario contribuyera a la integración de los países latinoamericanos, no solo entre ellos sino más ampliamente con el mundo moderno occidental. Esta interpretación se ha expandido hasta constituir la base de los estudios sobre la época, ligada directamente a la tesis irradiacionista. El proyecto lingüístico de Bello ha sido leído como una aplicación de las normas gramaticales a una multitud ruda y analfabeta cuya lengua deberá ser debidamente ilustrada y, así, controlada (González 1995).

Esta interpretación tiene sin embargo sus límites. Propongo una lectura política de su proyecto —principalmente filológico y pedagógico— como de doble vía. Por un lado la *Gramática* tiene un ánimo expansivo y busca penetrar a la población con su luz. Pero por otro lado, y esto es decisivo, al mismo tiempo se retira de esa misma población. Siguiendo el trabajo pionero de Giorgio Agamben (1995, 44), llamaré a esta dinámica un gesto de *abandono*, aclarando —como se mencionó anteriormente— que por abandonar no estoy entendiendo una mera exclusión. Esta lectura política de Bello pone de presente la tensión en su proyecto entre un acto simultáneo de irradiación y abandono.

### 3.1 USO, CIVILIZACIÓN Y PENSAMIENTO

Para dar cuenta de las características y límites del proyecto de Bello establezcamos en primera instancia y en términos generales la importancia histórica de su *Gramática*. En primer lugar ella logra cumplir de modo impresionante con la tarea de sistematización del idioma castellano. De acuerdo con Amado Alonso (1951), la *Gramática* de Bello representa toda una revolución si se compara con las gramáticas que se habían escrito antes (xix). Por ejemplo, frente a las gramáticas científicas y los estudios lingüísticos que se basaban en las leyes de la lógica —como la *Gramática general y razonada* de la escuela de Port Royal (1660)— el proyecto de Bello se entiende como innovador.<sup>9</sup> El contexto de las nuevas naciones americanas, que ahora eran independientes de España, imponía para Bello un desafío necesario de asumir con responsabilidad política: la unificación. A este desafío corresponde la emergencia de su *Gramática*.

Ya en 1832, más de diez años antes de la publicación de la *Gramática*, Bello explica la relevancia que tiene su proyecto lingüístico para el futuro del continente:

[el] cultivo [de la gramática] la uniforma entre todos los pueblos que la hablan, y hace mucho más lentas las alteraciones que produce el tiempo en ésta como en todas las cosas humanas; que, a proporción de la fijeza y uniformidad que adquieren las lenguas, se disminuye una de las trabas más incómodas a que está sujeto el comercio entre los diferentes pueblos, y se facilita así mismo el comercio entre las diferentes edades, tan interesante para la cultura de la razón y para los goces del entendimiento y del gusto; que todas las naciones altamente civilizadas han cultivado con esmero particular su propio idioma (...). (1832, 175)

---

<sup>9</sup> Bello rechaza las explicaciones gramaticales a nivel científico de su tiempo. Según Alonso, la base de la crítica de Bello es que “el pensamiento lógico y el idiomático son heterogéneos [...] el pensamiento idiomático es histórico, plasmado en formas peculiares a cada idioma por las sucesivas generaciones de sus hablantes [...] históricamente cambiante, no lógicamente fijo” (xxv). Así Bello realiza una crítica contra la gramática latinizada y al mismo tiempo contra la gramática lógica.

El proyecto político-lingüístico de Bello queda ya evidenciado en este pasaje. Lengua y política no son para el autor ámbitos diferenciados. Bello establece en primer lugar que la gramática debía cultivarse entre los pueblos que *ya* hablan el castellano con el fin de uniformizarlo. No se menciona la existencia de otras lenguas que conviven con el español, una omisión importante para un proyecto gramatical que tiene como meta la uniformidad del idioma. Las consecuencias políticas de este gesto son claves. Se establece que la gramática no necesariamente alcanza a aquellos que no tienen dominio sobre la lengua sino a aquellos que ya “la hablan”. En estos espacios se debe procurar la “fijeza y uniformidad” del idioma. Y al final, el doble significado de “comercio” no es casual, invocado aquí como “comunicación” y como transacción económica. Así, no es exageración decir que la preocupación por la gramática vincula economía y política y tiene que ver con el establecimiento de vías de comunicación entre los posibles pares económicos del futuro. Tiene sentido que Bello sea el autor de uno de los tratados de derecho internacional más importantes del siglo (Código Civil de la República de Chile 1855). Uniformizando la lengua se favorecerá la estabilidad y el progreso de los países. Es decir, se garantizará su legitimidad en un mercado mundial creciente. Así, Bello deja constancia del papel fundamental de la lengua y la necesidad de su control para la formación del carácter político de la nación y los nacionales. La nación para Bello deberá ser pensada como una misma comunidad lingüística.

De manera que el orden propuesto por la *Gramática* tiene un tono específico y es la uniformización, un propósito no sólo lingüístico sino político y cultural. De acuerdo con Bello, la gramática no solo normativiza la lengua sino que promociona la cultura material, intelectual y moral. Tales funciones corresponden, en términos más generales, a un proyecto civilizatorio (Alonso 1951) y de orden social (Jaksic 1997). Para Bello la relación entre lengua y civilización

es clara en la medida en que “su cultivo [el de la lengua] y perfección constituyen la base de todos los adelantamientos intelectuales. Se forman las cabezas por las lenguas, dice el autor del *Emilio*, y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas” (1823, 71).<sup>10</sup> De manera que el más provechoso conocimiento es aquel que “difunde las nociones rudimentales en que termina la barbarie y aparece el primer albor de civilización” (1848, 33).<sup>11</sup> Este es el conocimiento de la gramática, la ortografía, la lectura y la escritura, todos estos elementos provechosos para alcanzar la tan anhelada civilización (1844, 97). Bello identificará la independencia con “los primeros períodos de la regeneración de un pueblo” (1836, 661), pero el objeto de intervención de Bello no es meramente el bárbaro, es más exactamente un sujeto que cumpla la condición de dominar con antelación la lengua nacional. Siendo un proyecto pretendidamente universalista, nos damos cuenta de cómo su alcance es limitado. Así, van apareciendo entonces los primeros requisitos del público de la gramática.

La gran revolución que Bello logra llevar a cabo, en comparación con las demás gramáticas, es el énfasis que en su *Gramática* le otorga al uso antes que a la norma. Tradicionalmente los manuales de gramática se habían reconocido como manuales normativos en los que el uso debía estar supeditado a la norma. La *Gramática* de Bello intentaría invertir esta relación. Las reglas gramaticales debían reflejar la existencia de una práctica que ya está presente en la sociedad. Como sostiene en las primeras líneas de esta obra monumental, su objeto

---

<sup>10</sup> La lengua no es sólo vehículo del pensamiento sino que además condiciona aquello que se piensa, es decir, se piensa como se piensa gracias al idioma que se habla y a cómo se habla (Ramos 1989, 42). A partir de su trabajo de archivo en el British Museum Bello fue cada vez más explícito en cuanto a la relación entre lengua y civilización hasta establecer una equivalencia entre formas de escritura y nivel de civilización. Ver su ensayo “Bosquejo del origen y progresos del arte de escribir” (1827).

<sup>11</sup> Este discurso, uno de los más citados de Bello, fue leído en la fiesta oficial de 29 de octubre de 1848. Fue publicado en el folleto de 63 páginas por la Imprenta Chilena, en Santiago, y en la edición chilena de las *Obras Completas de Andrés Bello* (aparece en el tomo VIII, páginas 353-398) bajo el epígrafe “Discurso pronunciado por el Rector de la Universidad de Chile en el Aniversario Solemne de 29 de octubre de 1848”. En la edición de Caracas de 1982 aparece bajo el nombre de “Memoria correspondiente al curso de la instrucción pública en el quinquenio 1844-1848” (28). Esta última es la que se está citando aquí.

de estudio son las “prácticas de la lengua castellana” (5). Sin embargo, esta comprensión del uso como práctica no está desprovista del reconocimiento de una lógica y una verdad que la subyacen: “el uso no puede exponerse con exactitud y fidelidad sino analizando, desarrollando los principios verdaderos que lo dirigen” (Ibíd.).

Podemos, entonces, identificar en Bello una doble comprensión del uso. Por un lado se preocupa por la praxis y la evolución histórica del lenguaje, su dinamismo y sus cambios, es así como define la gramática de una lengua, por el uso que se hace de ella (15). Por otro lado, este uso es descrito como algo que surge de una lógica más profunda, es decir un “principio verdadero”. De esta manera se supone que el uso podrá ser estudiado con exactitud y fidelidad. El uso que debería promover la gramática se debate entre la contingencia y la permanencia. La tensión entre estas dos comprensiones es indicio de la ambigüedad de su propuesta gramatical y deja abierta una pregunta importante para pensar la política de su proyecto: ¿cuál es el modelo del uso de la lengua castellana? Es decir, si se hablan literalmente centenares de castellanos en su contexto de prescripción (*destinada a los americanos*), ¿cuáles de ellos se pueden inscribir dentro de un sistema gramatical? ¿De cuáles es posible apropiarse para encontrar y desarrollar el principio verdadero que hace a una gramática pensable y diseñable?

### **3.2 UNIFORMIDAD Y HETEROGENEIDAD**

Para Bello la homogeneización del castellano es primordial para promover la integración del continente americano. Bello se encarga de denunciar los peligros de la corrupción de la lengua asociando la heterogeneidad lingüística con la desintegración nacional y de esta forma asume su apostolado idiomático. Dos comprensiones de la gramática se ven enfrentadas: la gramática



entendida como el estudio de las prácticas de la lengua castellana, es decir, la gramática como descripción de una lengua viva y por otro lado la gramática como denuncia de una diversidad lingüística que deberá ser controlada. Esta será una permanente disyuntiva que caracterizará el pensamiento del autor. El siguiente pasaje de la *Gramática* es indicador de cómo la unidad nacional depende directamente de la unidad lingüística:

Pero el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico, hablarían cada uno su lengua, o por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional (12).

De acuerdo con este pasaje, la unidad nacional depende directamente de la unidad lingüística. Siguiendo tal premisa, Bello considera que el “mal” más grande en este proceso de construcción nacional son las innovaciones en el lenguaje (neologismos), las cuales inevitablemente *inundan*, *enturbian* y *alteran* el idioma. Tales calificativos sugieren que, a pesar del compromiso del proyecto gramatical de Bello con un “uso” que siempre sea dinámico, pervive la imperiosa necesidad de erigir un modelo encargado de mantener la estructura estable de la lengua y de este modo evitar la reproducción de la barbarie lingüística.

La crítica de Bello a la convivencia de muchas diferentes lenguas se ha leído como la preocupación del autor por resolver el problema de la heterogeneidad lingüística (Ramos 1996,

14).<sup>12</sup> Esta última constituye uno de los peligros más grandes para la unificación de Hispanoamérica y para el desarrollo de una sociedad civilizada. A las innovaciones lingüísticas producidas por el “habla popular” (1847, 10) se les opone un uso correcto. Por este motivo promueve “el buen uso de nuestra lengua, en medio de la soltura y libertad de sus giros, señalando las corrupciones que más cunden hoy día [...]” (1847, 12). Aunque se ha sostenido que el proyecto gramatical de Bello, como dice Belford Moré, “excluye la elección de las lenguas indígenas y de las variedades castellanas usadas por quienes se ubican en un lugar inferior en la escala cultural” (Moré 69), quisiera abordar el problema desde otra perspectiva. Es decir, me interesa resaltar que la diversidad lingüística de la realidad americana no es reducible a la invisibilización que implica la mera exclusión. De hecho, al nombrarla a lo largo de la *Gramática* e incluirla explícitamente —por ejemplo en las notas de pie de página— Bello está visibilizando la diversidad lingüística.

Algunos críticos como Ramos (1989, 49) y Moré (71) han insistido en el modo en que el proyecto gramatical de Bello, al marginalizar las diferencias lingüísticas, termina confirmando el lugar de una clase social. En este sentido Ramos sostiene en su libro *Paradojas de la letra* (1996):

Dada la diversidad geográfica, étnica y lingüística del continente, Bello concibió la gramática como uno de los discursos capaces de imponer, sobre las partículas heterogéneas de América Latina, una estructura normativa y unificadora; estructura, a su vez, concomitante a una ética del habla que Bello consideraba fundamental para la constitución de la ciudadanía moderna (10).

---

<sup>12</sup> “La gramática, para Bello, era una sofisticada máquina moderna que destilaba una lógica ordenada del sentido —y de las estructuras verbales y morales de la ciudadanía— de la barbarie reinstaurada por la oralidad” (Ramos 1996, 14).

El primer paso en el análisis que Ramos realiza del discurso de Bello es el reconocimiento de una realidad americana diversa y la necesidad por tanto de regularla a través de normas. La interpretación de Ramos sigue la idea de que el ánimo del discurso gramatical era el ordenamiento de la heterogeneidad. La respuesta a la dispersión y fragmentación de la lengua que Bello reconoce es interpretada por Ramos como un proyecto de expansión imperial de una lengua normalizada. Ramos identifica el elitismo que está a la base del proyecto, afirmando que el sueño de la lengua de Bello “efectivamente contribuyó a la institucionalización del español estándar en el continente, *al menos a nivel de las elites dominantes*” (mi énfasis 1996, 11). Aunque en esta afirmación Ramos reconoce que el español que se institucionaliza es el de las elites, su agudo análisis nos deja sin embargo impávidos ante dos visiones aparentemente contradictorias del proyecto de Bello: por un lado su carácter universal (incluyendo las “clases menesterosas”), por otro lado su carácter particular (excluyendo esas mismas clases).

La diversidad lingüística, “lo otro” de la gente educada, no es excluida del proyecto gramatical. De hecho es incluida precisamente cuando se la nombra como vicio cuando Bello afirma: “en las notas al pie de las páginas llamo la atención a ciertas prácticas viciosas del habla popular de los americanos, para que se conozcan y eviten, y dilucido algunas doctrinas con observaciones que requieren el conocimiento de otras lenguas” (1847, 10).<sup>13</sup> En el acto de

---

<sup>13</sup> En las notas al pie de la *Gramática*, Bello aclara cuáles expresiones deberán evitarse a toda costa. Dichas notas se referirán a estos *errores* en términos de “vicios del habla popular”, es decir, lo que está puesto en juego aquí es una forma de vida y un comportamiento moral que deberán evitarse. Algunas de estas notas son las siguientes:

“(…) La frecuencia con que se encuentra *dende* por *desde* en libros antiguos proviene sin duda de la incuria de los impresores, pero da a conocer que el vulgo confundía ya estas dos palabras como todavía lo hace”. (Nota \* 119).

“En Chile, como en algunos otros países de América, se abusa de los diminutivos. Se llama *señorita*, no solo a toda señora soltera, de cualquier tamaño y edad, sino a toda señora casada o viuda; y casi nunca se las nombra sino con los diminutivos *Pepita*, *Conchita*, por más ancianas o corpulentas que sean. Esta práctica debiera desterrarse, no solo porque tiene algo de chocante y ridículo, sino porque confunde diferencias esenciales en el trato social. En el abuso de las terminaciones diminutivas hay algo de empalagoso” (Nota \* 71).

nombrar como viciosas aquellas alteraciones de la lengua producidas por el habla popular, las cuales no se ajustan a los parámetros impuestos por la elite, Bello lleva a cabo otra operación. Bajo esta categoría de “vicio” Bello hace visible la diversidad en el uso del lenguaje. Este acto de poner literalmente al margen (en las notas de pie de página) el “habla popular”, precisamente y paradójicamente ilumina la presencia de los neologismos y la diversidad lingüística que al final causarían el caos babilónico que tanto le preocupa.

(...) demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jeringonzas, el caos babilónico de la edad media; y diez pueblos, perderán uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio. (1847, 17)

Entonces, si parecía que la *Gramática* de Bello no solo estaba destinada a sino también buscaba difundir el uso de *los americanos*, este pasaje nos muestra que había que difundir el uso de *ciertos* americanos que sí conocen y usan la gramática correcta. Pero no solo esto, como se dijo, la gramática debía aplicarse a los americanos que ya hablan la lengua.

Si la heterogeneidad lingüística es un “estorbo” para la unidad nacional, la unificación de la lengua debía ser una prioridad, pues beneficiaría la educación, la ley, el Estado y la nación

---

“El *vos* de que se hace tanto uso en Chile en el diálogo familiar, es una vulgaridad que debe evitarse, y el construirlo con el singular de los verbos una corrupción insoportable. Las formas del verbo que se han de construir con *vos* son precisamente las mismas que se construyen con *vosotros*”. (Nota \*\*\* 76).

“Aquí parece oportuno advertir una cosa que en rigor pertenece más a la urbanidad que a la gramática: y es que las personas que se merecen alguna consideración y respeto, no deben designarse en la conversación con los desnudos representativos *el, éste, ése, aquél*, sobre todo cuando se habla con sus deudos o allegados. ¿*Cómo está él?* es una pregunta incivil, dirigida a la familia de la persona y cuya salud queremos informarnos. Decir *él* en lugar de *usted* es casi un insulto. ¿*Quién es éste?* Indicaría que la persona así designada presentaba una apariencia poco digna de respeto. *Ese* envolvería positivamente desprecio. Es preciso en casos tales vestir, por decirlo así, el pronombre. ¿*Quién es este caballero?* ¿*Dónde conoció usted a ese sujeto?*” (Nota \* 89).

como totalidad. El proyecto gramatical de Bello se encuentra entonces articulado a un proyecto político más amplio que busca fomentar la formación de las nuevas naciones americanas.

Una lengua es como un cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, sino en la regular uniformidad de las funciones que éstos ejercen, y de que proceden la forma y la índole que distinguen al todo (1847, 12).

Si la lengua es como un cuerpo vivo y su vida depende de la función regular de sus elementos, cualquier alteración en el funcionamiento de uno de ellos puede ser “mortal”, o en otras palabras, atentaría contra el corazón mismo de la nación. La vitalidad de la lengua dependería de que los distintos elementos —educación, ley y Estado— funcionaran regular y uniformemente para producir la nación. En esa línea Ramos postula la *Gramática* como un proyecto que rige y afecta la vida política de los ciudadanos “en la medida en que es condición de posibilidad de la consolidación del Estado nacional” (1989, 49).

### 3.3 EL MODELO Y EL PÚBLICO DE LA GRAMÁTICA

Los dos elementos que marcan y definen la estructura social de la *Gramática* son por un lado el modelo que la subyace y por otro lado el público al cual está dirigida. Desde el título se asoma la intención de definir este público: *destinada al uso de los americanos*. En el prólogo Bello sostiene: “no tengo la pretensión de escribir para castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos los habitantes de Hispanoamérica...” (1847, 8). El modelo que Bello sigue es el de un grupo social específico y no los americanos en sentido universal. Desde las primeras líneas de la

*Gramática*, Bello afirma: “la gramática de una lengua es el arte de hablarla correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente educada” (15). El autor aclara que “Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias *cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada*” (mi énfasis 13). Es la “costumbre” la que le da a la ley de la gramática su fuerza, en otras palabras, impone el modelo gramatical. Así como para el caso del Código Civil, en el caso de la gramática se puede decir que se trata también de “quitarle a la costumbre la fuerza de la ley” (1855, 4). Ley y costumbre son las dos caras de un mismo ejercicio del poder estatal: “Creemos que entre las leyes y las costumbres ha habido y habrá siempre una acción recíproca; que las costumbres influyen en las leyes y las leyes en las costumbres” (1844, 166). Y la costumbre que impone la ley de la gramática es la de ese grupo particular al que Bello llama: la gente educada. La ley no existe *per se*, es instaurada por este grupo a partir de su diferencia con respecto a la lengua popular.

El modelo de la gramática viva y dinámica de Bello es aquella que domina el uso correcto y es al mismo tiempo la que lo produce y lo puede recrear. Así, Bello puede afirmar sin pudor: “Sometamos ahora nuestro proyecto de reformas [aquí ortográficas] a la parte ilustrada del público americano” (1823, 391). Sin embargo, la “gente educada” o el “grupo social ilustrado” no es únicamente la confirmación del modelo y su emisor, sino también el receptor de la gramática.

Desearíamos que no declinase el interés con que ha empezado a verse los estudios de la lengua y literatura patria y que se generalizase más cada día y se considerase como indispensable en la educación de ambos sexos, *sobre todo entre aquellas clases* que, por el lugar que ocupan en la sociedad, están destinadas a servirle de ornamento y de ejemplo. (mi énfasis 1835, 4)

Es significativo que esta cita corresponda a un texto jurídico (“Estudio de la jurisprudencia”), dado que para Bello la “ley” de la lengua es la gramática.<sup>14</sup> Si esto es así, la gramática, antes de ser entendida como meramente descriptiva de las prácticas de los americanos, funcionaría más bien como un tratado prescriptivo que postula una serie de normas, las cuales deben corresponder con un modelo particular. Queda claro aquí que el público del proyecto gramatical, aquel cuya educación debe cuidarse, está determinado por una variable de clase, por un lugar dentro de la jerarquía social. Al mismo tiempo estos grupos son el modelo de la gramática o en palabras de Bello “destinadas a servirle [a la sociedad] de ornamento y de ejemplo”.

Sin lugar a dudas, para Bello la educación de la sociedad en su conjunto constituyó uno de sus propósitos primordiales y fue tema de gran parte de su producción intelectual: “No sólo es, pues, limitada la concurrencia a las escuelas, sino a menudo interrumpida; y de este modo la semilla preciosa que el Estado esparce a no pequeña costa sobre los campos de la República, se puede decir sin exageración que no rinde la mitad del fruto que debiera” (1848, 30). Sin embargo, las sutiles distinciones que Bello establece con respecto a qué educación le corresponde a qué tipo de público, ponen de presente cómo la *semilla del Estado* no es arrojada indiscriminadamente, es decir, el proyecto expansionista estatal impone condiciones. Bello distingue entre un conocimiento profesional y otro conocimiento más “útil” o instrumental, cada uno de los cuales se ajusta a un tipo de ciudadano en particular según el lugar que se ocupa dentro de la escala social. En el mismo sentido Bello defendería la idea de que “fomentar los establecimientos públicos destinados a una corta porción de su pueblo, no es fomentar la

---

<sup>14</sup> El Bello gramático, educador y jurista están estrechamente relacionados. El derecho y la lengua fueron dos de sus principales objetos de estudio. En la edición de 1982 de sus *Obras Completas* no son menos de once los tomos dedicados al ordenamiento jurídico así como siete los dedicados al lenguaje.

educación, porque no basta formar hombres hábiles en las altas profesiones; es preciso formar *ciudadanos útiles*” (mi énfasis 1836, 666). Siguiendo este argumento Bello sostiene también:

Muy fácil es considerar que todos los hombres son susceptibles de igual extensión de conocimientos; más, como no debe tratarse de dar a cada uno sino los necesarios para la felicidad que apetece en su estado, la cuestión debe únicamente ceñirse a los que más convenientes les sean. (1836, 660).

Como síntesis del pensamiento social y político de Bello se puede recordar especialmente el siguiente fragmento. En su famoso “Discurso pronunciado por el Rector de la Universidad de Chile en el Aniversario Solemne de 29 de octubre de 1848” Bello ilustra quién es verdaderamente el público de la gramática:

Si se considerase indispensable *a todos los que no vivan del trabajo mecánico* esta instrucción general, sin la mira ulterior a una profesión literaria, no veríamos tan frecuentemente *personas de otras clases*, que, no habiendo recibido más cultivo intelectual que el de las primeras letras, o no habiendo dedicado tal vez a la instrucción colegial una parte considerable de la edad más preciosa, no pueden mostrarse decorosamente en el trato social, lo deslucen en cierto modo, y *tampoco pueden ejercer, como es debido, los derechos del ciudadano*, y los cargos a que son llamados en el servicio de las comunidades o en la administración inferior de la justicia (mi énfasis 1848, 366).

La cita es clave por varios motivos. Aquí Bello indica, en primer lugar, que su instrucción va dirigida a los que “no vivan del trabajo mecánico”. Por “trabajo mecánico”, Bello se estaría refiriendo a un oficio que está separado, o mejor, en oposición al grupo letrado. Esta clase es abandonada del proyecto gramatical. Si se acepta que dicha instrucción no está dirigida a aquellos que no estén familiarizados con el mundo de la letra, esto supone que no se ocupa de aquellos que supuestamente carecían de la civilización, los que contagian la sociedad con su ‘lengua viciosa’. Bello identifica entonces dos grupos: los que viven del trabajo mecánico y los



que no. Los segundos estarían por encima de los primeros y ellos serán el público al que va dirigida la gramática. Estos que “no viven del trabajo mecánico” son “las personas de otras clases” que tienen la tarea de ocupar puestos burocráticos, aquellos que hay que ilustrar para que puedan desempeñar del mejor modo sus funciones. Además de estos dos, hay un tercer grupo social y es aquel al que pertenece Bello, una clase de letrados e intelectuales que se encargarán de expandir este conocimiento. Expansión que, según la cita, abandona a los que *si* se ocupan del trabajo mecánico. Así, cuando Bello sostiene “no veríamos tan frecuentemente personas de otras clases”, realiza una distinción jerárquica que identifica a un grupo como el objeto auténtico de la gramática. La educación literaria entonces *no es* para todos, o al menos se retira de aquellos que se ocupan del trabajo mecánico. En uno de sus discursos sobre educación Bello sostiene:

Pero pocos, poquísimos frecuentan las aulas con el sólo objeto de dar al entendimiento aquel cultivo indispensable de que, en una sociedad adelantada, no debe carecer ningún individuo que no pertenezca a las *ínfimas clases* (mi énfasis 1848, 42).

De tal forma que el lugar que los sujetos ocupan dentro de la jerarquía social —una elite intelectual, política y letrada a la que pertenece Bello mismo, otra clase que se beneficia de una educación básica en letras para ocupar cargos administrativos y finalmente aquellos que se ocupan del trabajo manual, aquí llamadas “ínfimas clases”, abandonadas por los programas de educación así llamada “universal”— suscribe la definición de la gente educada como público de la gramática. Tal como Bello sostiene en su *Gramática*, no es posible que el modelo para el buen uso, fuente misma de sus renovaciones gramaticales, sea universal:

Se prefiere este uso porque es el más uniforme en las varias provincias y pueblos que hablan una misma lengua, y por lo tanto el que hace que más fácil y

generalmente *se entienda* lo que se dice; al paso que las palabras y frases propias de la gente ignorante varían mucho de unos pueblos a otros, y no son fácilmente entendidas fuera de aquel recinto en que las usa el vulgo (mi énfasis 15).

En la cita anterior Bello no sólo plantea la importancia de difundir el uso de la “gente educada” para promover la uniformización de la lengua, sino que afirma que hay que difundir dicho uso porque éste *ya* es el “más uniforme”, el que se habla en “varias provincias y pueblos”, permitiendo de este modo que las personas puedan entenderse y comunicarse. Es claro que el uso uniforme de una misma lengua hace que “se entienda lo que se dice”, es decir, parece obvio que las personas que hablan una misma lengua de acuerdo con reglas unificadas se entiendan entre sí. La paradoja aquí es que de acuerdo con las citas anteriores parece ser que precisamente es a los que ya la hablan a los que va dirigida la *Gramática*. En ese sentido la gramática irradia a los ya irradiados. Lo importante aquí es que la obviedad pone de manifiesto el hecho de que el ánimo expansivo de la gramática es real y a la vez es en cierta forma retórico. La gramática logra confirmar la posición social de una clase particular institucionalizando el habla de esa misma clase.<sup>15</sup> Puede decirse que el problema con el uso variado de ciertas palabras y frases no es tanto que cambien de un lugar a otro como que son “propias” de la “gente ignorante”, “el vulgo”. Esto las convierte en problemáticas. Esta “gente ignorante” es ignorante en la medida en que utiliza estas frases que varían de un lugar a otro. Dichas frases son *propias* de esta clase y en esa medida hay que identificarlas y *abandonarlas*. Pero abandonarlas no quiere decir no tenerlas en cuenta, más bien dejarlas expuestas bajo la etiqueta de la ignorancia y el vicio, de este modo quedan visibilizadas y al mismo tiempo marcadas como impropias y así exterminables.

---

<sup>15</sup> Uno de los estudios más interesantes a este respecto, en el contexto norteamericano, es el trabajo de John Guillory. *Cultural Capital* (1993).

El que el uso sea el más uniforme no significa que sea el más universal sino que es aquel que usa la gente educada, entonces uniformidad no es equivalente aquí a universalidad; uniformidad se refiere a un uso restringido de la lengua y sin embargo paradójicamente es precisamente este uso el que va a permitir que las personas *se entiendan*. Todo uso del lenguaje que no corresponda con estos parámetros está asociado con la ignorancia, la cual es propia de un grupo social: el vulgo. Bajo el lema de “entenderse” hay que sacrificar la experiencia particular que cada pueblo tiene con el lenguaje. Un pueblo que no “se entiende” no puede acceder al progreso.

Pasando a la cuestión de la producción de la lengua y la relación con la “madre patria”, la preocupación por dirigirse a “los americanos” no supone que la lengua castellana debiera separarse de España, es decir, Bello no reclamaba una radical independencia idiomática, de acuerdo con Alonso, su gramática puede considerarse como “la gramática cabal de la *lengua española* sin restricciones” (1951, xvi). La *Gramática* de Bello está “destinada a los americanos”, pero Bello recuerda que su modelo es el uso que se hace del idioma en Castilla. De manera que además de ser la “gente educada” el modelo de la gramática, es decir, además de que la pertenencia a un grupo social marca este modelo, cuan cerca se encuentre del uso en España, también será uno de los parámetros que determinará la configuración de dicho modelo. Bello le responde a los que “condenan el estudio [de la lengua] como innecesario y estéril” (1832, 175) que el cultivo de la lengua “la uniforma entre todos los pueblos que la hablan, y hace mucho más lentas las alteraciones que produce el tiempo” (Ibíd.). Nuevamente, el autor insiste en que la lengua deberá ser cultivada y uniformada en todos los pueblos que ya la hablan. Además, Bello explica que hay “países donde se habla el idioma nacional con pureza” (1832, 176), identificando de esta manera pureza con el lugar al que la lengua pertenece.

Otro de los criterios bajo los cuales se define el modelo de la gramática de Bello es la tradición literaria. Para Bello constituía un grave problema el hecho de que “no se leen los clásicos de la lengua, que se miran con excesivo desdén, cabalmente cuando son más estudiados y admirados que nunca en las naciones cultas de Europa” (1848, 56).<sup>16</sup> En síntesis, como lo han explicado en sus trabajos Ramos, Moré y Alonso, podemos identificar tres principios de autoridad que definen el modelo gramatical de Bello: el uso de la gente educada, el uso de Castilla y el uso de acuerdo a los modelos de la literatura castellana. Visto así, los criterios a partir de los cuales se define el modelo gramatical serán: la clase, el origen y el conocimiento de ciertos modelos literarios. Bajo dichos criterios deberá erigirse el modelo gramatical de Bello. La aplicación de dicho modelo no se agota sin embargo en estos tres criterios. No hay que perder de vista que el modelo de la gramática es producido por una elite y dirigido en cierto sentido a una elite también. No me interesa sin embargo reducir la interpretación del proyecto a un mero excluir, el poder de la gramática se encuentra más bien en otro gesto, su suspensión más que su exclusión.

---

<sup>16</sup> “He creído también que en una gramática nacional no debían pasarse por alto ciertas formas y locuciones que han desaparecido de la lengua corriente, ya porque el poeta y aun el prosista no dejan de recurrir a ella, y ya porque su conocimiento es necesario para la perfecta inteligencia de las obras estimadas de otras edades de la lengua” (1847, 8).

### 3.4 IRRADIAR Y ABANDONAR

Si tenemos en cuenta que la lengua americana fue reconocida por la elite letrada como “el instrumento que con mayor alcance regía el orden simbólico de la cultura” (Rama 82), tiene sentido como, no solo para Bello, sino para Simón Rodríguez y más tarde Sarmiento (Rama 60), la escritura, la gramática, la ortografía y conocimientos afines, fueron una prioridad. Prueba de ello es el hecho de que la enseñanza de un español correcto y americano fue un propósito que proliferó en las cartillas y manuales durante la época.<sup>17</sup>

En una conferencia presentada en el Cuarto Congreso del bicentenario de Bello (1982), el literato y político José Jiménez Borja pone en evidencia una premisa básica que está convencionalmente asociada con el proyecto del gramático: “sobre la indómita geografía y sobre la desarticulada sociedad de nuestro continente don Andrés Bello construyó un templo ático desde donde irradió luz y coherencia, fraternidad y armonía (...)” (282). La referencia de Borja a una “desarticulada sociedad” capta la esencia de la visión que tiene Bello de la realidad del continente americano. Es decir, la diversidad social y específicamente lingüística es leída como falta de unidad, lo cual constituye un problema para el necesario progreso y civilización de los países americanos. La idea de “irradiar” a la población funda también la base teórica de un concepto cultural tan central como “la ciudad letrada” de Ángel Rama (1984). Recordemos que para Rama, la ciudad letrada es la ciudad artificial en la cual el poder letrado establece sus bases, es el lugar simbólico desde donde la ciudad real será irradiada por la letra. La ciudad real está

---

<sup>17</sup> El dominio de la ciudad letrada no es para Rama el mismo en cada contexto, “es mucho más poderosa y mejor articulada en el ejemplo bogotano que en el caraqueño, cuya sociedad es sacudida por enérgicos movimientos democráticos y antijerárquicos que dificultan la acción racionalizadora de las élites intelectuales” (36). Ejemplo de ello es el hecho de que el fundador de la Academia Colombiana de la Lengua, Miguel Antonio Caro, haya sido también presidente de la República.

compuesta por sujetos que no son considerados, por el mero hecho de ocupar el territorio, ciudadanos sino que más bien están en vías de serlo si es que cumplen con ciertas reglas. La educación gramatical cumple un papel importante en la tarea de convertir a estos sujetos en ciudadanos para trazar así un futuro de civilización.

Beatriz González evoca también esta idea al plantear la discusión desde la perspectiva del sujeto que es disciplinado a través de un conjunto de “tecnologías especializadas”—manuales de urbanidad, manuales de gramática, constituciones e instituciones—que buscan regular el comportamiento de los sujetos (1996, 22). González reconoce la tarea de la gramática como la de disciplinar a los sujetos que componen la población. La autora sostiene que para Bello la *Gramática* funcionaba como una instancia con “poder de intervención para la constitución de la ciudadanía” que pretendía erradicar los barbarismos (28). Un gesto a través del cual el poder se fortalecería y legitimaría (40). En ese sentido, prima una interpretación del pensamiento de Bello a partir del *poder irradiador de la gramática*.

En el análisis realizado por Ramos (1989) las letras proveen las condiciones para el ejercicio de la ley (42), ellas son el vehículo de formación de la lengua y comunican la estructura necesaria para la sociabilidad racionalizada y así para la formación del ciudadano (43). Dentro del contexto de su argumento podemos entender la dominación de la barbarie a través de la lengua nacional, y su literalización en la estructura gramatical, como su penetración y conversión por, como escribe Ramos, el rigor de la ley (49). Vale enfatizar aquí que la gramática es una forma de ley. El marco analítico a partir del cual la crítica ha analizado el trabajo filológico de Bello refleja esta idea básica de Ramos, es decir, la hipótesis de que la ciudad letrada deberá irradiar la gramática a través de, en las palabras de González, sus “técnicas” (1996, 22). Así la

gramática marcaría el espacio social y político donde los sujetos pueden moverse (Ramos 1989, 49). Como se dijo, llamo a esta tendencia crítica la *tesis irradiacionista*.

A través de este irradiacionismo la crítica ha buscado explicar la estructura discursiva que guía la política lingüística de Bello y que lo vincula a un proyecto decimonónico más amplio, esto es, la articulación de nación y estado en Latinoamérica. La tesis irradiacionista lee el proyecto gramatical de Bello en términos universalistas y así defiende la idea de que su función es irradiar la letra —y así la razón, la educación, la ciudadanía, la civilización— desde la metrópoli a las poblaciones (en el caso de la *Gramática*: “los americanos”) para fijar la norma, es decir, para que quede grabada como huella indeleble en los sujetos nacionales. La postulación de esta tesis por la crítica ha sido crucial y ha posibilitado un tipo de análisis histórico y cultural de fundamental importancia. En este sentido, los estudios de Rama, Ramos y González abrieron una brecha de reflexión sobre el lugar de la escritura en la formación nacional, el rol de la elite letrada y los mecanismos de aplicación del poder por parte del Estado.

Jiménez Borja utiliza la expresión “sociedad desarticulada” (282) para referirse a la población que compone el continente americano y explicar la necesidad del proyecto de Bello. Si entendemos esta descripción en su sentido más básico, esto es, como una desarticulación entre una elite político-económica letrada y educada por un lado, y una multitud analfabeta y maleducada por otro lado, entonces los esfuerzos de Bello —según Borja— por irradiar “luz y coherencia, fraternidad y armonía” (282) al continente como una totalidad social son totalmente ambivalentes. Bello deja constancia de que no es a la masa desarticulada e incivilizada, la que “vive del trabajo mecánico” o las “ínfimas clases”, a las que está dirigida la fuerza de la gramática. Como se dijo, por momentos parece que el sujeto que debe ser irradiado por ella y el que debe imponer las reglas para su irradiación son uno y el mismo, la “gente educada”. Así,

paradójicamente pareciera que lo que define la posición de la gente educada no es el seguimiento de las normas gramaticales sino el lugar que *a priori* ocupa en la jerarquía social y que le permite precisamente servir de modelo. Como afirma Guillory en su estudio sobre el capital cultural: “The fact that the universal speech is entirely based on the practice of writing marks the contradiction between its universality and the fact that it is not for everyone” (80).

El mayor límite de la lectura irradiacionista es la invisibilización de un gesto político más profundo que la mera exclusión, lo que podríamos llamar la base misma de su estructura de poder. Este es el *abandono*. El triunfo de la gramática no es *irradiar sino abandonar*. Tras la universalidad de la gramática se esconde su particularidad. La ley de la gramática no se define por su carácter inclusivo —los americanos—. Es decir, la gramática no irradia, o mejor, irradia a los ya irradiados, es decir, a los que no viven del “trabajo mecánico” (Bello 1848, 36), a los que ya pertenecen al grupo social de los letrados y no a los que carecen de este conocimiento, quienes supuestamente necesitarían ser más irradiados con toda la fuerza y la intensidad de la gramática. De tal forma que la ley de la gramática no se define tanto por la irradiación sino por su suspensión de aquellos que se ocupan del trabajo manual. Esta suspensión es a lo que llamo abandono.

En este gesto radica la verdadera fuerza de la gramática. La *irradiación* de la lengua, parte de la elite y vuelve a la elite, total no irradia, abandona a la población que al mismo tiempo busca irradiar. Esta población, “las clases menesterosas” (1836, 663), solo puede ser incluida dentro del proyecto en la medida en que los hombres se conviertan en “ciudadanos útiles” (1836, 666), un proceso que siempre va a ser parcial. Ya que la población no sabe usar “gramaticalmente su propia lengua” (1823, 71), y así no puede “ejercer, como es debido, los derechos del ciudadano” (1848, 366), gran parte de la población queda abandonada.



En esta lógica del abandono, el pueblo es abandonado por la ley. La gramática de Bello es como la ley, algo para ser aplicado. Pero no es aplicada, es suspendida, se retira. Tampoco quiero implicar que ellos incluyen cuando en realidad excluyen. La inclusión y la exclusión ocurren al mismo tiempo. Por esto es exclusión-inclusiva. No se trata solo de que la gramática sea aplicada a ellos, irradiada, ni tampoco de que ellos queden excluidos por la gramática, el punto es que el poder de la gramática reside en excluir incluyendo, es de esta manera como se incorpora el habla popular.

Más allá de la confirmación del lugar social de una elite, cuando la gramática fracasa en su propósito de irradiar a la población —los americanos— en realidad tiene éxito abandonándola, ya que “irradia” al público al que en realidad está dirigido: la gente educada. ¿Y cómo abandona a la población? Nombrándola de cierta forma, al nombrarla la “conjura”, es decir la atrapa bajo el rótulo de *viciosa*. Los que no pertenecen al grupo ilustrado, es decir, aquellos que supuestamente sí necesitarían ser irradiados por la letra, terminan quedando abandonados, su lengua termina atrapada en el proyecto de la gramática. El proyecto gramatical en cuanto proyecto regenerador busca refinar las formas de hablar y decir pero al mismo tiempo su fuerza se encuentra en un gesto de abandono que invisibiliza el habla popular precisamente al visibilizarla, ya que sí le da un espacio en la *Gramática* pero literalmente al margen de ésta, es decir, en las notas de pie de página, de modo inconsciente el lugar de los temores, los monstruos y las pesadillas. De manera que a través de este mismo gesto produce y rechaza la heterogeneidad lingüística. Esto representa el abandono de aquellos que no pertenecen a la vida política de las nuevas formaciones nacionales: la gramática no los excluye; se suspende de ellos, dejándolos abandonados. Se puede concluir a este respecto que al perder este detalle perdemos la estructura básica de la fuerza de la política de la lengua en el siglo XIX.

Bello mismo es explícito en comprender esta fuerza del abandono. La idea de “práctica” (1847, 5) de los americanos se contradice con la idea de uso como “costumbre uniforme y auténtica de la gente educada” (13). El uso que le interesa a Bello no es el hablado sino el uso que está plasmado en la escritura, aquel que supone la formación en letras: la elocuencia que Ramos identifica como ocupando un lugar intermedio entre el habla y la escritura. Bello paradójicamente termina rechazando lo que quería salvar, el uso mismo del lenguaje.

Finalmente, podemos concluir que hay tres cuestiones que están en juego en el trabajo de Bello y que participan de diferente modo en la lógica de poder que subyace a su proyecto. En primer lugar, Bello establece que el modelo de la gramática es un grupo social específico: la gente educada. En segundo lugar, aunque Bello sostiene que el público de la gramática son los americanos, aclara en varios momentos que esta va dirigida a aquellos que ya hablan la lengua, los que pertenecen a ciertas clases, los que no se ocupan del trabajo mecánico; es decir, de un modo ambiguo Bello se debate entre la promoción de la *Gramática* y la restricción de la misma a un grupo social específico. La diversidad lingüística no es invisibilizada, sino al revés, es producida en el momento en el que se le nombra como viciosa o corrupta.

En tercer lugar, es preciso aclarar que no quiero desconocer el carácter expansivo del proyecto gramatical. Intento llevar al límite el argumento al plantear la pregunta sobre cómo la expansión-irradiación, la base misma del proyecto regenerador, funciona como retórica de un gesto de abandono de la población, abandono de lo que hay en la población. Expansión querrá decir reducir al otro dejándolo expuesto como barbarie. De esta manera el proyecto de Bello es regenerador y así un proyecto definitivo para la época: al mismo tiempo de irradiación y de abandono.

#### 4.0 EL LENGUAJE POLÍTICO DE LA REGENERACIÓN EN COLOMBIA

“Regeneración administrativa fundamental o catástrofe”. Estas apocalípticas palabras pronunciadas por Rafael Núñez el 1 de abril de 1878 inaugurarían una época dentro de la historia colombiana que le cambiaría radicalmente la cara política al país.<sup>18</sup> La idea de la regeneración modelaría de alguna u otra manera el discurso del XIX latinoamericano sustentado por las ideas provenientes de lo que se entiende en sentido amplio como el “positivismo”, ligado al “darwinismo social” y las ideas del filósofo inglés Herbert Spencer (1820-1903).<sup>19</sup> La regeneración, como eje del pensamiento político, tiene una historia que puede trazarse ya desde la independencia y cuyo impulso progresista es un descendiente claro de la ilustración. Tal impulso se transforma o intensifica con la institucionalización de las doctrinas positivistas a finales del siglo XIX.<sup>20</sup>

El positivismo era visto como el instrumento gracias al cual los países latinoamericanos podrían independizarse intelectualmente de España y al mismo tiempo convertirse en estados

---

<sup>18</sup> Núñez las pronunció cuando era presidente del senado y dio posesión de la presidencia de la república al general Julián Trujillo (Valderrama 1997, 15).

<sup>19</sup> Las ideas de Spencer y Darwin se reforzaron mutuamente, aunque el propio Darwin era cuidadoso en cuanto a la aplicación “social” de su teoría. La idea clave del darwinismo social que permeó el pensamiento social de Spencer es la de que la naturaleza se rige por una ley de “selección natural de los individuos, grupos y razas más aptos para sobrevivir en la lucha universal por la existencia” (Hale 1989, 334).

<sup>20</sup> Bajo la influencia de la ilustración, Bolívar ve en la *razón* la esperanza de transformación de la realidad para alcanzar la unidad de los países del continente. De acuerdo con Leopoldo Zea en su libro *Pensamiento positivista latinoamericano* (1980), los positivistas parten del “fracaso” de los libertadores en su proyecto de unificar razas y culturas y se proponen “salvar” a América de la situación de ingobernabilidad (Zea XVIII).

industriales modernos (Franco 1971, 26).<sup>21</sup> El debate sobre cómo un sistema de pensamiento podría modelar el destino de las nuevas naciones fue persistente, la adaptación del pensamiento positivista varió según el contexto y el momento político que vivía cada país.<sup>22</sup> De acuerdo con Leopoldo Zea (1980), en el contexto latinoamericano esta línea de pensamiento era entendida como la conciliación de la *libertad* con el *orden* que debía garantizarla, esto con el fin de dar solución a la “anarquía” que reinaba en los pueblos americanos.<sup>23</sup> De acuerdo con Zea, “vencido el espíritu teológico por la acción del espíritu metafísico, el papel constructor y regenerador corresponde ahora al espíritu positivo” (XXIX). El positivismo era visto como una alternativa de renovación de los países latinoamericanos cuya realidad, definida por el conflicto social, necesitaba urgentemente ser transformada. En el caso colombiano el positivismo también ocupó un lugar destacado dentro del escenario político.<sup>24</sup> Dado que el vocabulario spenceriano y la concepción de la nación como organismo social caló fuertemente en el pensamiento del líder

---

<sup>21</sup> Jean Franco recuerda la difícil tarea que implicaba aplicar un sistema importado que transformara a los países en estados modernos “mientras subsistiera una estructura social feudal y oligárquica” (1971, 27).

<sup>22</sup> Para una discusión sobre las complejidades de estos debates en un contexto particular (Brasil) pero con implicaciones continentales ver Schwarz (1992).

<sup>23</sup> Mientras que Augusto Comte (1798-1857) y Herbert Spencer (1820-1903) son los dos grandes representantes de la filosofía positivista, dentro de los autores precursores del positivismo en América Latina se encuentran: los chilenos José Victoriano Lastarria y Francisco Bilbao; el cubano José Antonio Saco; los argentinos Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, quienes veían en la mezcla racial la causa de la degeneración de la raza y los mexicanos José María Luis Mora, Gabino Barreda y más adelante Vicente Riva Palacio, Justo Sierra y Andrés Molina Enríquez, quienes al contrario veían en la mezcla entre europeos e indios un factor dinámico de la sociedad y entendían el mestizaje como alternativa de construcción social (Zea XIX).

<sup>24</sup> El positivismo llegará a Colombia a través de la literatura filosófica del político y escritor José Eusebio Caro (1817-1853), en cuya obra, *Ciencia social*, aparece por primera vez citado Augusto Comte. J.E. Caro interpretaba la historia “en términos evolucionistas, como el tránsito de la humanidad desde la edad teológica hasta la era de la industria y de la ciencia, y el análisis de los problemas se verifica comenzando por los más simples, es decir, los matemáticos, para llegar a los más complejos, que son los biológicos y los sociales” (Jaramillo 1997, 484). Es decir, sigue hasta la letra el gran esquema de Comte. Rastro de estas ideas se encontrarán en el pensamiento de su hijo el regenerador Miguel Antonio Caro, quien sin embargo no dejaría de buscar la conciliación entre evolución y revelación, religión y ciencia (473). La influencia de Spencer sobre el pensamiento colombiano fue mucho mayor que la de Comte. Tradicionalmente los pensadores ingleses habían tenido mayor influencia en el pensamiento colombiano. Spencer y Mill pasaron a ocupar el lugar que antes habían tenido Jeremy Bentham (1748-1832) y Antoine Louis Destutt de Tracy (1754-1836). En 1880 Núñez propone el estudio de la Sociología de Spencer y la Lógica de Mill con el fin de “actualizar la inteligencia nacional” (485). De acuerdo con Jaramillo Uribe la cooperación política entre Núñez y M.A. Caro se derivó de la interpretación que ellos realizan de Spencer como un pensamiento en el que la religión podía caber como parte del ordenamiento social. Núñez apelaba al liberalismo de Spencer, mientras que Caro apelaba al lugar de la moral cristiana en su pensamiento.

regenerador Rafael Núñez<sup>25</sup>, pueden encontrarse allí las raíces del término “regeneración” en su especificidad colombiana como metáfora política, la cual toma fuerza al convertirse en el nombre con el que se bautiza el gobierno de corte conservador que estaría en el poder a finales del XIX y cuya constitución (1886) regiría el destino del país por casi cien años (hasta 1991).

Desde diferentes perspectivas, algunos historiadores (Nieto Arteta 1942, Bergquist 1978, Tirado Mejía 1983, Palacios 1995, Colmenares 1997, González 2006) han estudiado más o menos extensamente la última parte del siglo XIX colombiano. Sin embargo no encontramos un estudio que se encargue del papel que ocupa en el discurso político la idea sobre la cual construye el gobierno sus bases y que modelaría el lenguaje político de la época: la regeneración.

La idea de regeneración supone que hay “algo” que se encuentra en estado degenerado. Dentro del discurso de construcción nacional, este “algo” se refiere a la población. Antes de rastrear esta idea en el contexto específico del gobierno colombiano es preciso recordar los orígenes de este vocabulario en los estudios sobre raza de algunos teóricos europeos como el Conde de Gobineau (1816-1882)<sup>26</sup>, cuyas ideas tuvieron impacto en el pensamiento político colombiano a través de José María Samper (1828-1888) en su *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas* (1861). Para Gobineau “societies perish because they are degenerate, and for no other reason (1853, 58). The word *degenerate*, when applied to a people, means (as it ought to mean) that the people has no longer the same intrinsic value as it had before, because it has no longer the same blood in its veins” (59). De acuerdo con Gobineau la mezcla de razas trae como consecuencia la sangre adulterada, de modo que el hombre degenerado va alejándose cada vez más de los grandes héroes de otras épocas,

---

<sup>25</sup> En su artículo “La Sociología” de 1883, Núñez realiza un bosquejo de la obra de Spencer destacando la importancia de su filosofía para el pensamiento político colombiano.

<sup>26</sup> Además de Gustave Le Bon (1841-1931), Louis Agassiz (1807-1873) y Ludwig Gumplowicz (1838-1909), quienes precisamente estaban en diálogo con los positivistas.

aquellos que fueron fundadores de la nación. A mayor grado de degeneración la esencia de esta raza fundadora se va perdiendo con mayor rapidez. Al final “he is only a very distant kinsman of those he still calls his ancestors” (59). El uso del término regeneración en el discurso político implica la pervivencia de un tufillo de nostalgia por un pasado —o un pueblo— perdido al que hay que regresar y que es preciso renovar. Aunque el discurso del gobierno regenerador no pusiera tanto énfasis en cuestiones raciales, como el caso mexicano o argentino, el uso de la palabra mantiene resonancia con un debate de corte biologicista que caracterizó la segunda mitad del siglo XIX.

Recordemos que la idea de regeneración se refiere por un lado a algo que decayó y a lo cual necesita dársele vida nueva, y por otro lado la necesidad de que un sujeto cambie su comportamiento. En el caso colombiano, ambas comprensiones se encuentran en la idea de orden. En este sentido, la regeneración se propone al mismo tiempo como una política reparadora y renovadora del orden político y social por un lado —el “caos” en el que había dejado el país el partido liberal— y como una transformación al nivel de la moral de los sujetos bajo los parámetros del cristianismo por otro lado —la alianza entre Iglesia y Estado—. La idea de la regeneración en el contexto colombiano va acompañada de una retórica que entiende al país como heterogéneo, ya que está compuesto por regiones profundamente diferentes y contrastantes. En esa medida el país es poseedor de una heterogeneidad que es radical y así excepcional. Este argumento servirá para sustentar tanto el federalismo —asociado con el liberalismo—, como su opuesto, el centralismo —asociado con el conservadurismo y el gobierno regenerador—. A través de esta interpretación de la realidad nacional, la regeneración como expansiva e inclusiva implicará también la exclusión de esa misma población colombiana a la cual retóricamente pretende regenerar. No es sin embargo un mero excluir, lo que hace el gesto

regenerador es incluir bajo su proyecto. Se alimenta de dicha exclusión, es decir, produce a través de sus políticas regeneradoras el abandono de la población —o al menos cierta población— que dice busca regenerar.

El slogan del gobierno, “regeneración o catástrofe”, representa un modo de ejercicio del poder gracias al cual se interviene y decide acerca de la vida política de los ciudadanos. Teniendo en cuenta la fuerza retórica de esta idea y el modo en que hace palpable el pensamiento de una época, mi propósito es rastrearla indagando acerca de su origen y su gradual consolidación como idea central del gobierno colombiano de finales del XIX.

En el caso colombiano la idea de la regeneración cumple un papel particular y central al convertirse en el lema y propósito del gobierno. Analizarla a la luz de los textos mismos de los regeneradores nos permite examinar sus alcances, límites y contradicciones. El discurso político es el espacio en el que esta idea cobra vida y este es precisamente mi objeto de estudio en este capítulo, los escritos del principal representante del gobierno regenerador: Rafael Núñez (1825-1894). Estos escritos políticos quedaron consignados en una obra monumental llamada *La reforma política de Colombia* (1885). En *La reforma política de Colombia* se reunieron los artículos que fueron escritos de 1878 a 1888 publicados en los periódicos *La Luz* y *La Nación* de Bogotá y en *El Porvenir* y *El Impulso* de Cartagena. El nombre hace alusión a la transformación legal, constitucional, política y social que llevó a cabo su gobierno. Al explicar el proyecto de la reforma política, Núñez la equipara con la idea de regeneración y sostiene que se trata de

(...) un espíritu de reacción, formidable por su intensidad, [que] se ha apoderado plenamente del sentimiento general. La reforma política, comúnmente llamada *Regeneración fundamental*, no será, pues copia de instituciones extrañas; ni parto de especulaciones aisladas de febriles cerebros: ella será un trabajo como de codificación natural y fácil del pensamiento y anhelo de la nación. (1885a, 438)

Aquí el término regeneración está siendo utilizado en varios sentidos, todos ellos relacionados. En primer lugar la regeneración como reforma política, lo cual hace alusión a un cambio a nivel legislativo, constitucional y de pensamiento político. En segundo lugar la regeneración tiene un significado de tipo metafísico, un *espíritu* de reacción. En tercer lugar ella tiene un propósito sublime, el anhelo de la nación. Como veremos, los tres significados emergerán de distintos modos en los escritos de Núñez.

#### 4.1 ORÍGENES DE LA IDEA DE LA REGENERACIÓN

La segunda mitad del siglo XIX colombiano está dividido en dos etapas profundamente contrastantes política e ideológicamente, no en vano ha sido llamado “un juego de espejos contrapuestos” (Palacios 2002, 270): el liberalismo y el conservadurismo. El periodo liberal, que comenzará en 1849 con José Hilario López (1798-1869)<sup>27</sup>, se perpetuará con el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1878), Macachochas, quien fuera cuatro veces presidente y uno de los más importantes líderes del liberalismo y de la época que será llamada el periodo del Olimpo Radical (1849-1878). El programa político instaurado por este gobierno se caracterizó por dos grandes transformaciones: la separación entre la Iglesia y el Estado y la descentralización política y económica del país a través del sistema federal, cambios consignados en la Constitución de Rionegro (1863). El nuevo país fue bautizado como Estados Unidos de

---

<sup>27</sup> El gobierno de José Hilario López (1849-1853) puso en marcha un paquete de reformas políticas liberales que quedarían consignadas en la constitución de 1853 y que incluían la abolición de la esclavitud y de la pena de muerte para delitos políticos, la división de los resguardos indígenas, la descentralización administrativa de los impuestos, el control de los gobiernos locales sobre las propiedades de la Iglesia y el derecho al sufragio sin los requisitos de propiedad y alfabetismo (Berquist 1978, 41). Algunas de las reformas provocarían fuertes disputas políticas con el gobierno conservador.



Colombia y dividido en nueve Estados soberanos y omnímodos, cada uno con su constitución, su código civil y penal, su administración y su ejército. A nivel económico se fomentó el libre comercio a través de la apertura al capital extranjero y se redujeron considerablemente los impuestos a las importaciones.<sup>28</sup> A nivel educativo se llevó a cabo una de las reformas en la historia de la educación más importantes, la reforma de 1870, que entre varias de sus políticas declaró la escuela como obligatoria y gratuita. La Iglesia fue excluida de participar activamente en esta tarea, adoptándose una educación de bases científicas que fue dirigida y controlada por pedagogos alemanes.

Rafael Wenceslao Núñez Moledo ocupó un rol importante tanto en el periodo liberal como en el periodo conservador. Fue funcionario público de los gobiernos del periodo liberal<sup>29</sup> y colaboró en la convención que daría origen a la Constitución de liberal de 1863. Pasó una larga temporada en el extranjero en que se familiarizó con la filosofía y política inglesas, fue Cónsul en Liverpool, publicó en la ciudad de Rouen su libro *Ensayos de crítica social* (1874), regresó a Colombia en 1876 y es elegido presidente durante tres periodos (1880-1882, 1884-1886 y 1887-1888).

Durante su etapa liberal, el político fue un defensor incansable del federalismo como la organización política más adecuada para el país. Curiosamente, los orígenes de la idea de regeneración —base del gobierno d corte conservador—, pueden rastrearse en un artículo de Núñez de 1855 llamado “La Federación”, correspondiente a su etapa liberal. En este artículo el político identifica uno de los obstáculos más importantes para la nación: el problema de la

---

<sup>28</sup> Mientras que el historiador Marco Palacios enfatiza que tanto liberales como regeneracionistas apoyaron el modelo exportador y defendieron el progreso capitalista (2002, 267), Charles Berguist enfatiza el contraste entre las perspectivas de ambos gobiernos a nivel económico y político (1978, 43).

<sup>29</sup> El presidente José María Obando lo nombró secretario de Gobierno y el presidente Manuel María Mallarino secretario de Guerra y luego de Hacienda. Después de la guerra civil de 1860-1861, el presidente Tomás Cipriano de Mosquera lo nombró Ministro del Tesoro y durante los años de gobierno del presidente Julián Trujillo asume las funciones de secretario de Hacienda.

*heterogeneidad poblacional*. Bajo el argumento de que el rasgo principal de la población es la diversidad de culturas y topografía —caracterización de la población que pervivirá y contribuirá en la formación de la identidad nacional— Núñez insistirá en aplicar una política de independencia de las regiones a través del federalismo. Curiosamente es precisamente este mismo argumento el que esgrimirá durante su periodo conservador para defender la necesidad de un gobierno centralista que unificando las regiones permitiera alcanzar la unidad nacional. El artículo se inscribe dentro de un debate enquistado que continuaría por varias décadas estando en el centro de la discusión política: federalismo vs. centralismo, lo cual en el caso colombiano y en este momento político en particular puede leerse como la lucha entre liberalismo vs. conservadurismo.

Veamos como desarrolla Núñez su argumento. El político insiste en la necesidad de reconocer que el país no es “*un solo pueblo*, sino muchos *pueblos* diferentes”, que “la Nueva Granada no es una sola *nacionalidad*, sino *un conjunto de nacionalidades*” (23). Esta realidad exige un remedio que resuelva lo que puede desencadenar en el caos total:

Esta heterogeneidad de pensamientos, esta diversidad de necesidades, que ha llegado hasta el antagonismo; este cúmulo de aspiraciones, de distinto orden, que semejantes a las olas del océano, a fuerza de bullir y de chocarse, habrán de tomar las proporciones de una borrasca; este cuadro político y moral y material de nuestra vida interior y de nuestras condiciones topográficas, se ha hecho más perceptible (...). (22)

Para el Núñez joven la diferencia debía ser el rasero bajo el cual se gobernara el país, porque ella era la que constituía su ser nacional. Por esto, gobernar bajo una misma ley central “es la pretensión más absurda y despótica, a la vez que más irrealizable, de cuantas pueden entrar

en la cabeza de los hombres” (24). Para probar su punto recurre a la geografía como argumento del tipo de organización política que debería adoptar el país:

Y es que, conteniendo nuestro inmensurable suelo, cuya superficie es casi igual a 400.000 millas cuadradas, todos los accidentes geográficos de que es susceptible la tierra, a saber: istmos, archipiélagos, cordilleras empinadas, profundos valles, llanuras eternas y dilatadas costas; y todos los climas y todos los frutos del globo; sucede que nuestros principales grupos de pueblos aparecen situados en muy diversas y distantes posiciones: ora a la ribera de un río, o en la cumbre de un monte, o a la orilla del mar, o en la falda de una colina, o en el fondo de un valle, o en medio de los océanos; y allí, bajo la influencia de una atmósfera, de un temperamento y de hábitos esencialmente distintos, cada uno de ellos se ha ido desenvolviendo, con sus propios elementos, aislado en cierto modo de los demás; y ha adquirido, consiguientemente, un tipo característico y aspiraciones peculiares, que establecen una positiva línea de separación y de enseñanza entre unos y otros, y que imposibilitan naturalmente toda tendencia que tenga por objeto la fusión absoluta de sus intereses sociales, y el sometimiento consecuencial de esos intereses a una misma e invariable ley. (23)

La geografía emergerá frecuentemente como narrativa que sustentará varias de las ideas políticas más importantes, ya fuera para defender un sistema federal que promoviera la libertad de cada región para autogobernarse —discurso defendido por el régimen liberal— (1855) o un sistema centralizado que en su intento por superar la fragmentación que impone la naturaleza del territorio, resolviera el aislamiento en que se encontraban las regiones para así poder alcanzar la unidad nacional, posición defendida por el régimen conservador. En esa medida, el problema de la nación colombiana, es el problema de la relación entre la población y la tierra que ocupa. Bajo el argumento de la diferencia cultural naturalizada por la geografía, Núñez reclama para la república una nueva organización política. Así puede afirmar: “No hay término medio entre la

federación y la anarquía” (1855, 28). El problema de la anarquía aquí se encuentra asociado al problema del territorio.<sup>30</sup>

Núñez reclama la necesaria abolición del régimen centralista y presenta el régimen federal como “la única solución posible” para fundar una “nueva era de tranquilidad y bienadanza” (1855, 24). Con el fin de sustentar esta idea expone una realidad que para él parece irrefutable: si se analizan los hábitos, los instintos, las tendencias y las necesidades del pueblo, se hace evidente que es un pueblo dividido (19).

En efecto: ¿qué relaciones, que puntos de asimilación, que comunidad de intereses pueden descubrirse entre un habitante de Pasto, v.g. y un habitante de Riohacha? ¿Qué analogía se descubre entre el independiente y malicioso boga del Magdalena, y el imbécil y abyecto carguero de los Andes? ¿Entre el festivo y pródigo zambo de la Costa, y el económico y laborioso aldeano del Socorro? Creencias políticas, creencias religiosas, ocupaciones *productivas*, costumbres, inclinaciones, alimentos, vestidos y hasta la raza, y aun el lenguaje, todo es diverso, completamente diverso, por mas que, cediendo a un espíritu de inflexiva rutina, llamemos a unos y otros, descendientes de una estirpe común. (mi énfasis 1855, 19-20)

El objeto del gobierno no puede ser la multiplicidad diferenciada de grupos regionales e individuos que muy poco tienen que ver unos con otros. Esta multiplicidad necesita ser producida como población para que pueda ser efectivamente objeto de gobierno. Sin embargo, el Núñez joven, a diferencia del Núñez “regenerador” de un par de décadas más tarde, interpreta la realidad heterogénea del país como una realidad que es inalterable. Por más intentos de cubrir la diversidad con el manto de la nación, la única solución que el político encuentra es implementar un sistema federal de organización política.

---

<sup>30</sup> Es así como en 1880 Núñez vuelve a referirse al tema de la “desventajosa topografía” del país, que ya había atormentado a Núñez desde los comienzos de su carrera política, declarándola causa principal de la pobreza (413). La fuerza de la nación tendrá que ser buscada no en la topografía inclemente del territorio pero en “nuestra inteligencia y nuestras luces” (Ibíd.), a través de una educación que corresponda con los intereses de la nación.

Dividiendo la población en tipos de habitantes, Núñez puede concluir que algunos son más productivos que otros para alcanzar el éxito del proyecto nacional. Presuponiendo el fundamento geográfico de la idea de raza su dictamen está cargado de juicios que establecen que a cada región geográfica le corresponde un tipo de habitante. La diversidad regional y por tanto la diversidad poblacional hace difícil aplicar reformas políticas consonantes con el espíritu de la época. Sin embargo, el cuadro del país presentado por Núñez y la natural relación que este encuentra entre regiones y tipos de población indica que el problema no es precisamente la heterogeneidad en sí sino el tipo de sujeto, “sujetos degenerados”, que se forma en ciertas regiones: malicioso, imbecil, abyecto, festivo (ibid). Aunque se trata de que cada estado se autogubierne, dada la imposibilidad de homogeneizar las diferencias regionales, si se acepta con Núñez que a cada región le corresponde un tipo de habitante, y esta relación es inalterable, el autor estaría implicando que aunque se promueva que los estados se autogubiernen, los “sujetos degenerados” serían incapaces de ejercer esta labor.

Pero, ¿cuándo utiliza Núñez por primera vez el término regeneración? El texto fundacional de la idea de la regeneración corresponde a un escrito temprano de Núñez (1862) dirigido a todos los gobernadores, cuando este era Ministro del Tesoro durante el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera. Se trata de la defensa de una de las causas liberales más importantes: la desamortización de bienes de la Iglesia. La importancia de este documento se encuentra en el hecho de que marca el origen de la regeneración como término que entra a formar parte del escenario y el vocabulario político a través de la perspectiva del liberalismo. Como se dijo, más adelante sostendría el aparato ideológico del gobierno conservador.

Núñez justifica la desamortización como un paso necesario que los pueblos deben dar si quieren encaminarse hacia la civilización. Si se busca alguna prueba de ello allí están los países

de Europa e “inclusive los más católicos, como Austria y España”. Para el político, la separación entre Iglesia y Estado era una necesidad imperiosa, ya que “*es un absurdo monstruoso* imaginar que tenga carácter religioso de ninguna especie lo que siendo rigurosamente mundano o temporal, no se roza ni puede remotamente rozarse, con el espíritu o la conciencia” (30). Durante estos primeros años de vida política Núñez veía la religión como un componente importante de la sociedad colombiana que sin embargo debía mantenerse al margen de las cuestiones políticas, lo cual justificaba resaltando el lugar elevado y eterno de las cuestiones religiosas frente a la política como perteneciente al ámbito de lo perenne y terrenal. Es decir, la regeneración tiene sus orígenes como un proyecto de secularización de la política que más adelante daría un giro radical.

En consonancia con las ideas del positivismo (en este caso Spencer), Núñez describe la desamortización como parte de “un movimiento hacia delante” (30) que pertenece a una cadena de movimientos que se iniciaron con la independencia en 1810. Estas transformaciones corresponden al curso necesario de la historia que deberá dirigirse “en el mismo sentido del progreso por la libertad”. La desamortización, como parte del proyecto regenerador, es lógica e inevitable, razón por la cual no hay que imponerle ningún obstáculo. Núñez da una razón más práctica para la desamortización: resolver el problema de la “*distribución equitativa* de la propiedad” (Ibíd.). Por otra parte, hay para él un argumento metafísico más importante: dejar que el “espíritu de progreso” (32) se revele. Esta comprensión de la historia aparecerá en varios de los ensayos de Núñez, algunos de los cuales establecerá una asociación directa entre la necesidad de la regeneración política y la revelación del espíritu.

Según Núñez, lo que en el pasado había sido reconocido como derecho de la Iglesia, el ser propietaria, ha terminado por convertirse en “*germen del mal*, debe, en estricta justicia, ser

abolido o transformado”, sin intentar “contrariar el movimiento *Regenerador* (!!!!)” (33). Esta es la primera vez que el político utiliza el término. No es un error, son efectivamente cuatro los signos de admiración. Núñez no se contiene a la hora de enfatizar, a través de su escritura, el propósito fundamental de su política: regenerar. Para hacer más claro su proyecto explica que esto supone que hay un germen que debe ser extirpado —en este caso la figura de la Iglesia como propietaria— y reemplazado por otro. Según el vocabulario utilizado por Núñez, la regeneración implica que hay un origen que está viciado y este vicio se esconde en la influencia que pretende tener la Iglesia sobre la política. Regenerar quiere decir reparar este origen viciado.

Lo que Núñez llama el “movimiento Regenerador” hará parte de la cadena de movimientos de la historia que el autor menciona antes en el mismo texto. Se trata de un proceso ineludible, de cuyo programa es responsable el Estado. La desamortización, bajo la bandera de la idea de regenerar, traerá al país provecho económico y político (33) y parecerá insensato cualquier intento de ir en contra de los parámetros que dicta. La consecuencia necesaria de la regeneración será el progreso que, en el contexto de este artículo (1862), es sinónimo de la separación Iglesia-Estado.

Tres cuestiones asociadas con la regeneración y que aparecen en estos artículos tempranos de Núñez volverán a emerger durante su segunda etapa política: la cuestión de la heterogeneidad del país, la relación entre Iglesia y Estado y la regeneración como parte del movimiento de la historia. Veremos cómo el término, y el vocabulario sobre la vida que implica, es útil a la ideología política que quiera hacer uso de él, pues décadas más tarde será utilizado para defender precisamente la política contraria bajo el gobierno de énfasis conservador: la alianza Iglesia-Estado. A través de la figura de Núñez, la regeneración como imperativo viajará de un gobierno a otro imponiéndose poco a poco como justificación de un proyecto político.

## 4.2 EL GOBIERNO REGENERADOR, CONFIGURACIÓN DE UNA IDEA

Años después, en 1878, la regeneración se convertirá en emblema del gobierno opuesto al liberalismo, cobrando una fuerza insospechada cuando Núñez proclama el famoso lema del gobierno: “Regeneración administrativa fundamental o catástrofe” (Valderrama 1997, 15). Después de casi dos décadas (1861-1878) en el que el poder político estuvo en manos de los liberales radicales, el periodo asociado con una hegemonía conservadora comenzará con la llegada del General Julián Trujillo a la silla presidencial y terminaría en 1930 con el gobierno de Miguel Abadía Méndez.<sup>31</sup> Podemos identificar el periodo de La Regeneración como aquel comprendido entre 1878 y 1899. El triunfo de este gobierno será posible gracias al fraccionamiento del liberalismo y la formación de un nuevo partido, el de los liberales independientes, este estaba encabezado por Rafael Núñez, cuyo pensamiento político daría un giro de 180 grados. Su alianza con los conservadores sería la fórmula política que finalmente lo llevaría a ocupar la silla presidencial y que daría inicio a la “labor regeneradora” (1879, 96). Núñez se disculpa por el salto político que emprende al aliarse con los conservadores cuando años después sostiene que: “Un núcleo primitivo subsiste siempre, como depositario de lo que podríamos llamar el fuego sagrado, pero las individualidades cambian a menudo su afiliación, de suerte que no se corona la cima de la montaña con los mismos que compusieron la fuerza inicial” (1883a, 134). Aclarado esto llama a una reforma administrativa como solución a la situación del país (134). El gobierno regenerador se define como respuesta y reacción política al gobierno liberal y en esta medida su consigna era efectiva. Los viejos tiempos son de “desconcierto y

---

<sup>31</sup> “El éxito de la agricultura de exportación condujo al surgimiento y predominio del partido liberal en Colombia a partir de 1850 (...) [D]espués de 1875, sin embargo, la agricultura de exportación entró en un período de rápida decadencia, y a comienzos de la década de 1880 este sector entró en crisis” (Bergquist 1978, 35). La crisis económica agudizaría la crisis política que daría origen a La Regeneración (Nieto Arteta 1942, 370).



ruina”, equivalente a un “descenso moral” (1879, 99), mientras que los nuevos lo son de “concordia y progreso” (1885b, 81).

Para Núñez “catástrofe” es el único término que se puede utilizar para describir el estado en el que había dejado el país el régimen liberal. El político reconoce que “el país ha retrogrado hasta encontrarse casi en condiciones primitivas. Sin haber llegado á la virilidad, se encuentra próximo á esa especie de infancia que se llama decrepitud. El actual *desideratum* político es, por tanto, elemental: se trata preferentemente del establecimiento del orden” (1881, 12). Se asume que el país se encuentra en un estado inferior y que le queda un largo recorrido por recorrer, recorrido que solo puede llevar a cabo en la medida en que “fundemos el reinado del orden” (1881, 15). Orden quiere decir, entre otros varios significados, subsanar el estado de estancamiento y degradación del país causado por las guerras.

Son indiscutibles “los resultados desastrosos en el sentido del desorden y la correlativa ausencia de Ley” (1891a, 45). Es decir, lo que anteriormente para el político había constituido la “pretensión más absurda y despótica” (1855, 24), la imposición de una única ley, ahora con la Regeneración no le queda duda de que es preciso imponer el “imperio de la Ley” (1891a, 49) dentro del marco de una política centralizada. Pero “la ley requiere autoridad que la haga efectiva” (35). “La autoridad es la paz, y la paz es la Ley. Todo el mundo civilizado contesta: Amén” (46). El orden político y el orden social se alcanzarán a través de la ley, pero la ley afirmada por la religión católica. Núñez equipara “justicia, seguridad, orden, estabilidad, libertad y progreso” como palabras de “idéntico significado” (1883c, 357), claves para el programa político del país. Todos estos son para él rasgos propios del régimen regenerador (1880, 416). En su intento por validar todos estos elementos, Núñez anuncia en su discurso en la Universidad Nacional (1880) su propósito de reorganizar el Observatorio Astronómico para demostrar la

importancia de la armonía, la sumisión a las reglas del movimiento y así la necesidad del orden jerárquico y la disciplina, en cuanto ley providencial “que no puede infringirse sin desastre” (1880, 417) para alcanzar el progreso. Su giro argumentativo es hacer uso del discurso científico para justificar su discurso político y validar al mismo tiempo la disciplina como una práctica necesaria para la regularización del comportamiento de los sujetos.

Al contrario de su propuesta en el artículo de 1855, “La Federación”, en su artículo “Regeneración o rehabilitación” (1883) Núñez propone el fracaso del sistema federal, ya que este sistema es la causa del sinnúmero de revoluciones y gobiernos destruidos (1883a, 132). Como quedaría consignado en varios de sus artículos, la necesidad de paz responde a la necesidad de solucionar uno de los grandes problemas del país: la *guerra*. Ella deberá ser evitada a toda costa porque según el político degrada moralmente al país. Precisamente en su artículo de 1882 llamado “La paz científica”, Núñez hace una lista del sinnúmero de revoluciones y guerras civiles que se han producido a lo largo del país desde 1864 a 1880 e identifica el periodo de su gobierno como un nuevo comienzo: “es desde 1880 que el país se encuentra en atmósfera de perfecto sosiego” (93).<sup>32</sup> La guerra para Núñez ha sido prácticamente la realidad permanente del país por varias décadas en las que el poder estuvo en manos del régimen liberal, mientras que los periodos de paz han sido la excepción (1880, 94).

Si regenerar quiere decir paz, ella necesita de la creación de cuerpos y de espíritus sanos (51) que puedan participar en el progreso económico a través de la industria. De acuerdo con Núñez “los buenos hábitos morales e industriales (...) son los únicos correctivos de la pobreza y

---

<sup>32</sup> Como prueba de la inestabilidad política enumera las varias constituciones teniendo en cuenta el énfasis que hace cada una: “La Constitución de 1832, medianamente central; la constitución de 1843, rígidamente autoritaria; la constitución de 1853, casi federal; la constitución de 1858, completamente federal; y la constitución de 1863, que fue en el camino de la descentralización hasta reconocer como principio fundamental de la organización política la soberanía de las Secciones” (1882a, 94).

las verdaderas fuentes del progreso y de la libertad” (1891a, 45). Para el político, la salud de los individuos es equivalente a la paz y la fiebre a la guerra. No es casualidad que la cuestión de la salud pública se convierta en una responsabilidad estatal y en 1888 sea creada la Junta Central de Salud Pública (ver Froyland 2006, 165).

El término regeneración es suficientemente abarcador como para cobijar todos estos elementos bajo una misma bandera. Ellos encajan dentro del proyecto en la medida en que se ajustan a un relato histórico que quiere imponerse como legítimo y que interpreta la época liberal como un periodo de guerras civiles, una serie de rupturas que no le han permitido al país seguir la ruta del progreso. Regenerar querrá decir fundar un nuevo régimen que resuelva el problema de la anarquía y el desorden. Lo que necesita el país es más gobierno y es en esa medida en que el fortalecimiento de la ley y la religión son importantes. Bajo el lema de la regeneración se justifica un nuevo modo de gobernar al país que le dará a este un nuevo nacimiento. Sin embargo, a través de los artículos de Núñez, se hace palpable que el periodo de “paz” que él identifica con el gobierno regenerador, es la continuación de la lucha política ya no en la forma de la guerra sino teniendo como escenario el pulpito y la prensa. Invirtiendo la afirmación de Clausewitz, el ejercicio del poder político es la continuación de la guerra por otros medios. Foucault capta el espíritu del momento cuando dice: “El poder político, en esta hipótesis, tiene de hecho el rol de inscribir perpetuamente, a través de una especie de guerra silenciosa, la relación de fuerzas en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, hasta en los cuerpos de unos y otros” (Foucault 2000, 31).

La lucha entre liberales y conservadores no cesó realmente, más bien pasó por momentos donde el conflicto entre ambos se intensificó. Narrar la historia como una serie de rupturas (antes catástrofe: guerra y desorden, ahora regeneración: paz y orden) abre el espacio para que la

regeneración opere. Su función retórica es acentuar la idea de la ruptura para hacer valer una nueva forma de gobierno como un nuevo renacer, en palabras de Núñez un “renacimiento” (1879, 99). Esta descripción de la historia en términos de ruptura y renacimiento establece una continuidad entre ambos momentos y así justifica el momento político de la Regeneración como un momento necesario dentro de la historia política del país.

El término regeneración durante la etapa conservadora de Núñez es llenado de nuevo contenido. En su artículo “Regeneración práctica” (1878) Núñez reconoce las ventajas que ofrece el concepto en la medida en que permite nombrar un periodo de transición y renovación de la vida política que al mismo tiempo ofrece la alternativa de imaginar una nación nueva (1878b, 21). En una carta al Señor Gregorio Miró de Panamá, durante el mismo año, Núñez afirma que “Lo que importa mucho es que todos los que militamos bajo la modesta bandera de la Regeneración, nos penetremos íntimamente de cuánto este vocablo significa. Algo semejante a un espíritu religioso debe animar nuestros corazones” (1878a, 19). La idea de que existe un “espíritu de la regeneración” encargado de penetrar o irradiar el cuerpo nacional, es sin duda una retórica que le dará fuerza al programa político del gobierno pero que al mismo tiempo dejará a la intemperie a aquellos que no quieran participar bajo sus directrices. La llamada “regeneración práctica” se convierte en una regeneración metafísica, “espiritual”, esta condición, el estar de cierta manera por fuera del ámbito de lo terrenal la convierte en una idea inaprensible —solo algunos poseen su verdad— y al mismo tiempo en una idea totalizadora, bajo cuya sombra se cobijan todos los ideales del gobierno: autoridad, orden, disciplina, paz, ley y religión.

En otro de sus artículos, “Regeneración o rehabilitación” (1883a), el autor transcribe una cita del General Santos Gutiérrez cuando este era presidente de la república, ya que él fue el primero que “pronunció la gran palabra que hoy sirve de enseña al partido independiente” (131):

“El país –dijo en su Mensaje de 1868- ha llegado a tal punto de decadencia, fruto de la intranquilidad, más o menos absoluta, de los últimos años, que es preciso empezar la grande obra de su regeneración por la rudimentaria base de restablecer su seguridad” (131).<sup>33</sup> La seguridad es entendida por Núñez como “el orden absoluto” (1893a, 21). Mantener la seguridad quiere decir mantener el orden. Pero ¿por qué esta sensación de inseguridad? ¿dónde se encuentra el peligro del que es preciso huir? Este peligro no se encuentra por fuera de la sociedad colombiana, se encuentra en su interior y es precisamente aquello que la configura, es el mismo que había preocupado desde 1855 a Núñez: la diversidad regional, cultural y geográfica, cuya manifestación es la guerra. Seguridad quiere decir exención de todo peligro; si aquí se encuentra el origen de la idea de regeneración, significa que esta última está basada en una interpretación de la población no solo como amenazada, sino como amenazante, compuesta de individuos peligrosos, diversos, conglomeraciones peligrosas, en este caso fuerzas políticas como el liberalismo. Teniendo en cuenta que la decrepitud y la infancia son características principales de estas naciones en formación (1881,12; 1888,88), la sociedad no puede entonces hacerse responsable de sí misma. Bajo estos argumentos se justifica el nuevo gobierno.

Para Núñez la regeneración es sinónimo de reforma política y hace parte de la lógica de la historia hispano-americana. Es decir, corresponde a una transformación política a nivel continental en que las naciones están “en busca de instituciones conservadoras, que les aseguren sólida y fecunda paz” (1891a, 50). Así, Núñez compara y reconoce su admiración por el régimen del General Porfirio Díaz y el aura que lo inscribe: la llamada centralización del poder que ha llevado a cabo para evitar el caos, el mantenimiento de la paz y el creciente progreso que ha

---

<sup>33</sup> “Lo primero de todo es la seguridad –el orden absoluto- luego (sic) viene el ferrocarril a establecer la unidad nacional y el concierto y equilibrio industrial y comercial. En seguida afluyen capitales y brazos, y el progreso visible tiene cumplimiento” (“Lección de México” 21)

generado (1891b, 243). En su artículo llamado “La lección de México” (1893a) Núñez describe la situación mexicana como una situación de “paz completa” (15).<sup>34</sup> El gran logro del porfiriato es la recuperación de la seguridad y el orden. Después, a través del ferrocarril, logra establecer “la unidad nacional y el concierto y equilibrio industrial y comercial. En seguida afluyen capitales y brazos, y el progreso visible tiene cumplimiento” (1893a, 21). Núñez compara el triunfo del gobierno regenerador con la realidad mexicana afirmando que “lo que hizo en México el partido vencedor del imperio (...) es lo mismo que han hecho en Colombia los liberales independientes en consorcio con la gran mayoría de los antiguos conservadores, adoptando la denominación ecléctica de partido nacional” (19).<sup>35</sup>

Precisamente, con respecto al partido nacional, Miguel Antonio Caro, el otro gran representante del periodo regenerador (presidente en 1894) y sin duda una de las figuras más controversiales dentro de la historia política colombiana por sus opiniones políticas —su hispanismo y su defensa de la religión católica—, escribe el 11 de julio de 1896 la “Declaración sobre el partido nacional”. Aquí sostiene que “el partido que sustenta la constitución del 86 se fundó para efectuar y defender una gran transformación política que se ha llamado regeneración” (252). El partido es comparado por Caro con un organismo que tiene una vida y un desarrollo propios. Caro explica que “este partido es “conservador” en cuanto sostiene y conserva el orden constituido, el respeto a la autoridad y la concordancia con la Iglesia, base de la paz social” (ibid). Al igual que Núñez, Caro ve en el Partido nacional una esperanza de reintegración de la

---

<sup>34</sup> Vale la pena mencionar que la “paz completa” descrita en “La lección de México” se publica en el mismo año en que *Tomochic* es publicado en entregas en un periódico de México, es decir, al mismo tiempo que el público mexicano se da cuenta de la masacre de un pueblo entero por el ejército federal.

<sup>35</sup> “La obra magna de los estadistas mexicanos no difiere de la nuestra sino en tres puntos principales, a saber:

1. Que allá se permite la reelección indefinida del presidente aunque se encuentre en actual ejercicio.
2. Que allá subsiste la federación de Estados.
3. Que subsisten también las leyes de intolerancia respecto de los sacerdotes y el culto católico.

(...) En cuanto a la intolerancia religiosa, ella cae en desuso más y más cada día en México” (19).

nación, pero a diferencia de él, el medio para conseguir el orden y la paz es fundamentalmente la Iglesia. Los miembros del partido nacional son aquellos que han apoyado la constitución del 86 y el nuevo orden establecido, los demás son hombres carentes de virtud que se rehúsan a aceptar los designios de Dios y de la patria (253). Así como para Núñez, para Caro los hombres deben ser “penetrados del espíritu de la Regeneración” (1892, 4), el cual en su caso emana de la propia religión católica. La regeneración es concebida como una transformación política que marca el tránsito de la anarquía a la legalidad, pero la ley para Caro está precisamente ligada a la cuestión religiosa. El resultado desastroso de la constitución de 1863 fue la de no solo negar la “suprema autoridad divina” sino pulverizar la soberanía nacional “creando tres soberanos absolutos, la nación, la provincia, el individuo” (1886, 9). Para Caro, con la Regeneración la soberanía nacional queda resguardada por la ley ya que “(...) el orden legal es sólido, porque se apoya en el orden moral y en la fe religiosa de la sociedad” (1898, 259).

Caro convierte el vocabulario religioso en vocabulario político —Dios, fe, sacerdote, pontífice, virtud, humildad, salvación (1896, 253)—. La religión es el elemento de cohesión que el país necesita para evitar la catástrofe. El artículo 35 de la constitución de 1886, columna vertebral del discurso político del momento, establecía que “La religión católica, apostólica, romana, es la de la nación: los poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento del orden social”. Caro defiende la religión católica como “la que trajo la civilización a nuestro suelo” (1886, 1044), “si Colombia dejase de ser católica, no sería para adoptar otra religión, sino para caer en la incredulidad, para volver a la vida salvaje” (Ibíd.). De esta manera, para Caro la separación entre Iglesia y Estado significará una vuelta atrás en el camino civilizatorio.

La regeneración no es concebida solamente como la base de un programa político producido por una elite, sino como el sentimiento y la esperanza de la opinión nacional, la cual se mueve “bajo el lema de la Regeneración” (1040). La “opinión regeneradora” (1037), como la llama Caro, reclamaba según él la primacía de la religión católica como directriz del orden social. Al identificar la existencia de una “opinión regeneradora” Caro deja entrever cómo en el imaginario político la regeneración no es solamente un ideario construido desde arriba por una elite sino un programa que supuestamente el pueblo quiere y reclama como propio. A través de este giro retórico Caro justifica el ideario de la regeneración y el rol primordial de la religión dentro del programa político.

Del otro lado de los regeneradores se encuentra el partido liberal, cuyo liberalismo es considerado una herejía que es preciso combatir (1871, 245). También se le deberá quitar el privilegio de educar, pues un “gobierno ateo” no deberá tener este derecho (1871, 251). El ciudadano es la antítesis de los no-religiosos, no-conservadores y de las llamadas “tribus salvajes”<sup>36</sup>, esta clasificación no simplemente es útil para excluir a ciertos sectores de la población del proyecto regenerador, pero al nombrarlos los abandona, los incluye y excluye estratégicamente. El amalgamamiento entre los principios políticos y la religión cierra las posibilidades del debate político y del reconocimiento de la diversidad cultural y social de la población. De acuerdo con Caro “el pueblo de Colombia es católico” y “el partido liberal es esencialmente satánico y anticatólico” (249). Recordemos que el origen etimológico del término regenerar hace alusión precisamente a la necesidad de abandonar una conducta, en este caso una conducta política que se encuentra aunada a una conducta moral. Al mismo tiempo que la

---

<sup>36</sup> “Necesitamos misioneros que evangelicen nuestras tribus salvajes” (1871, 250).



religión se propone como elemento unificador de la nación funciona claramente como un emblema de identidad para una elite política.

Núñez está de acuerdo con Caro en que la reforma que debe llevarse a cabo no puede ser solo política sino también moral: “En 1811 se trató de emancipación (...) En 1878 se trata de moralizar, hasta donde sea humanamente posible, el movimiento administrativo” (1878b, 24). Esta moralización de la política hará posible llegar a una situación en la que “los extravíos sean la excepción y no la regla” (1883a, 135). La República necesita engrandecerse moralmente y si no nos apresuramos a regenerarla o rehabilitarla, ella podrá descender todavía, para entrar fatalmente en un total eclipse (136). ¿Cómo entiende Núñez la moral y cuál es su relación con la regeneración? Núñez transcribe las palabras de Spencer cuando este afirma que lo que se llama ley moral es la ley de la libertad en la igualdad, la cual terminará generando “activos sentimientos de simpatía respecto de sus prójimos” (1883c, 360). Núñez interpreta esta ley spenceriana como el “desarrollo y ejercicio de la caridad cristiana” (360).<sup>37</sup> A través de esta articulación, Núñez mantendría la coherencia entre su pensamiento liberal y la religión. La idea de la regeneración reconcilia los dos elementos, ya que integrando principios de ambos se inscribe dentro de lo que podemos llamar un programa de progresivismo cristiano: regeneración política (centralismo), regeneración moral (cristianismo) y regeneración económica (tendencia al proteccionismo).

---

<sup>37</sup> Precisamente durante la época se crearon instituciones de caridad a las cuales podía acoplarse la figura del católico virtuoso. Ver Froyland 2006, Urrego 2005.

### 4.3 INGOBERNABILIDAD Y HETEROGENEIDAD EXCEPCIONAL

Como Núñez había establecido ya en sus artículos más tempranos, la regeneración se inscribe dentro de una comprensión de la historia (1883a) como un movimiento progresivo (132). Un movimiento necesario e inevitable del que hace parte este cambio político que necesita el país y que es reflejo del progreso de las ideas (133), lo que querrá decir el paso del liberalismo al conservadurismo. Como ya se mencionó, tanto la interpretación de la historia como un movimiento continuado, como su interpretación en términos de ruptura, le serán útiles a Núñez para explicar la importancia de la regeneración. El pasado fue la época de la “destrucción”, de “la disolución por excesiva expansión” (Núñez 1885b, 76). “Sería preciso ser nulo de entendimiento, de patriotismo y aun de caridad, para no decidirse a romper con lo pasado resueltamente” (435). Por tanto, la regeneración es al mismo tiempo un momento político necesario e ineludible por un lado y una ruptura con un momento anterior que debe ser superado. No aceptar la ruptura es un problema al nivel del conocimiento, del sentimiento patriótico y de la moral. De esta manera, quienes no participen del proyecto regenerador terminan de lado de los degenerados.

El discurso a partir del cual se instaló el gobierno de *La Regeneración* en Colombia se basó en un diagnóstico pesimista acerca de la historia social y política del país: guerras civiles, varias cartas constitucionales en corto tiempo e incomunicación entre las regiones son algunas de las causas que el gobierno conservador, aliado con los liberales independientes, arguyó para defender la causa regeneradora: “en Suiza, en los Estados Unidos y en Alemania se ha marchado continuamente de la dispersión a la unidad. En Colombia hemos, a la inversa, marchado de la unidad a la dispersión” (434). Caracterizar la nación a partir de la idea de lo fragmentario,

aquello que carece de unidad y cuya disgregación territorial y política corre paralela a una disgregación moral abrió espacio para instaurar los pilares del programa político del gobierno colombiano a finales del XIX.

Las ideas del positivismo le fueron útiles al gobierno para construir un imaginario del territorio como un territorio desmembrado que no puede funcionar como un organismo sino se convocan y establecen lazos entre unas regiones y otras. “La idea de que la sociedad es un todo orgánico y no una suma de individuos fue constante en Caro y es el concepto central de toda su concepción de la política y del Estado” (Jaramillo Uribe 1997, 357). Núñez por su parte afirma estar de acuerdo con Spencer en su defensa de la conservación de la sociedad por encima de la conservación de los individuos tomados separadamente (1891a, 46). Para el gobierno regenerador, la unidad nacional es puesta en jaque por los liberales a través del sistema federal, situación que es preciso resolver a través de un sistema más centralizado. Aunque para algunos historiadores este intento de cohesión fracasa, la construcción del imaginario del desmembramiento le permitirá a los regeneradores fomentar, al menos discursivamente, la concentración del poder político en el Ejecutivo.<sup>38</sup>

El discurso de la fragmentación no solo fue utilizado por los regeneradores sino también como marco de interpretación de los historiadores. El periodo regenerador ha sido leído como un

---

<sup>38</sup> De acuerdo con el historiador Marco Palacios, el ideal de república unitaria durante *La Regeneración* no termina cumpliéndose y más bien los poderes locales y regionales siguieron prevaleciendo y entraron en contradicción con la administración central. De acuerdo con Palacios, a las oligarquías provinciales no les interesaba alcanzar la centralización política y poco se sintieron representados por la clase dirigente, “(...) cuando se repasan los logros centralizadores de la Regeneración, el observador contemporáneo queda perplejo ante la falta real de unidad de dirección política, de coherencia legislativa, y ante la ausencia de recursos materiales para centralizar efectivamente el poder (Palacios, 1979: 175-210). Así por ejemplo, la centralización de rentas e impuestos fracasa (Deas, 1978: 33-34) y *sólo hasta 1930* comienza a advertirse una tendencia clara y bien definida de centralización fiscal. Lo mismo ocurre si se observa el *sistema ferroviario* que arranca precisamente después de 1880: cada línea, dice el cónsul británico en Bogotá tiene su propia historia económica, financiera, administrativa... “Paz y ferrocarriles que lo demás es pura charlatanería” había advertido el líder de la Regeneración, Rafael Núñez: dos guerras civiles y una pequeña y desconectada red ferrocarrilera, tendida para cubrir necesidades específicas del comercio exterior, es el resultado que se aprecia en 1899, en vísperas de la Guerra de tres años (1899-1902)”. (Palacios 1980, 1684)

periodo que fomentó el fraccionamiento político en un ambiente de bipartidismo y en el que la precaria comunicación entre las regiones por la difícil geografía complicó la tarea de construir una idea compartida de lo nacional. Para la historiadora Hayley Froyland, la historia colombiana ha sido narrada precisamente a partir de su fragmentación espacial, la cual es generadora, de acuerdo con los historiadores Marco Palacios y Frank Safford, de atomización económica y diferenciación cultural (2002, ix). Estos modos de narrar la época del gobierno de Núñez y Caro son sintomáticas de la pervivencia de esta retórica del desmembramiento nacional. Aunque no se trata de resolver la pregunta de si el discurso produce lo real o lo real produce el discurso, considero el cruce entre estos dos niveles —el de los regeneradores del XIX y el de los historiadores— como sintomático del efecto de poder de esta retórica, lo que aquí quiero llamar la *heterogeneidad excepcional de la nación*.

La regeneración es una metáfora política para a la vez producir y combatir el excepcionalismo de ser un país heterogéneo. Esta idea viaja de un gobierno a otro pero a finales del XIX se consolida como la fórmula que articula paz, orden, progreso, seguridad y ley. Para la regeneración, la nación es aquí un ideal, una idea regulativa que no se ha concretizado pero que está en vías de realizarse. Esta idea supone que la multiplicidad, en cuanto al tipo de habitantes que caracteriza la población del territorio llamado Colombia, es un obstáculo para la realización de este propósito. Por otra parte, si en la idea misma de regenerar está implícita la asunción de que hay una semilla que está viciada —población degenerada— ¿cómo producir entonces ciudadanos? Implantando una nueva semilla. Los sujetos que habitan el territorio no son ya ciudadanos, deben ser producidos como tal. La regeneración reconoce a los habitantes del territorio como potencialmente ciudadanos en la medida en que se comporten y actúen según los designios de la Constitución (una lengua, una religión, un modo de comportarse). El discurso

regenerador propone transformar la masa informe y degenerada en una masa productiva. Se da entonces un doble proceso, por un lado la regeneración como un discurso que busca la unificación de un país producido como heterogéneo y por otro lado que al mismo tiempo, bajo el argumento de la heterogeneidad, resiste su reconocimiento.

La heterogeneidad excepcional del país comprende dos niveles. En primer lugar uno de tipo natural, es decir, que tiene en cuenta la geografía y en general la diversidad física que caracteriza al territorio y a la cual se encuentra aunada una cultura correspondiente con esa geografía. En segundo lugar un nivel de tipo coyuntural en el que la falta de unidad generada por dicha heterogeneidad ha generado un estado de casi permanente conflicto social. Ambos elementos articulados han desencadenado el problema de la ingobernabilidad. La percepción del país como excepcional es un tema recurrente en Núñez (1879, 95; 1882a, 94; 1883a, 135; 1891a, 45). El país es excepcional por su diversidad de culturas, su geografía y por el sinnúmero de guerras civiles que causan la inestabilidad social y política. Es precisamente este carácter excepcional del país el que le permitirá al gobierno justificar su tarea regeneradora.

Acompañando este argumento de la excepcionalidad, para Núñez el problema de la gobernabilidad proviene del olvido de que el pueblo colombiano es un pueblo niño que está dando sus primeros pasos por el camino de la civilización, esta ya mencionada “especie de infancia que se llama decrepitud” (1881, 12). Hay algo que por naturaleza está corrupto en la nación y necesita de algo más que de una elite de “inteligencia primitiva” que termine conduciendo al país al naufragio gracias a “la profunda ignorancia de masas medio salvajes” (1888, 87) incapaces de gobernarse. El problema con la heterogeneidad es un problema más amplio, el de la ingobernabilidad, ya presagiado por Bolívar. Núñez nos dice:

“En la historia universal de Casell (Casell’s Yllustrated Universal History) que acaba de ver la luz pública en Londres, leemos, con patriótico rubor, el veredicto siguiente:

“(…) la historia posterior de esas repúblicas demostró que las heterogéneas (**mongrel**) poblaciones de la América meridional, central y de México son poco adecuadas para la responsabilidad inherente al gobierno propio representativo”.

No se ha comprendido en la mayor parte de estas repúblicas la libertad, sino como aliada del desorden, y, a más de medio siglo de distancia, se repiten las elegíacas palabras de Bolívar: **la América es ingobernable**, aplicadas a la América española.” (1891c, 87)<sup>39</sup>

El país necesita más gobierno, hay que volver lo ingobernable gobernable, y ¿qué quiere decir esto? Quiere decir extirpar el peligro que se encuentra no afuera sino al interior de la sociedad, es decir, el problema de su heterogeneidad. El Estado es el responsable de apropiarse de este problema para proteger a la sociedad de ella misma, de la multiplicidad que hace ruido. Se trata de hacer renacer la raza, “la raza es la nacionalidad histórica” (1893b, 132), unidad de lenguaje, religión e instituciones (131). Los nacionales que habitan el territorio se encuentran a los ojos del gobierno desordenados, fragmentados, dispersos, por fuera de la legalidad, degenerados. Las políticas del gobierno regenerador se justifican bajo la interpretación de la nación como un territorio cuya heterogeneidad impide el progreso. Los liberales son un perfecto blanco político en la medida en que defendieron un sistema federal que fomentaba, a través del federalismo, la proliferación de las diferencias. Así, el gobierno regenerador construye un relato acerca de la época liberal, como la época del caos.

Mientras que el liberalismo es sinónimo de fragmentación, disgregación, desorden, desastre, catástrofe, el conservadurismo lo es —a través de la religión católica— de unidad

---

<sup>39</sup> Miguel Antonio Carol también haría referencia a las últimas palabras de Bolívar cuando este afirma que “cree “haber arado en el mar” y que “la América es ingobernable” ” (1898, 260).

religiosa, social y política. Los habitantes del territorio no están preparados para gobernarse y así tampoco para la democracia: “La época de las elecciones generales es época de locura, de grave peligro en estas democracias, tanto menos preparadas para tales competencias pacíficas, cuanto más avezadas a la vida tumultaria y a los choques sangrientos” (Caro 1898, 258).

La regeneración es la respuesta al problema de la gobernabilidad que a su vez es causado por la heterogeneidad geográfica, cultural y generadora de tiempos de guerra. La solución es regenerar, porque si no se regenera “marchamos, pues, en la línea recta y con rapidez por el camino que conduce a la catástrofe” (Núñez 1891c, 82). En 1885 Núñez ya había establecido que “las repúblicas deben ser autoritarias, so pena de incidir en permanente desorden y aniquilamiento en vez de progresar” (1885b, 76). Las diferencias regionales, que en los primeros escritos de Núñez habían sido usadas como argumento para permitir que las regiones se gobernarán así mismas, son reconocidas por el político, durante el gobierno regenerador, no como el objeto del gobierno pero como aquello que hay que borrar poco a poco para alcanzar algo al nivel de la población: la unidad nacional. Las diferencias son construidas como fragmentación en el discurso de Núñez y presentadas como obstáculo a la unidad nacional. Para Núñez regenerar es una “cuestión de vida o muerte social” (1883b, 52). Esta muerte social proviene de la heterogeneidad excepcional que caracteriza al país. Así, la posibilidad de dar nueva vida a la nación, de regenerarla, implica el abandono de la diferencia.

## 5.0 DEGENERADO ENTRE LOS REGENERADORES: SILVA, *De sobremesa* y LA REGENERACIÓN

*“De sobremesa” es la novela de un loco  
escrita por otro. (Vallejo 1995, 258)*  
*(...) lo anormal me fascina como una prueba  
de rebeldía del hombre contra el instinto (...).*  
*(Silva 1925, 256)*

Como una epifanía, José Fernández y Andrade, protagonista de la novela *De sobremesa* (1925), de José Asunción Silva (1865-1896), visualiza un plan para resolver los problemas del país, tal plan se presenta ante él con fuerza y transparencia (Silva 1925, 257-266).<sup>40</sup> Se trata de un proyecto con vida propia que emerge intempestivamente y se apodera de su espíritu. Esto ocurre cuando Fernández se sienta a meditar en un lugar apartado, “una garganta salvaje de monte”

---

<sup>40</sup> Silva comenzó a escribir su novela en 1887, la corrigió mientras estuvo en Caracas, perdió el manuscrito en el naufragio del buque de vapor *L' Amérique* en 1895 y la reescribió en 1896 (Cobo Borda 1988, 98) hasta, según afirma Baldomero Sanín Cano, algunas semanas antes de morir (1978, 201). Finalmente fue publicada el 27 de noviembre de 1925, casi 30 años después de su muerte, en la *Revista Cromos* de Bogotá. La publicación se hizo para conmemorar los sesenta años del nacimiento del poeta. Antes de su publicación como novela se dieron a conocer algunos fragmentos. El fragmento de la novela del cual me ocuparé aquí fue publicado originalmente el 25 de mayo de 1924 en las *Lecturas Dominicales*, suplemento semanal de *El Tiempo*, III, núm. 55 bajo el título “El sueño político de Silva” (Silva 1925, 228).



(256), un “escondite” (257) elegido por él mismo en medio de la naturaleza. Frente al “mar calmado y el cielo de un azul sombrío” (258) lo primero que llega a la mente del narrador son los recuerdos de un pasado remoto. De pronto “lo particular cedió a lo universal” (Ibíd.), la atención que primero estaba focalizada en el detalle concibe una totalidad. Después, desfilan frente a él como una “teoría de musas”, algunas ideas generales que parecían llevar las “fórmulas del universo” (Ibíd.). Esta será la antesala de la propuesta de su proyecto político, planteado como una “fórmula” para resolver los problemas del país. Justo antes de comenzar su exposición emergen ante él cuatro entidades: el Amor, el Arte, la Muerte y la Ciencia. En ese momento el protagonista entra en un estado elevado de éxtasis en el que se confunden la vida, la muerte y todo un espectáculo de visiones y sensaciones que tomarán forma en un proyecto concreto. Finalmente se despierta con la luz del sol, iluminado por una idea, un proyecto que lo hará “volver a las realidades de la vida” (258). El protagonista lo entiende y reconoce como un proyecto que deberá ser irradiado a toda la nación. Es entonces cuando diagnostica con vehemencia: “El plan que reclamaba el fin único a que consagrar la vida me ha aparecido, claro y preciso como una fórmula matemática. Para realizarlo necesito un esfuerzo de cada minuto por años enteros, una voluntad de hierro que no ceda un instante” (259). Con estas palabras el protagonista da inicio en *De sobremesa* a la sección de la novela que llamo el *pasaje nacional*.

La única novela de Silva, *De sobremesa*, es una novela típicamente modernista que está estructurada en forma de diario, el diario de José Fernández. Este es leído en voz alta a su grupo de amigos más íntimos. Lo que leemos son las entradas del diario, una de las cuales es distinta a las demás en forma y contenido. Esta entrada aparece como un discurso político que propone un plan de desarrollo económico, social y político para el “país”, aquí entendido como “Colombia”.

Tal “pasaje nacional” es el que examinaremos en este capítulo. Poner en el centro del análisis el pasaje nacional nos permite identificar la dimensión política de la obra.

Esta exposición tiene dos secciones. En la primera sección me ocuparé de las relaciones de Silva con el gobierno de la Regeneración, esto con el fin de establecer las circunstancias históricas en las que emerge el pasaje nacional. La segunda sección está dedicada al análisis de este pasaje teniendo en cuenta los puntos centrales sobre los cuales se basa el proyecto anunciado por el protagonista. Leer el pasaje como el eje político de la novela exige rastrear y establecer las relaciones entre el autor y el lenguaje político de su tiempo. Propongo leer el pasaje nacional como un manifiesto en el que Silva al mismo tiempo que recrea los ideales políticos que configuraron el proyecto nacional, plasma el espíritu y el lenguaje de una época: el lenguaje de la regeneración. Al hacerlo devela sus anhelos, sus alcances, sus límites y sus prejuicios.

Dentro de los estudios realizados sobre la obra de Silva, ha sido principalmente su poesía la que ha ocupado un papel protagónico. Se puede decir que el escritor ha sido leído desde una perspectiva que despolitiza su literatura y la analiza desde un punto de vista principalmente estético, desplazando su crítica política. Al analizar el pasaje nacional de su novela, me interesa precisamente recuperar este aspecto.

## **5.1 LA NOVELA Y EL PASAJE NACIONAL**

El pasaje nacional irrumpe en la novela como una especie de relámpago urgente y rompe con la narrativa descubriéndose como el único momento clara y abiertamente político de la obra. En comparación con la novela como un todo, la especificidad de este pasaje resalta en dos niveles:

forma y contenido. La estructura del diario le permite al autor elaborar y combinar reflexiones sobre ciertos temas como el arte, el amor, la literatura, la locura, la enfermedad y la muerte. La novela aparece como un palimpsesto infinito de lúcidas divagaciones sobre estas cuestiones principalmente. Hasta hace pocas décadas una interpretación de la novela como un texto carente de estructura, fragmentada y recargada, había prevalecido (Sanín Cano 1923, Roggiano 1949, Arias Argáez 1951, Loveluck 1956, Charry Lara 1965, Maya 1965, Osiek 1978, Camacho Guizado 1990).<sup>41</sup> La demora en su publicación —casi 30 años— probablemente puede atribuírsele a dicho consenso. Me adhiero a la interpretación de la novela como poseedora de una estructura propia que implica la intercalación de distintas textualidades. Comparto así la lectura de la novela que hace Aníbal González al calificar su imperfección formal de deliberada, reconociendo que además se origina de una “decidida voluntad experimental”:

La fragmentación interna producida por el estilo dialógico de la novela y por su uso del molde formal del diario, la *mise en abyme* provocada por su estructura narrativa de cajas chinas, la divulgación abierta de sus fuentes al lector, y el uso pertinaz del tropo de la ironía, son sólo algunos de los recursos mediante los cuales Silva procuró evitar que su novela tuviese un aspecto demasiado acabado, demasiado perfecto, y por ende petrificado y muerto. (González 1997, 247)

Dentro del inagotable palimpsesto que es la novela de Silva, el pasaje nacional se distingue por su particular y específico estilo en comparación con el resto de la obra. El pasaje está escrito como un discurso político, cargado de sentencias y declaraciones. Tiene además su propio tono, un tono casi épico y programático que resuena, como el mismo Silva sostiene, con la “oda divina” cantada por Bello (1925, 261).<sup>42</sup> La ironía que caracteriza el pasaje y el hecho de

---

<sup>41</sup>Para un estudio sistemático acerca de la valoración de la novela por parte de la crítica ver Villanueva Collado 1997.

<sup>42</sup>Según Gutiérrez Girardot con esta referencia Silva se refiere a la “Alocución a la poesía” de 1823 (1990, 631).

estar inserto en una novela le dan al pasaje un carácter propio que lo diferencia por supuesto de la prosa política de un Martí, pero que sin embargo exige reconocer en la escritura de este pasaje la presencia de un gesto crítico frente al lenguaje político del momento.

El pasaje nacional tampoco encaja dentro de lo que Iván Schulman llama textos “evasionistas”, es decir, textos que por un lado rechazan el mundo burgués y se inscriben en el lema del “arte por el arte” y que por otro lado denuncian la explotación económica, la represión y expresan su disconformidad a través del discurso social y político (2002, 39). Tal como Julio Ramos ha mostrado, la crítica modernista a la racionalización “en un mundo ya desencantado y mercantilizado” (1989, 55) es ella misma un efecto del proceso incompleto de autonomización de la literatura que la misma racionalización hace posible (55). Aunque no es el tema de este capítulo establecer cómo Silva, a través de su pasaje nacional, se ubica dentro del debate sobre el modernismo como espacio de autonomización de la literatura frente a los centros hegemónicos (Rama 1970 124-125) vs. el modernismo como el resultado de “la estructura y la lucha de clases en un momento dado” (Perus 1976, 99), sí quiero atender aquí al llamado de Françoise Perus de reconocer en la literatura del modernismo, en este caso Silva y su pasaje nacional, “una significación social, históricamente determinada” (63).

La particular escritura y temática del pasaje nos enfrenta a un juego de tensiones en el que las contradicciones que emergen logran hacerse productivas y llevan a que el pasaje nacional se relacione pero sin embargo escape a cualquier categorización fácil en cuanto a su relación con las prácticas políticas del momento: una novela que no es realmente novela (es un diario mezclado con algunas conversaciones) contiene un discurso político cuya política es ambigua. Si reconocemos las rupturas dentro del texto literario como fisuras de las cuales la cuestión política puede emerger, este pasaje adquiere resonancia en relación con el texto en su totalidad. Lejos de

ser una sección disonante que se encuentra en los márgenes del espacio literario de la novela, este pasaje hace parte de una crítica general que atraviesa todo el texto: el modo en que el discurso modernizador describe y moviliza una retórica de degeneración y necesaria regeneración. A través del pasaje nacional, al mismo tiempo que el protagonista propone estrategias para preservar y renovar las instituciones económicas, sociales y políticas con el fin de consolidar un proyecto de nación moderna, expone los vicios del discurso político de la segunda mitad del XIX.

## **5.2 SILVA Y LA REGENERACIÓN**

Las relaciones entre Silva y el gobierno de La Regeneración traspasaron el umbral de lo literario. Más exactamente, se concretizaron en episodios que aquí vale la pena resaltar porque nos permiten trazar algunos de los encuentros y desencuentros entre el escritor y los regeneradores y comprender la posible fuente de las reflexiones de Fernández en el pasaje nacional. Mi tesis es que en este pasaje pueden identificarse resonancias con el discurso político imperante: tanto el del gobierno conservador de La Regeneración (1878-1899) como el del gobierno liberal de los Radicales (1861-1878) y su propuesta modernizadora.

Recordemos que los dos representantes más importantes del gobierno regenerador son Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez. El primero conservador, el segundo liberal y quien después, al dividirse el liberalismo y convertirse en líder del grupo de los liberales independientes, se alió con los conservadores. Núñez y Caro sintetizaron su proyecto nacional como la necesidad de decidir, como lo dice su lema, entre “regeneración o catástrofe”. Tal lema

se concretizó en el reemplazo del sistema federal, que dividió al país en estados, por una nueva administración política centralizada y unitaria. Los Estados Unidos de Colombia pasaron a organizarse con el nuevo gobierno en departamentos, cuya soberanía local era severamente limitada si se compara con el federalismo autonomista de la constitución liberal. De acuerdo con el historiador Marco Palacios (1980, 1681), en su intento por aplacar el percibido caos, La Regeneración terminaría restringiendo fuertemente la participación política. Ejemplo de este tipo de intolerancia es la fuerte restricción durante el gobierno regenerador a la libertad de prensa a través de la ley de 1888.

En cuanto a Silva, en primer lugar, puede decirse que su nombramiento como funcionario público de La Regeneración es crucial. En 1894, cuando Miguel Antonio Caro era vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo, le dio al escritor, gracias a la mediación de su madre, un cargo diplomático como secretario de la Legación en Caracas. Vale la pena recordar que en aquel entonces Venezuela fue el país que los opositores liberales al gobierno de La Regeneración escogieron para asilarse.<sup>43</sup> Efectivamente el gobierno venezolano del general liberal Joaquín Crespo (1894-1898) terminaría apoyando la rebelión contra el gobierno de Núñez en 1895.<sup>44</sup>

Este puesto político no era precisamente lo que Silva hubiera preferido. Parece que en varias ocasiones fue más bien un tormento, lo cual él mismo le expresa en una carta a su

---

<sup>43</sup> Dentro del grupo de opositores se encontraban varios amigos y conocidos de Silva: Diógenes Arrieta, José María Vargas Vila, Alirio Díaz Guerra, Baldomero Sanín Cano y Rafael Uribe Uribe. Silva fue testigo de la persecución por la que pasaron algunos escritores, intelectuales y políticos liberales durante el gobierno conservador, entre los cuales se encontraba su amigo Rafael Uribe Uribe (Osorio 2006, 137, 152, 153).

<sup>44</sup> En carta escrita a Miguel Antonio Caro el 22 de febrero de 1895, después de haber muerto Núñez, con quien tenía relaciones más amigables, Silva le dice: “Al volverme ahora á Caracas no habrá esfuerzo que no haga para obtener del Gobierno de Venezuela las medidas necesarias para impedir nuevas invasiones. ¡Ojalá que mis facultades estuvieran á la altura de mis deseos de ser útil en ese sentido! Quiera Dios que en Santander y en Boyacá se obtengan rápidos resultados, como es de esperarse y que prontamente pacificando el país vengan para Ud días tranquilos” (157). ¿Estaba Silva buscando recibir favores políticos para salvarse de la quiebra? ¿En realidad su espíritu estaba más cerca del liberalismo que del conservadurismo a ultranza de Caro? Lo cierto es que es difícil estar seguros de cuan sinceras eran sus palabras.

entrañable amigo Baldomero Sanín Cano el 7 de Octubre de 1894 (125-135) en la que le dice: “Le suplico que me escriba largo. Recuerde la soledad interior en que vivo y la necesidad que tengo de Ud para no embrutecerme” (129). Silva esperaba que aquello fuera un paso para alcanzar un mejor cargo y así se lo expresa a su madre Vicenta Gómez en una carta del 22 de octubre de 1894 (136-138): “(...) yo tengo la esperanza de lograr con el tiempo el nombramiento de Ministro, pero mientras tanto, estoy pensando la manera de lograr instalarnos y vivir” (137). Tal parece que en ese momento, lo más importante para él era que el cargo le permitiera estabilizarse económicamente.<sup>45</sup> De ahí que estuviera interesado en mantener sus relaciones con el gobierno de La Regeneración.

Esta relación ineludible con los regeneradores se hace palpable en una expresión utilizada por Silva. En una carta escrita a su familia el 2 de septiembre de 1894 se refiere al hecho de ocupar su nuevo cargo en Caracas como “tomar posesión del destino” (115). Más adelante en la misma carta sostiene que después de tres visitas al doctor Núñez buscará “asegurar así probabilidades de seguridad en la conservación del destino” (116). Siguiendo la tesis de José Jesús Osorio, estas referencias a la posesión y conservación de un destino reflejan la visión de Silva de sus relaciones con los regeneradores como la única alternativa para resolver sus

---

<sup>45</sup> “La rueda de la fortuna giraba erráticamente y en su curso dejaba en la ruina a múltiples familias. El colombiano José Asunción Silva pasó parte de su vida adulta tratando de poner a flote los negocios de su familia, arruinada durante la guerra civil. Los padres de Leopoldo Lugones se vieron forzados a abandonar la hacienda familiar y a instalarse en Córdoba después de atravesar por graves dificultades financieras. A la edad de veinte años, Julio Herrera y Reissig había visto a su familia perder fortuna e influencia política. La familia de Julián del Casal se vio precisada a abandonar su pequeño ingenio azucarero debido al desarrollo en Cuba de las grandes empresas competitivas. Sería absurdo sugerir que se hicieron poetas porque las familias perdieron su fortuna (en realidad hubo algunos ricos entre los modernistas, tales como el venezolano Manuel Díaz Rodríguez, 1871-1927), pero esos reveses ciertamente fortalecieron el odio a la sociedad contemporánea que fue constante en sus obras” (Franco 1971, 34-35).

preocupaciones económicas y poder dedicarse a tareas más “banales”, o acaso más encomiables, que estuvieran de acuerdo con su espíritu de artista, escritor e intelectual (Osorio 2006, 139).<sup>46</sup>

Dos años después, el mismo en el que terminaría de reescribir su novela *De sobremesa*, Mayo 11 de 1896, Silva encontraría otra escapatoria a su “soledad interior” e iría a visitar a su amigo el médico Juan Evangelista Manrique. En un ensayo titulado “Recuerdos íntimos” y publicado en 1914 en la *Revista de América* su amigo relata la última consulta en la que atendió al autor:

Me presté gustoso a satisfacerlo y con un lápiz dermográfico tracé sobre el pecho del poeta toda la zona mate de la región precordial. Le aseguré que estaba normal ese órgano, y para dar más seguridad a mi afirmación, le dije que la punta del corazón no estaba desviada. Abrió entonces fuertemente los ojos y me preguntó en dónde quedaba la punta del corazón.

-Aquí- le dije, trazándole en el sitio una cruz con el lápiz que tenía en la mano.

Complacido se despidió de mí ese día, después de haberse hecho examinar como se si tratara de una póliza de seguro de vida. ¡Era nuestra última entrevista! Por la mañana del domingo 24 de mayo, se encontró a Silva muerto entre su cama, abrazado de un revólver de grueso calibre, con la cara sonriente y pálida, una herida en la punta del corazón y junto a la cabecera una novela de D’Annunzio, ‘El Triunfo de la Muerte’ (Manrique 1914, 133-134).

Si se cree en la tesis de que su suicidio se debió a la depresión causada por las penurias económicas, no es descabellado pensar que con la muerte de Núñez el 18 de septiembre de 1894, las aspiraciones de obtener un cargo que estuviera a la altura de sus expectativas terminaron por diluirse y esto lo llevara finalmente al suicidio. Resulta irónico que si se reconoce a Silva como

---

<sup>46</sup> En carta a Rufino José Cuervo el 7 de octubre de 1894, Silva expresa su intención de combinar su trabajo en la Legación de Caracas con su escritura: “Tengo la esperanza de aprovechar los ratos desocupados que me deja la Legación para continuar mis pobres trabajos literarios, interrumpidos por el struggle for life de los años anteriores. Cuando recuerdo la benevolencia con que oía Ud mis versos de muchacho en París, siento un calorcito íntimo que me estimula a concluir varios poemitas empezados que forman parte de un libro con que vengo soñando desde hace cinco años y del cual hay una parte considerable hecha y casi lista” (123). Muy posiblemente este libro es *De sobremesa*.



un crítico de La Regeneración, haya sido precisamente la muerte de un regenerador la causa de su propia muerte.

Por otra parte, las relaciones entre Silva y La Regeneración fueron determinadas por el reconocimiento del que fue objeto durante la época por su maestría como escritor. Fue así como además de ser funcionario del gobierno, de acuerdo con el mismo Silva en una de sus cartas, acepta el ofrecimiento de Núñez de participar en el periódico *El Porvenir*, órgano de información del gobierno (1894, 116). Una de las tareas literarias y políticas más importantes que Silva realizó fue, siendo Secretario de la Legación en Caracas, la escritura de un ensayo titulado “Doctor Rafael Núñez”. Este fue escrito para el periódico *Cojo Ilustrado* de Caracas y publicado tres meses después de su muerte, en diciembre de 1894 (vol. III, núm. 67). En este homenaje Silva, a través de una argucia retórica, se abstiene abiertamente de hacer referencia al legado político de Núñez dejándoles a los historiadores esta misión (Silva 1894, 382).

En primer lugar Silva se refiere al reconocimiento como político, escritor e intelectual del cual Núñez ha sido objeto por parte de críticos españoles y americanos (entre los que se encuentran Marcelino Menéndez y Pelayo, Miguel Antonio Caro y Rubén Darío). El homenaje pasa a convertirse en un análisis de crítica literaria en el cual Silva analiza la obra poética del político y dictamina que en definitiva se trata de un poeta que “no ha prestado jamás a la forma el nimio cuidado” (1894, 382) y que “en sus singulares poemas, sin lujo de rimas ni deslumbramientos de palabras que brillen como pedrerías, la idea aparece, confusa a veces y como encubierta por un velo” (383). Aunque su crítica no está desprovista de halagos, el supuesto homenaje deja al lector la impresión de que el político es en definitiva un mal poeta a

quien le han obsesionado los problemas morales.<sup>47</sup> Silva parece intentar salvar la obra de Núñez al establecer paralelos entre su poesía y las ideas más destacables en el campo del arte, la literatura, la ciencia y la filosofía. Así, el escritor reconoce el valor de la obra en la medida en que es “síntoma de las tendencias idealistas y religiosas que se notan en todos los ramos de la ciencia y del arte en los últimos años” (388). Esta ambigüedad en el homenaje hecho por Silva es símbolo de la ambigüedad en las relaciones entre el poeta y el gobierno regenerador. Aunque Silva no compartiera los ideales de este último, estuvo siempre de algún modo comprometido con este gobierno.

Aunque no se conoce un ensayo en el que Silva declare con claridad su posición política frente a los temas que dominaron el día, las cartas escritas a su familia permiten tener una idea de su visión. En una carta fechada el 5 de julio de 1886, el poeta describe el gobierno de La Regeneración a su padre Ricardo Silva como un gobierno que generaba desconfianza y producía estancamiento (52). Teniendo en cuenta no solo el pasado liberal familiar sino la personalidad y amistades de Silva es plausible sostener que las ideas conservadoras del gobierno regenerador eran probablemente las que se alejaban más del modo de pensar de Silva, ya que “para Silva lo nacional no estaba determinado ni por la iglesia católica ni por la herencia exclusivamente española. Las simpatías de Silva eran cosmopolitas y seculares y distaban mucho de pensadores católicos como Miguel Antonio Caro” (Osorio 2006, 140). Después de la muerte de Núñez, Silva sería transferido de la legación de Venezuela a la legación en Nicaragua. No precisamente el

---

<sup>47</sup> “Frente a su semblanza del doctor Rafael Núñez nos asombra el retroceso a una prosa barroca –por lo confusa- y una concesión a cierta chatura y mal gusto, contra los cuales se rebelaban sistemáticamente los modernistas, como motor primero de su voluntad de estilo. Aunque el léxico es claro y rotundo –demasiado a veces- hay un retorcimiento de sesgo conceptista. Estamos en presencia del envés de la concepción elegíaca que del mundo tenía el autor y de la sugerencia de su mejor prosa. El retorcimiento del lenguaje nos hace presumir que, en verdad, lo que quería era ofrecernos la sátira de un poeta mediocre. La semblanza del doctor Rafael Núñez sería citable así como ejemplo de sátira moderna, con ribetes barrocos” (Fortún 1986, 467).

destino que Silva esperaba y lejos de la ciudad de las luces que animaba los sueños artísticos del poeta. El autor de esta nominación fue Caro.

Otro episodio en el que el Silva escritor es puesto a los servicios de La Regeneración es la composición del poema “Al pie de la estatua”, el cual recitó el 28 de Octubre de 1895. El poema tenía un propósito político: sellar la amistad entre Colombia y Venezuela, una relación deteriorada por el tácito apoyo prestado por el presidente venezolano a los revolucionarios liberales. Este texto contrasta enormemente con la oda “A la estatua del Libertador” (1883) de Miguel Antonio Caro, y se lo puede leer como una especie de desafío de un joven modernista frente al verso de su prócer que en comparación con este parece retrógrado. La poesía de este último tiene un estilo clásico mientras que el canto de Silva posee rasgos del modernismo y el romanticismo. Se trata, como sostiene Raymond Williams, de dos tendencias que reflejan la tensión en la poesía del siglo XIX colombiano, el neoclasicismo y el modernismo (1987, 174). Las diferencias de estilo y de temática reflejan un modo particular de percibir su entorno. Mientras que el poema de Caro se centra en la grandiosidad del prócer (“tu brazo triunfador parece inerme” 19) y la historia de su lucha independentista (“Retando a las Españas, De América inflamar el seno inerte” 13) el poema de Silva convierte en su objeto no solo la figura del prócer sino la estatua misma que se encuentra “sobre la grama de la tierra negra” alrededor de la cual juega una “loca turba infantil” (1895, 18). En comparación con la de Caro se puede decir que su composición posee un aire melancólico y desencantado (“¡Oh recuerdos de luchas y victorias! ¡No será nuestra enclenque Generación menguada”, y parafraseando el pesimismo de Gobineau: “somos como enfermizo descendiente de alguna fuerte raza” (23). En su análisis comparativo de los dos poemas, Lisa Rabin (2000) desarrolla la tesis de que el poema de Silva busca crear una voz lírica a través de la cual se revela un nuevo ideal cultural, uno que se opone

al de Caro no solo en forma, sino en contenido (617). Es decir, estética y políticamente. Este acto de creación se convirtió no solo en una oportunidad para ofrecer otra mirada a un icono patrio ensalzado por los líderes de La Regeneración, sino también una manera de atacar de modo sutil pero enfático la construcción de emblemas y símbolos durante este gobierno.

Finalmente otro de los puntos de encuentro a nivel biográfico entre Silva y los regeneradores puede hallarse al final del pasaje nacional mismo. Como afirma Osorio (145), probablemente se pueden establecer conexiones entre los últimos días de Núñez y la conclusión del pasaje nacional en la novela, en la que el protagonista sostiene que después de concluir su plan se retirará a

una casa de campo rodeada de jardines y de bosques de palmas, desde donde se divise en lontananza el azul del mar y no lejos la cúpula de alguna capilla sombreada por oscuros follajes, saciado ya de lo humano y contemplando de lejos mi obra, para releer a filósofos y poetas favoritos, escribiré singulares estrofas envueltas en brumas de misticismo y pobladas de visiones apocalípticas que contrastando de extraña manera con los versos llenos de lujuria y de fuego que forjé a los veinte años, harán soñar abundantemente a los poetas venideros (1925, 264).

Silva efectivamente tuvo la oportunidad de visitar en tres ocasiones a Núñez en su hacienda El Cabrero en Cartagena, la cual describe maravillado en una carta a su familia (1894, 112). Sin embargo, la interpretación de este pasaje como la prueba del interés de Silva por salvar al país de todas sus desgracias parece no tener en cuenta la complejidad de las relaciones entre los regeneradores y el escritor.

### 5.3 EL PASAJE NACIONAL DE SILVA

El pasaje corresponde al día 10 de julio del diario de José Fernández, protagonista de *De sobremesa*. Aunque no podemos saber si Silva quería hacer alusión a la independencia del país el 20 de julio de 1810, ciertamente su discurso se plantea como una especie de acta fundacional de la nación colombiana, que como veremos nos deja vislumbrar en los intersticios de sus declaraciones un gesto de ironía.

Aunque se encuentra articulado a la obra como una totalidad, el carácter excepcional del pasaje es muestra de su relevancia tanto para el protagonista como para el autor. Este pasaje es iluminador en varios niveles. En primer lugar, da testimonio de una época de transición política entre el liberalismo y el conservadurismo a ultranza. En segundo lugar, expone un esquema de interpretación del *deber ser* de lo nacional y al mismo tiempo deja entrever las contradicciones y quiebres de los proyectos nacionales. Aunque críticos como Davis (1976), Marún (1985) y Gómez Ocampo (1990)<sup>48</sup> lo interpreten como un proyecto sincero y literal, considero que a

---

<sup>48</sup> Aunque no ha habido un estudio sistemático del pasaje nacional, identifiquemos algunas de las perspectivas a partir de las cuales la crítica lo ha tomado en cuenta dentro de sus análisis. Gómez Ocampo (1990) realiza un estudio formal de la novela dedicando algunas páginas (338-340) al pasaje. Al igual que Marún (1985 391-392), quien lee el plan como un impulso de renovación del país, Gómez Ocampo ve en este un proyecto civilizador sincero que constituye “una respuesta adaptativa al ambiguo status del intelectual en el momento histórico del modernismo” (340). Desde una perspectiva formal y de carácter psicológico, Meyer-Minneman interpreta el pasaje como la “superación de la incompatibilidad entre el ámbito interior y el mundo exterior” (344-345) y en su artículo de 1997 lo describe como un plan para apoderarse de su patria (408). Para Aníbal González (1987) el plan de Fernández, al igual que la búsqueda de su amada Helena, son dos misiones trascendentes, imposibles y fracasadas de la novela. Mientras que el plan representa su lado político-social, la búsqueda de Helena se inscribe dentro de una faceta puramente estética (303). Para González el plan “es poco más que una fantasía compensatoria de su actual impotencia, una ficción” (294) y corresponde a un juego permanente de tensiones dentro de la novela en las cuales se forja tanto una ideología literaria como una ideología política. Para Iván Schulman el plan político de Fernández representa un “himno al progreso” (1984, 60) que muestra el dilema del escritor moderno ante una época donde prevalece el discurso científico, para él, este “himno”, cargado de sarcasmo y autocrítica, hace parte de las utopías políticas positivas que se dan en Hispanoamérica a fines del XIX. Robert Jay Glickman lo menciona para destacar la importancia que Silva le otorga en su plan político a la tecnología, la industria y la inmigración como elementos indispensables para la transformación y desarrollo del país (1976, 233-236). Los artículos de Jaime Jaramillo Uribe (1996) y Juan de Garganta (1947), (1948) se ocupan específicamente del tema político en la obra de Silva. Mientras

través de los diferentes giros del lenguaje y la ironía que atraviesa el texto, el pasaje nos ofrece algunas claves para comprender el funcionamiento y complejidad del discurso político de la época.<sup>49</sup>

Haciendo referencia a este pasaje, Gutiérrez Girardot sostiene que “a diferencia de Quevedo, cuya sátira es descarnada, la de Silva es de una sutileza que no desfigura a su objeto, sino que lo pone al descubierto en cuanto lo lleva al absurdo” (1990, 631). Sin embargo, Girardot no explica cómo sucede esto, ni cómo “lo absurdo” da cuenta de la complejidad del objeto, interpretando la posición de Fernández en el pasaje como la del “poeta que por serlo proyecta una transformación de la sociedad que se funda en valores burgueses (la riqueza, el progreso)” (1990, 632). Las repercusiones de lo que hace Silva en este pasaje son sin embargo más amplias en la medida en que el objeto de su plan es el discurso político del momento que busca justificar el proyecto nacional.

---

que el primero no hace ninguna referencia al pasaje nacional de la novela de Silva, el segundo se dedica a analizarlo (62-75) como reflejo de la “pobre” ideología política del poeta, “tan próxima a la de los zánganos de club más o menos aristocrático, tan llena de prevenciones contra la política, tan poseída de la convicción de la sencillez de la función del gobierno.” (69). De Garganta describe el plan político de Fernández como “un proyecto de regeneración de Colombia” (63) “un plan fantástico, aristocrático, paternalista, admirador de la fuerza bruta, ingenuamente confiado en la ciencia positiva y en la tecnocracia” (74). Uno de los pocos estudios que trata el tema político en *De sobremesa* es el de Lisa E. Davis, quien examina la novela de Silva como “la manifestación de un americanismo que intentaba un compromiso sui generis con la patria” (Davis 1976, 214) y que “recoge el tema de la vacuidad de la sociedad de fin-de-siglo americana, y lo desarrolla como el recuerdo de una realidad desagradable” (219). Se trata de una lectura un poco sintética y apresurada del pasaje nacional (224-225), el cual interpreta como un plan para impulsar la revolución social. Aunque iluminador, el texto de Davis no profundiza sobre la crítica política que está a la base de este pasaje leyéndolo como un pasaje que “sin rasgos de cinismo decadentista, en una temprana anotación en su diario traza un proyecto serio que apunta hacia la regeneración y el progreso” (224). Gutiérrez Girardot (1990, 631) por su parte lee el pasaje como el “desenmascaramiento de los usos abusivos de la política hispánica”, una “intención satírica” con “un impulso sinceramente “patriótico” o, más precisamente utópico” (631). Sin embargo no explica cómo se da este desenmascaramiento ni como se articulan la sátira, el sentimiento patriótico y la utopía.

<sup>49</sup> González (1997) y principalmente Villanueva Collado (1988), realizan su análisis a partir del concepto de “ironía corrosiva” que desarrolla Richard Terdiman en su libro *Discourse/Counter-discourse: The Theory and Practice of Symbolic Resistance in Nineteenth Century France* (1985). De acuerdo con Villanueva Collado este concepto le permite interpretar la estructura de la novela de Silva como un discurso que construye un sistema binario de opuestos. El contradiscurso señala los límites y fallas del discurso dominante reafirmando la posición privilegiada de este y al mismo tiempo reflejando los términos de su ideología (256).

La historia de la novela de Silva es en sí misma melodramática. El primer manuscrito fue terminado en 1896 pero se hundiría con el barco *L' Amérique*, “[D]espués de cuatro días de horrible incertidumbre á bordo, y de salvar milagrosamente la vida, perdiendo cuanto traía” de Venezuela a Colombia, le describe Silva en una carta a Miguel Antonio Caro (1895, 156). Metáfora trágica e irónica de aquello que los modernistas estaban criticando en aquellos años: el naufragio de América en el tormentoso mar del capitalismo. La segunda versión de este manuscrito, que no fue publicado sino hasta casi después de tres décadas del suicidio de su autor, en 1925, es lo que conocemos hoy como *De sobremesa*.

Silva termina de re-escribir su novela en 1896, durante los años del gobierno de La Regeneración y solo 10 años después de la Constitución de 1886, la cual, como se explicó anteriormente, le cambiaría la cara política al país. La novela es un catálogo de las obsesiones típicamente modernistas: el arte, la exploración de los sentidos, el amor, la muerte del ser amado, la creación artística, el artista enfrentado a la vacuidad y materialidad del mundo convertido en puro valor de cambio, la enfermedad y el cosmopolitismo, etc. Entre ellos emerge el pasaje nacional. No se trata de resolver la relación enigmática entre este y el conjunto de la novela. Dado el enfoque de estudio, aquí intento rastrear las resonancias del pasaje mismo con el lenguaje político de la época, reconociendo en este lenguaje no solo su correspondencia con el gobierno de La Regeneración sino más aún como un lenguaje que modeló la política en el proceso de constitución del Estado-Nación colombiano.

## 5.4 LA MIRADA ECONÓMICA

Dentro de los parámetros de la fe en el progreso José Fernández anuncia todo lo que haría si tuviera el poder político. Ejercer dicho poder querrá decir poner a funcionar un discurso de modernización que al mismo tiempo que propone la transformación del país en todos los niveles profundiza las diferencias sociales y económicas.

De acuerdo con Fernández, triunfando en el aspecto económico todos los demás aspectos resultarán beneficiados. De ahí que proponga un programa para la modernización nacional que comprende una serie de pasos. En primer lugar, consciente de que su proyecto implica una inversión económica enorme propone aumentar su fortuna a través de dos negocios: las minas de oro y las pesquerías de perlas. El pasaje es el único lugar dentro de la novela donde hacer negocios es el tema central; de hecho, es el único momento en el cual el tema es relevante aun. Desaparece la melancolía esteticista, y de repente la racionalidad económica domina y define la mirada que el protagonista posa sobre el mundo. Si se compara con el resto de la novela, el lenguaje es conciso y eficaz. La escritura es urgente y las frases hacen alusión a lo que el protagonista va a “hacer”, a un propósito que hay que seguir y una meta que hay que cumplir. Un estilo muy diferente del utilizado en el resto de la novela en el que en su traje de dandy Silva elabora un sinnúmero de reflexiones acerca de sus experiencias vitales más profundas.

Aumentar su fortuna le permitirá pasar al segundo paso, esto es, consagrarse “en alma y cuerpo a recorrer los Estados Unidos, a estudiar el engranaje de la civilización norteamericana, a indagar los *porqués* del desarrollo fabuloso de aquella tierra de la energía y a ver qué puede aprovecharse, como lección, para ensayarlo luego, en mi experiencia” (259). La imagen del



“engranaje”, en este caso de la civilización norteamericana, es por excelencia la imagen que representa el mundo de la fábrica y la industria, esperanza de civilización (259).

Una de las primeras rupturas con la novela como un todo es el hecho de que en el pasaje nacional el modelo a seguir son los Estados Unidos, lo cual significa un cambio de tono importante, ya que a lo largo de la novela, Francia constituye un oasis en medio de la tecnificación del mundo y su persistente desencantamiento. Silva llega a Europa en 1884 y convierte al viejo continente, principalmente a Francia e Inglaterra, en espacios simbólicos de creación desde donde el poeta puede desplegar su espíritu artístico. Es sorprendente la resonancia con el discurso político del momento, pues precisamente el político y literato colombiano José María Samper, en su ensayo “Los hispanoamericanos en Europa” de 1883, se ensañaría contra estos espíritus: “(...) el pobre fatuo es una caricatura de parisiense, y cada uno de sus gestos una triste y ridícula mueca (...) Debe ser republicano, a fuer de ciudadano de una república, y no es sino una especie de imperialista absurdo, que admira las grandezas del imperio francés sin dar razón de ellas ni comprenderlas en ningún sentido” (286).

Francia no fue solo para Silva el lugar de origen de sus grandes maestros literarios (Bécquer, Baudelaire, Verlaine, Valery, Bergson). En *De sobremesa*, Europa en general fue retratado y reinventado en la escritura de Silva como el lugar por excelencia de la experiencia estética y vital de José Fernández. Es en el pasaje nacional donde Colombia se convierte explícitamente en el lugar desde donde simbólicamente Silva, a través de Fernández, está pensando y sobre el cual produce este manifiesto. Importante no perder de vista un detalle que a veces pasa desapercibido: concibe todo su proyecto político en Europa, más exactamente en Interlaken, un pueblo de Suiza cerca de los Alpes Berneses, “sitio inaccesible donde no llegan turistas” (1925, 256). El plan es concebido en un momento de “iluminación” (259) que se da en

un país extranjero.<sup>50</sup> Cuando lo lee a sus amigos ya en su país natal, donde supuestamente debería ser aplicado, parece para él una locura. Volveremos más adelante sobre este punto.

El discurso enfatiza que la tarea más grande por realizar no es en la capital sino en las provincias. Mientras que la capital es concebida como el lugar desde el cual se orquesta el futuro de la nación y desde donde se deben controlar a los sujetos que no contribuyen a ese propósito, Fernández enfatiza que debe investigarse cómo es que las provincias son aprovechables. Por esto el protagonista pide “regresar” a las provincias, analizar “sus necesidades, estudiando los cultivos adecuados al suelo, las vías de comunicación posibles, las riquezas naturales, la índole de los habitantes, todo esto acompañado de un cuerpo de ingenieros y de sabios” (259). La técnica y la ciencia quedan aquí exaltadas, pues gracias a ellas se obtendrán los medios necesarios para expandir los cultivos combatiendo climas tan inclementes que se parecen al “calor de Madagascar” o “el frío de Siberia” (261).

La naturaleza que caracteriza al país es dibujada en el pasaje como naturaleza salvaje que debe ser domesticada a través de la tecnología apropiada, la cual es útil en la medida en que convertirá al país en un productor importante de materias primas. Los climas extremos, en concordancia con el regionalismo de la geografía política del país, no deberán ser un obstáculo para poner a producir la tierra a través de los cultivos, criar animales o saquear las minas. Total, no solo deberá construirse la infraestructura que un país para ser desarrollado necesita —puentes y ferrocarriles— sino invertir en la tierra, ya que lo que la define es su carácter disponible y explotable.

---

<sup>50</sup> Gioconda Marín interpreta esta iluminación como la entendían los rosacruces, “aludiendo a la transformación del *ser* así como también a la reforma de la cultura y civilización” (1985, 391).

Hacia la parte final de su discurso Fernández le vuelve a recordar a sus oyentes que sin importar las consecuencias deben abrírsele las puertas a la modernidad para dar paso al “grito metálico de las locomotoras” (262), el cual deberá inundar los paisajes tropicales. El salvajismo de las selvas vírgenes tendrá que ser combatido con las “monstruosas fábricas”. Los hilos del telégrafo y el teléfono cortarán las corrientes de los ríos. El paisaje desordenado de las selvas, junto con las fiebres y enfermedades que producen, deberá ser controlado y ordenado por la ciencia y la tecnología. Veremos como a través del juego de oposiciones, el autor pone al descubierto el espíritu que anima el discurso nacional: naturaleza vs. técnica, caos vs. orden, degeneración vs. regeneración.

Tal como Silva plasma bien en el pasaje, para alcanzar todos estos proyectos el gobierno necesitará invertir en un capital humano renovado, “de ingenieros y de sabios” (259), que lleve las banderas del discurso modernizador. Tal discurso es consonante con la primacía que le dio el gobierno liberal —por medio de la Constitución de Rionegro de 1863— a la necesidad de promover saberes prácticos que contribuyeran al progreso nacional (Obregón 1992, 43). Con este objetivo se funda la Universidad Nacional en 1867 donde se avanza en la “enseñanza de la medicina sobre el derecho y la presencia continua de cátedras de matemática que permitirían la consolidación inicial de la profesión de ingeniero, hecho que tendría luego su continuación en los trabajos de la Escuela de Minas de Medellín, ya durante el periodo de la Regeneración, bajo otro clima intelectual (...)” (Silva 2002, 3). Por otra parte, el saber médico comienza a adquirir gran relevancia cuando el gobierno conservador de La Regeneración en la Constitución de 1886 declara deber del Estado velar por la salud de los ciudadanos, creando al año siguiente la Junta

Central de Higiene (Pedraza 1999, 107).<sup>51</sup> Poco a poco fue emergiendo un clima ideológico que permitió la medicalización del discurso político al mismo tiempo que la emergencia de una nueva generación de higienistas (Froysland 2006, 169).

A través de Fernández, Silva deja constancia en el pasaje nacional de cómo los ideales tanto del gobierno liberal como del gobierno conservador se amalgaman, los dos igualmente guiados por un lenguaje político que caracterizó la última parte del siglo XIX, y que estaba preocupado —con mayor o menor énfasis según el gobierno— por producir cuerpos útiles y almas virtuosas.

Siguiendo esta idea, Fernández muestra cómo el discurso político del momento se basa en la percepción del país como un pueblo niño que está aprendiendo a caminar el trayecto que conduce al país a la civilización, y así necesita de un guía en el que se reúna todo el poder. Será a través de la educación como la luz de la modernidad y el progreso irradiará a toda la sociedad:

Luz! ¡Más luz!... Las últimas palabras del poeta sublime de *Fausto* serán el lema del pueblo que así emprende el camino del progreso. La instrucción pública atendida con especial empeño y propagada por todos los medios posibles desde el kindergarten donde los chicuelos aprenden a deletrear entre las rosas, hasta las grandes universidades en que los sabios de ochenta años, encanecidos sobre los instrumentos de observación, se entregan a las más audaces especulaciones que solicitan el pensamiento humano, levantará al pueblo a una altura intelectual y moral superior a la de los más avanzados de Europa. Libre el país de los pavorosos problemas que minan las viejas sociedades europeas y estallan en ellas en alaridos nihilistas y reventar de bombas, mirará tranquilo hacia el futuro. (262)

El compromiso de la elite política es civilizar a través de la educación para promover una reforma intelectual y moral. Para el protagonista, no solo hay que impulsar un arte, una ciencia y

---

<sup>51</sup> En su artículo sobre el caso colombiano Hayley Froysland sostiene: “After 1880 a burgeoning class of higienistas adopted the role of emissaries between the state and society as they medicalized the discourse on race, citizenship, and nation” (2006, 175).

una novela que tuvieran sabor nacional, sino una “poesía que cante las viejas leyendas aborígenes, la gloriosa epopeya de las guerras de emancipación, las bellezas naturales y el porvenir glorioso de la *tierra regenerada*” (mi énfasis 263).

Para producir esta nueva tierra y “elevar” el pueblo (260), habrá entonces que promover un proceso de modernización económica que implica la construcción de carreteras, ferrocarriles, puentes para cruzar los ríos torrenciales y en general la promoción de medios de comunicación que liberen al país de la “cadena de hierro” que constituye el atraso (261). Este argumento es consonante con la tesis de que el atraso material del país terminó por impedir la cohesión de las regiones y antes por el contrario promovió su fraccionamiento (Palacios 1980, 1685). De acuerdo con Villanueva Collado “el proyecto político de Fernández expone el lado oscuro —morbosidad de las utopías fascistas— de la noción de progreso tal y como la concibe el discurso de la modernidad” (2005, 1). Este “lado oscuro” puede interpretarse como el pensamiento que evalúa el mundo bajo el rasero de la racionalización moderna. En uno de los textos críticos más sistemático en su análisis del pasaje nacional, Villanueva Collado (1988) identifica bajo una perspectiva de opuestos un ataque al conservadurismo, una defensa del liberalismo y a través de la parodia una crítica a la ideología liberal dominante. El estudio formal que realiza del pasaje es interesante en la medida en que identifica cuáles son los temas y algunas de las oposiciones binarias que marcan el tono irónico del texto, exponiendo cómo funciona la crítica de Silva a la ideología del liberalismo anglosajón. Sin embargo, considero que el diálogo que el autor mantiene con su época puede leerse en términos más amplios. La crítica de Silva se inscribe dentro de un contexto muy específico: las políticas económicas adelantadas por el gobierno colombiano del momento que son consonantes con un proceso general de tecnificación de la sociedad y así, para él, de banalización de aquellas cuestiones que deberían ser las más

relevantes para el ser humano. Además, a través del diálogo que por medio del pasaje nacional Fernández establece con un contexto específico, el colombiano, no solo hace eco de las ideas que gobernaban los discursos políticos latinoamericanos a finales del XIX sino que da cuenta del lenguaje político imperante. No es casualidad que el protagonista insista en la consigna de orden y progreso que caracterizó estos discursos y en esa medida promueva y proponga un “esfuerzo de orden” (261) que necesitan poner los gobiernos para resolver los problemas de la nación. Las medidas económicas guiarán y cuantificarán este esfuerzo. Ingenieros, economistas y estadistas serán responsables de llevar a buen término este proyecto, quienes gracias a la fortuna de Fernández explorarán los lugares más recónditos del país para determinar cuál es la mejor estrategia que dará vía libre a la prosperidad del país. A través de la intervención extranjera “se hará conocer la tierra nueva y desbordante de riqueza en los mercados europeos” (261). “Tierra nueva” quiere decir “tierra regenerada” (263), recuperada de su estado degenerado.

## **5.5 BUROCRACIA Y POLÍTICA**

Para cumplir con el plan nacional es necesario, entre otros requisitos, insertarse dentro de la burocracia política. Después de instalarse en la capital sostiene: “intrigaré con todas mis fuerzas y a empujones entraré en la política para lograr un puestecillo cualquiera, de esos que se consiguen en nuestras tierras sudamericanas por la amistad con el presidente” (259). Silva realiza así una crítica a la práctica política del momento y el acelerado proceso de burocratización que caracterizaba los gobiernos de la época. Todo hace parte del juego político del que hay que participar para consolidar el proyecto nacional.

Fernández propone reclutar a los civilizados de cada partido “para formar un partido nuevo, distante de todo fanatismo político o religioso, un partido de civilizados que crean en la ciencia y pongan su esfuerzo al servicio de la gran idea” (259). Este nuevo partido deberá ser secular, crítica directa a las bases católicas en las que se asienta el gobierno de La Regeneración. Cuando Silva se refiere a los “fanáticos” está haciendo alusión a los regeneradores, cuando se refiere a los creyentes de la ciencia se refiere a los liberales radicales, quienes para él basaban su gobierno en una comprensión científicista y utilitaria del mundo social y político. Tanto el gobierno liberal como el conservador son objeto de sus críticas y a los dos va dirigida esta diatriba.

Según Fernández, utilizando los medios que ofrece el “falso liberalismo”, se podrá generar una poderosa reacción conservadora. Está haciendo alusión aquí a la alianza que el liberal independiente Rafael Núñez llevó a cabo con los conservadores del momento para llegar a la presidencia y poner en marcha el gobierno de La Regeneración. Como vocero de este gobierno Fernández expone su programa político:

(...) aprovechar la libertad de imprenta ilimitada que otorga la Constitución actual, para denunciar los robos y los abusos del gobierno general y de los Estados, a la influencia del clero perseguido para levantar las masas fanáticas, al orgullo de la vieja aristocracia conservadora lastimada por la oclocracia de los últimos años, al egoísmo de los ricos, a la necesidad que siente ya el país de un orden de cosas estables; proceder a la americana del sur y tras de una guerra en que sucumban unos cuantos miles de indios infelices, hay que asaltar el poder, espada en mano y fundar una tiranía, en los primeros años apoyada en un ejército formidable y en la carencia de límites del poder y que se transformará en poco tiempo en una dictadura con su nueva constitución suficientemente elástica para que permita prevenir las revueltas de forma republicana. (260)

Analicemos este pasaje con cuidado. En primer lugar, la “libertad de imprenta” a la que Fernández se refiere es aquella que tuvo lugar durante el gobierno de los liberales y que fue

promovida a través de la constitución de 1863. Aprovechando estas “ventajas” del liberalismo los conservadores deben hallar un espacio para denunciar la persecución del clero y criticar al régimen liberal. Esta libertad contrasta con la famosa “ley de los caballos” que fue expedida durante el gobierno regenerador en 1888, y que restringió fuertemente la libertad de prensa por considerar que la crítica al gobierno era un elemento peligroso de desestabilización política.

Los “ricos” que han lastimado el “orgullo de la vieja aristocracia conservadora” son los liberales que han sido incapaces de gobernar y de mantener el “orden de cosas estables”, propósito explícito del gobierno conservador. Por esto será necesario imponer una “tiranía”, la cual, como Silva sabe en el momento de escribir su novela, le arrebatará el poder a los liberales. En medio del desorden social siempre es preferible la certeza que ofrece un dictador (260, 263). Además, con traje de regenerador Fernández defiende a la Iglesia —“clero perseguido” por los liberales—, aliado fundamental para el gobierno de La Regeneración, y hace alusión a un “ejército formidable”, que precisamente se formaría como Ejército Nacional durante los años de este gobierno. El mismo confirma que aquí se refiere al ejército de los regeneradores cuando sostiene que el ejército vencedor será el de la aristocracia conservadora. Cabe mencionar que a lo largo del discurso se exalta la guerra una y otra vez, de ahí que haya que venerar entre otros a los Alejandro, Césares y Bonapartes, ellos son prueba de que la guerra necesita de hombres “atléticos”, “brutales”, “fascinadores” y “salvajes” (264). El protagonista reconoce su fascinación con las máquinas de guerra y la capacidad que tienen para sembrar la muerte. Construir más y mejores máquinas de matar debe constituir una prioridad para el gobierno.<sup>52</sup>

Por otro lado, la constitución a la que se refiere Fernández es la de 1886, la cual le dará forma al gobierno regenerador que logrará “prevenir las revueltas” que generaron el caos social.

---

<sup>52</sup> En tiempos de Silva se dieron tres importantes guerras civiles donde liberales y conservadores se enfrentaron: 1885, 1895 y la Guerra de los Mil Días (1899-1902).



Es así como este gobierno puede presentarse como la respuesta política al desorden social y económico del país (260, 261). El relato que permite defender esta política es el de un país representado como caótico y fraccionado. La retórica del desorden activa y justifica el proyecto regenerador promoviendo la perpetuación del poder de una elite. Los modos de hacer política son percibidos por el protagonista como basados en un uso del poder donde no hay límite para los excesos, el poder es único y omnipotente y en esta medida la tiranía y posteriormente la dictadura como formas de gobierno tienen sentido.

## 5.6 EL FANTASMA DE NORDAU

Dado que el discurso científico es uno de los temas centrales no solo en la novela sino en el pasaje nacional, hay una figura cuya importancia dentro del relato es fundamental: Max Nordau. Al comprender su lugar dentro de la obra se pueden hallar más fácilmente las resonancias con el pasaje que aquí nos ocupa. El “doctor alemán” (239) —que en realidad era húngaro, oriundo de Budapest— Max Nordau (1849-1923), es famoso por su publicación *Entartüng* (*Degeneración* 1893) y reconocido a finales de siglo como uno de los principales teóricos de la ciencia de la patología. El científico es objeto de una feroz crítica por parte de José Fernández a comienzos de la novela. Su particular modo de entender el arte y la vida enfurece a Fernández, quien lo acusa de pasearse por entre las obras maestras de la humanidad como un “esquimal miope por un museo de mármoles griegos” (240). Para el protagonista, Nordau carga una caja con los nombres de todas las manías descubiertas por los “(...) alienistas modernos. Detiénese al pie de la obra maestra, compara las líneas de ésta con las de su propio ideal de belleza, la encuentra deforme,

escoge un nombre que dar a la supuesta enfermedad del artista que la produjo y pega el ticket clasificativo sobre el mármol (...)” (240). Ante el diagnóstico de Nordau, Fernández deja constancia del error y el horror que significa esta repartición de etiquetas patológicas sobre las “obras maestras que ha producido el espíritu humano” (240). Haciendo esto Silva desacraliza el saber médico de Nordau reduciendo su incapacidad para admirar y reconocer el verdadero arte a un problema de mera miopía. Con este gesto, la perspectiva científicista sobre el mundo queda puesta entre paréntesis. En general “el espiritualismo se apoderó de los modernistas como reacción al científicismo del momento (...)” (Schulman 1969, 43).

Varias veces a lo largo del pasaje nacional se destacan la energía y la utilidad (ej. 260, 259) como componentes de una ética de la productividad que debe ser defendida si el país pretende seguir el camino de los países civilizados. El ideal de la salud es consonante con esta ética, de ahí que las referencias del autor a lo largo de la novela acerca de los médicos y sus discursos resuenen con el pasaje nacional. La presencia de Nordau en la novela puede leerse como el debate entre el discurso médico y el discurso estético “por las condiciones de representación del cuerpo” (Giorgi 1999, 2) en los que se busca establecer la definición del “sujeto normal”; desde otra perspectiva puede interpretarse como la apropiación de un discurso cuyo propósito es diagnosticar la enfermedad con el fin de construir un sujeto estético patológico (Graff Zivin 2005, 112). De acuerdo con Aníbal Gonzáles en *De sobremesa* Silva “se enfrenta a una serie de interrogantes que preocupaban a los literatos finiseculares en ambas orillas del Atlántico (...) ¿Era posible aplicar nociones tales como “progreso” y “decadencia” a las artes?” La alabanza del progreso y la ciencia en el pasaje nacional pueden leerse como síntoma de esta preocupación, sin embargo la especificidad del pasaje nos lanza a una interpretación que excede los límites de la lectura de González (1997, 242).

Cuando Fernández defiende en el pasaje nacional el discurso científico como un discurso necesario y válido para formar la nación colombiana, Nordau aunque no es aquí mencionado, emerge como una especie de presencia fantasmagórica. El Fernández del pasaje nacional parece no haberse enemistado con él, pues al defender una nueva ética en la “tierra de la energía” (259), “tierra regenerada” (263) supone que debe llevarse a cabo una tarea de regeneración de los “degenerados” que la ocupen. En ese sentido puede decirse que comparte el dictamen de Nordau, antes del pasaje nacional, cuando afirma que: “es Rosetti un idiota, Swinburne un degenerado superior, Verlaine, un medroso degenerado, de cráneo asimétrico y cara mongoloide, vagabundo, impulsivo y dipsómano; Tolstoy, un degenerado místico e histérico; Baudelaire, un maniático obscuro; Wagner, el más degenerado de los degenerados, grafómano, blasfemo y erotómano” (240) y María Bashkirtseff, “la dulcísima rusa muerta en París, de genio y de tisis, a los veinticuatro años” una “degenerada”, pues padecía de locura moral. Si a través de la crítica a Nordau al comienzo de la novela, Silva exalta el lugar del arte, al dictar sentencias que podrían ser consonantes con el pensamiento de Nordau en este pasaje, el arte queda reducido a una arandela que poco contribuye al desarrollo.

El cientificismo de carácter progresista, que termina promocionando teorías sobre la degeneración de la raza y que se encuentra aunado a un capitalismo modernizante, es a lo largo de la novela su objeto de crítica. El giro dado en el pasaje nacional es que se convierte en el discurso protagonista, junto con todo un grupo de disciplinas que están en el corazón de la lógica del desarrollo promocionado por el liberalismo: economía, agronomía, geografía, ingeniería, entre otros. Las resonancias semánticas entre el pasaje nacional, el discurso cientificista y taxonómico de Nordau y el lenguaje político del momento se hallan en un mismo proyecto que

se encuentra a la base de los tres: un proyecto que reconoce a la población como una población que necesita ser regenerada.

## 5.7 DEGENERACIÓN Y LOCURA

Uno de los desajustes más importantes entre el pasaje nacional y el texto novelístico es el hecho de que aunque en el pasaje nacional Fernández defiende la idea de producir hombres sanos, útiles y productivos, hay varios momentos dentro de la novela en los que Fernández se identifica precisamente como parte de la lista de degenerados. Este reconocimiento se vuelve explícito en dos momentos. El primero es cuando después de la visita del doctor Sir John Rivington, especializado en psicología experimental y psicofísica y autor de las obras *Correlación de las epilepsias larvadas con la concepción pesimista de la vida*, *Causas naturales de apariencias sobrenaturales*, *La higiene moral* y *La evolución de la idea de lo Divino* -obras que según el protagonista lo colocan a la altura de Spencer y de Darwin (283) -, Fernández se queda meditando acerca de sus consejos médicos.<sup>53</sup>

Tal meditación lo lleva a realizar un dictamen sobre su propia anatomía moral. Así es como concluye sobre sí mismo que pertenece a

aquella raza de intelectuales de débiles músculos, delicados nervios y empobrecida sangre cuyos glóbulos desteñidos corren por los ramales azulosos de

---

<sup>53</sup> Spencer es mencionado cuatro veces a lo largo de la novela (248, 281, 289, 300). En la voz del doctor Rivington se lo nombra para establecer una relación entre él y las “prescripciones de la higiene” (289). También el profesor Charvet lo nombra para recordar uno de sus consejos: “seamos buenos animales” (300).

mis venas. La piedad católica que la animó subsiste en mí transformada en un misticismo ateo, como revive en ciertos degenerados, convertido en mórbidas duplicidades de conciencia, el mal sagrado de los átavos epilépticos. (291)

Ni su estado físico ni su estado moral son propicios para el desarrollo del plan nacional que anunciará más adelante en la novela. La falta de fuerza y vigor terminan encasillándolo en la categoría de cuerpo degenerado, una categoría a la que pertenece toda “raza de intelectuales”. No son concebibles tampoco las “duplicidades de conciencia”, reconocer la multiplicidad del yo puede corresponder a una fatal enfermedad.

El segundo momento en que Silva se reconoce como parte del grupo de los degenerados corresponde a una sección dentro de la novela en el que el tema de la locura es la protagonista. Ella toma la forma de una mujer aterradora que le dice: “¡Soy tuya, eres mío, soy la locura!” (294).

¡Loco!... ¡El loco, en el cuartucho oscuro del manicomio, oloroso a orines de ratón, envuelto en la camisa de fuerza!... el loco con el cabello cortado al rape, recibiendo en las flacas espaldas huesosas el chorro helado de la ducha, bajo el ojo imperturbable del hombre de ciencia que anota sus gestos violentos y sus entrecortadas blasfemias para convertirlos en una precisa y razonada monografía (...). (294)

La imagen prototípica del loco se enfrenta con la del científico, aquel que observa, que describe, que elabora juicios sobre aquello que pueden percibir los sentidos. En su locura el poeta, el artista, el intelectual puede seguir merodeando en el espacio social. Su existencia no corre peligro, ya que se mantiene salvaguardado por su locura. Se encuentra encerrado tras las rejas del mundo cosificado pero gracias a su posición y su mirada, su estado mental es privilegiado, pues le permitirá acceder a una verdad ecstática que otros no pueden ver. En el umbral de la locura, el

loco, quien se encuentra al mismo tiempo fuera y dentro de la racionalidad económica y científica que sostiene el mundo, puede elevar discursos como el discurso nacional. “Si la locura arrastra a los hombres a una ceguera que los pierde, el loco, al contrario, recuerda a cada uno su verdad (...)” (Foucault 1964, 29). La locura no es mera carencia de razón sino potencia del pensamiento. No será casualidad que el pasaje nacional termine cuando Fernández le pregunta a sus amigos: “Yo estaba loco cuando escribí esto, no?” (265) no solamente con el ánimo de enfatizar la ironía del pasaje sino como un modo de recordar aquella verdad que de otro modo no puede ser anunciada. El degenerado desenmascara al regenerado mostrándole que está en un momento de delirio no asumido. Silva expone de esta manera la locura del proyecto regenerador: un sueño de fiebre que le lleva a hablar de “miles de indios infelices” (260), ríos de cabezas de hombres (261) y un país tropical convertido en una nueva Suiza. En este cuadro solo hace falta el barco de monos. La diferencia entre el regenerado y el degenerado es que el segundo reconoce la verdad del primero y la denuncia a través de su locura.

Antes del pasaje nacional Fernández se siente orgulloso de participar en una lista de degenerados de la que hacen parte sus grandes maestros. Qué importa la locura si así murieron Baudelaire y Maupassant. Fernández se dice así mismo: “¡Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas!” (294). Degeneración y locura se vuelven entonces equiparables. Se es degenerado y loco por exceso y por el abuso de los placeres que ofrece la vida: es decir, por resistir la lógica de producción instrumental del capitalismo moderno.

Continuemos la explicación de lo que quiere decir la degeneración para Fernández antes de llegar al pasaje nacional. El protagonista dibuja e interpreta la degeneración física, mental y

espiritual como un estado que es fuente de creación y de sabiduría. Los “degenerados” son privilegiados si se los compara con los hombres cuyas acciones y sentimientos han sido regularizados (285) para que eviten caer en extremos y en la “embriaguez” que supuestamente condena a unos pocos. Hay una explicación además biológica para el degeneramiento de Fernández:

Hijo único del matrimonio de amor de dos seres de opuestos orígenes, dentro de mi alma luchan y bregan los instintos encontrados de dos razas, como los dos gemelos bíblicos en el vientre materno. Por el lado de los Fernández vienen la frialdad pensativa, el hábito del orden, la visión de la vida como desde una altura inaccesible a las tempestades de las pasiones; por el de los Andrades, los deseos intensos, el amor por la acción, el violento vigor físico, la tendencia a dominar los hombres, el sensualismo gozador. (291)

La fórmula de Rivington para el mal que sufre Fernández es el equilibrio y la moderación en lo físico, lo intelectual y lo moral (285). El matrimonio se encuentra en la lista de recomendaciones que Rivington tiene para Fernández. Después de que el doctor escucha la explicación de este último acerca de sus sentimientos hacia su obsesión amorosa, Helena, le pregunta de repente: ¿Usted tiene intenciones de casarse con esa hermosa joven si la encuentra, y de fundar una familia?”. Esta pregunta genera en el protagonista una crisis insoportable: “¡Dios mío, yo, marido de Helena! ¡Helena mi mujer! La intimidad del trato diario, los detalles de la vida conyugal, aquella visión deformada por la maternidad (...) Todos los sueños del universo habían pasado por mi imaginación menos ése que me sugerían las frases del especialista. (284)

El amor que Fernández profesa por Helena no cabe dentro de la institución matrimonial, la cual le otorga al amor una tarea económica: la reproducción. Proceder de este modo significa anteponer al deseo la ley, al amor la norma, a un ideal sublime un manual social de instrucciones que legisla sobre aquello que es inmortal, infinito, eterno. El matrimonio es la solución médica “para normalizar en la vida marital los impulsos de su instinto” (285). El núcleo familiar es el microcosmos que el estado debe preocuparse por perpetuar.

Silva logra captar magistralmente el espíritu de una época. Al mejor estilo del Doctor Rivington, en 1883 el político José María Samper hace un catálogo de virtudes que deben acompañar al ciudadano ideal proponiendo casi con las mismas palabras la misma receta para los males del protagonista: “debe ser franco, sencillo y jovial, como somos casi todos en América, y no es sino un petulante acicalado y ceremonioso, debe ocuparse de lo que a su patria interesa, y no habla sino de París y Francia, y atosiga a todo el mundo con su francesismo imperturbable, ostentando sin son ni ton: debe un día casarse y formar una familia para vivir digna y provechosamente (...)” (286).

## **5.8 USO Y ABANDONO DE LA POBLACIÓN: EL PROBLEMA DE LOS CUERPOS DEGENERADOS**

La población que deberá ser objeto principal del plan es la de las provincias. Mientras que en la capital se inventa el modelo de lo nacional y desde allí deberá ser irradiado el poder del estado, las provincias son el espacio de aplicabilidad de aquello que se piensa en el centro, es el territorio que hay que civilizar. Irradiar las provincias quiere decir incluirlas pero solo en la medida en que ellas se conviertan en otra cosa, para ser más precisos en otro tipo de sujetos, sujetos útiles, productivos y provechosos. La “índole de los habitantes” debe ser puesta al servicio de este proyecto.

El tema del cuerpo degenerado recorre toda la novela, pero en el pasaje nacional se pone en juego en el escenario político. Para que el plan nacional tenga éxito, debe tomar como su objeto de estudio a la población. Es así como puede afirmar que deberá ser analizada la “índole de los



habitantes” (259). Evaluar, examinar, calificar, todo esto y más debe hacerse con los habitantes del territorio que se busca transformar. Continúa explicando que pasará “unos meses entre las tribus salvajes” (259), las cuales son “un elemento aprovechable para la civilización por su vigor violento” y “su indolencia dejativa” (259). Esto nos dice que el proyecto económico implica un proyecto poblacional que con ojo taxonómico evalúe la población que existe y la que es necesaria producir. Los sujetos que componen estas “tribus salvajes” no son percibidos como sujetos potencialmente ciudadanos, sino como una pluralidad indiferenciada de la cual es posible extirpar solo ciertos elementos. La inclusión de estas poblaciones se da a través de su reducción a una clase, “tribus salvajes”, que permite descomponerlos en partes reconociendo en ellos solo algunas características como aprovechables para el proyecto nacional: “vigor violento”, “indolencia dejativa” y su “fiereza y gallardía nativas serán potente elemento de vitalidad” (261). Al mismo tiempo, sucede que evadiendo reconocerlos como sujetos, sino como poseedores de ciertos componentes útiles para la nación, el Estado se da el lujo de suspender la ley sobre ellos y los vuelve susceptibles de “sucumbir” en la guerra (260).

Además del desarrollo económico, que dependerá del saber traído por expertos extranjeros, Fernández se refiere a uno de los grandes retos para la nación: la regeneración de la población en términos biológicos. Se trata de un objeto central y recurrente para el lenguaje regenerador que resuena con el carácter biopolítico que tuvieron los proyectos nacionales en América Latina, algunos de los cuales promovieron fuertemente la inmigración europea y una mezcla racial productiva.

José Fernández sugiere que el proyecto nacional es un proyecto de matices eugenésicos. Los inmigrantes deben fluir “como un río de hombres, como un Amazonas cuyas ondas fueran cabezas humanas [y] mezcladas con las razas indígenas” (261). ¿El resultado de esta mezcla? Un

grupo humano que “poblará hasta los últimos rincones desiertos, labrará el campo, explotará las minas, traerá industrias nuevas, todas las industrias humanas” (261). Un agricultor, un minero, un obrero que sea fiel a las directrices del emergente sistema capitalista.

La inmigración civilizada será atraída seduciendo a los hambrientos europeos, chinos y japoneses y los de la península índica, quienes huyendo del hambre seguramente “emigrarán ansiosos de una patria nueva” y una “nueva vida” (262). Fernández sostiene que será necesario poblar el país con las víctimas del poder implacable de los ingleses, criticando así los proyectos modernizantes europeos generadores de pobreza. La táctica para seducir a los inmigrantes son los bajos precios de los territorios “baldíos”, “desiertos”, aunque en la misma cita Fernández los reconoce como no tan desiertos, sino ocupados por comunidades indígenas. Útiles porque son los “antiguos dueños del suelo”, sin embargo esto no las salva de seguir siendo “tribus salvajes” y por tanto poco legítimos para ser reconocidos como habitantes provechosos para el territorio nacional. La población con la que están ocupados estos territorios no cuenta como población nacional en sí, cuenta más bien como población *potencialmente* nacional. Lo que tenemos aquí, entonces, no es un discurso de invisibilización de estas poblaciones sino de visibilización, en la medida en que reconocer su existencia como “tribus salvajes” permite llevar a cabo su abandono.

Con el fin de sacar de las tierras su mejor provecho, las “tierras baldías” deberán ser “cultivadas” con hombres que dejen ahí su semilla y la pueblen con nueva vida. De esta manera se lleva a cabo el reconocimiento de una población que ya habita estas tierras pero que no es útil como población potencial, ya que es carente, enferma, inmadura o viciada por naturaleza. Esta población solo es útil como *materia disponible* para producir una “tierra regenerada” (263). Esto es lo que transmite el discurso político del momento y esto es lo que logra develar Silva en su

novela. El ánimo regenerador de los proyectos nacionales es concomitante con el abandono que promueven.

La máquina de la reproducción biológica y la producción económica no deberá detenerse. El país del norte debe ser el modelo de la nación que quiere forjarse, ya que ella es la “tierra de la energía” (259), una tierra en la que los cuerpos enfermos, como el del mismo protagonista, no tienen cabida. Asociando la idea de la tierra, que es el lugar donde se puede “cultivar” y producir nuevos hombres, con la de energía, Fernández le da a su proyecto una connotación claramente racial. Silva está aquí en diálogo explícito con las ideas científico-sociales convencionalmente asociadas con el positivismo que predominaban en la época, las cuales serían reappropriadas en América Latina de diferentes modos. El autor toma la metáfora spenceriana del organismo social (263), la cual aparece únicamente en este pasaje, y la convierte en uno de los pilares de su discurso. El vocabulario biologista y algunas ideas del positivismo calaron fuertemente en el discurso político del momento tanto de liberales como de conservadores, aunque no del mismo modo como se harían presentes en México y Argentina.<sup>54</sup>

Más adelante Fernández sostiene: “¡Oh! qué delicia la de escribir, después de instalar un gobierno de fuerza, grande y buen amigo [...] pensar que en virtud de un plan elaborado con la frialdad con que se resuelve la incógnita de una ecuación, llegó uno al puesto que ambiciona con el fin de modificar un pueblo y elevarlo” (260). Modificar, elevar, en última instancia regenerar: estos son los objetivos que el protagonista de la novela de Silva defiende y que resuenan armoniosamente con el panorama político del momento. El objeto de esta *elevación* son los cuerpos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta narrativa de la utilidad de los cuerpos,

---

<sup>54</sup> Para un análisis más exhaustivo sobre la influencia de las ideas del positivismo y otras corrientes filosóficas en la historia política colombiana ver *El pensamiento colombiano del siglo XIX* (Jaramillo Uribe 1996).

que Fernández resalta y parece defender en este pasaje, tiene en otro momento de la novela un sabor amargo: “¡La realidad! ¡La vida real! ¡Los hombres prácticos!... ¡Horror!... Ser práctico es aplicarse a una empresa mezquina y ridícula” (296).

En el pasaje nacional, lo que el proyecto necesita no son cuerpos como los del protagonista, débiles y enfermos. Se requiere de cuerpos vigorosos, saludables, útiles, productivos y llenos de energía. Cuando esta imagen entra en contradicción con un cuerpo degenerado como el de Fernández, la contradicción se vuelve productiva, convirtiendo el discurso nacional en un discurso de resistencia: un cuerpo degenerado que anuncia un discurso nacional de regeneración. Su cuerpo es evidencia de la imposibilidad de esta tarea. El cuerpo de José Fernández es el cuerpo nacional que debe ser regenerado.

## **5.9 REGENERAR *ES* ABANDONAR**

Siguiendo los argumentos esgrimidos por Fernández hasta aquí, para llevar a cabo con éxito su plan hay que poner en marcha las siguientes estrategias: resolver en primera instancia la cuestión económica siguiendo los modelos de civilización europeos y estadounidenses; volver aprovechables para el proyecto civilizatorio los rasgos de las “tribus salvajes” y los recursos naturales; hacerle el juego a la burocracia política; y promover la inmigración.

Silva presenta así un cuadro desolador del régimen que imperaba en el momento. El autor nunca hizo explícita una crítica al gobierno de La Regeneración en forma de ensayo pero convierte el 10 de julio de su diario en el espacio literario y político para denunciar lo que parece percibir como el despotismo de dicho gobierno, sin que por esto salga bien librado cualquier otro

partido. Podrían arrojarse varias hipótesis sobre el punto de vista desde el cual el autor está hablando: la versión de un testigo que se encuentra amordazado por tener que aceptar un puesto en el gobierno regenerador, un espectador fascinado ante el cuadro político casi demencial en el que los actores son los políticos del momento o mejor, un escritor con alma de poeta que no es testigo mudo, pero que recreando en el espacio literario la escena política logra develar el corazón de sus estrategias regeneradoras.

Tanto el autor como el protagonista se encuentran atrapados en un mundo que al no reconocerlos como hombres productivos continuamente los mantiene al margen del sistema. Sin embargo, hay en Silva, a través de este discurso nacional, una voz que está denunciando el lenguaje político imperante. ¿Su arma de lucha? El lenguaje mismo de la regeneración. La Regeneración por tanto, no es solo el nombre de una etapa dentro de la historia política colombiana, en la novela de Silva se trata de un lenguaje político que define los límites de lo decible. Silva se apropia de él para hacerlo funcionar como arma crítica de la política del momento. Haciendo uso de este vocabulario Silva ataca las estructuras mismas el proyecto: el clero y la aristocracia conservadora (260). Al ensalzar la tiranía de una dictadura conservadora, a costa de unos “miles de indios infelices”, Silva radicaliza su gesto crítico contra el proyecto regenerador, mostrando cómo los abandonados del proyecto son las masas populares, frente a la cual se construye una elite política regeneradora. Sin embargo, este gesto hace parte de una crítica más general a la desmesura y la “locura” del proyecto regenerador, donde lo que está en juego es la vida misma de los sujetos nacionales.

Regenerar implica ordenar política, social y moralmente al país (262). Esta es la fórmula que Silva percibe y plasma en todo el pasaje. ¿Los medios? La explotación de los recursos, la fomentación de la industria, la educación, la inmigración, es decir, la regeneración. Regenerar

supone entonces la existencia de un territorio y una población estancados en el tiempo, presos de un atraso material que los condena al salvajismo y que les impide subirse a la máquina civilizatoria. A ella no se pueden subir los débiles, los insolentes, los enfermos, los indígenas, los que no tienen un oficio o un trabajo útil, tampoco los artistas, filósofos o intelectuales meditados que no pueden solucionar los problemas más apremiantes e inmediatos de la Nación.

A través de su narrativa el escritor pone de presente cómo el discurso político del momento no está ligado a un gobierno en particular sino a todo un *lenguaje político*, una conceptualización de la práctica política que en el acto de proponerse como marco nacional incluso promueve algo más que la sistemática exclusión de la población que dice pretende regenerar. El lenguaje de la regeneración, aquel que reclama una “tierra regenerada” (263), no termina simplemente excluyendo a la población llamándolos “tribus salvajes” (259, 261), “indios infelices” (260), “oclocracia” (260)<sup>55</sup>, sino que al nombrarlos dice incluir solo algunos rasgos “aprovechables” para la nación: su “vigor violento” (259), “indolencia dejativa” (259) y “fiereza y gallardía” (261). Haciendo esto los invalida como sujetos nacionales y así los abandona, se retira de ellos, dejándolos expuestos para ser eliminados. El éxito de la regeneración será el puro abandono.

Cuando Fernández hace alusión al exterminio indígena en “la americana del sur”, propone como una posible estrategia para alcanzar este propósito el de impulsar una guerra en la que tengan que “sucumbir” “miles de indios infelices” (260). Prestemos atención al lenguaje aquí. A pesar de que Fernández afirma que hay que “recurrir a los resortes supremos para excitar al pueblo a la guerra”, el resultado no será “que *mueran* unos cuantos miles de indios infelices”

---

<sup>55</sup> Quiere decir gobierno de la muchedumbre o plebe.

sino “que *sucumban* unos cuantos miles de indios infelices”. Se trata de dejarlos sucumbir, como cuando alguien sucumbe ante una peste inevitable o ante el cansancio. Fernández propone un plan donde ante el exceso de cuerpos improductivos no se trata de matarlos, sino de *dejarlos morir*. Esta es la prueba reina de su *abandono*, es decir, no son simplemente excluidos sino abandonados: expuestos para dejarlos morir. Así percibimos la otra cara de la irradiación con su proyecto regenerador, el abandono. Irradiar las provincias quiere decir abandonar sus poblaciones.

Ya que no tienen el status de ciudadano, no son “nacionales” o “colombianos”, sino “miles de indios infelices”, la ley queda suspendida de ellos, no hay nadie a quien reclamar su muerte, pues no murieron, sucumbieron. Al suspender la ley sobre ellos los convierte en matables. El proyecto nacional se muestra como un proyecto biopolítico producido a partir de una lógica de regeneración. A través del pasaje nacional, Silva muestra cómo esta lógica de regeneración emerge como una sola política que se gesta desde dos lugares de enunciación: el liberalismo y el conservadurismo.

Silva da cuenta del modo en que “tierra regenerada” no es solo el slogan de un gobierno sino el lenguaje que define los parámetros del escenario político. La especificidad discursiva de este lenguaje se encuentra en el modo en que resitúa las relaciones entre estado, nación y ciudadanía. Regenerar no solo era la etiqueta para las nuevas medidas económicas y políticas que según el gobierno había que poner en marcha, era además el modo de interpretar la nueva identidad política de la nación. Re-generar en este caso quiere decir dar *vida nueva* a la población nacional en términos intelectuales, morales y sociales (262). Y ¿qué significa “dar vida nueva” a una población? Significa abandonarla. Más radical que exigir meramente su transformación, se abandona todo lo que hay en ella que no encaja dentro del modelo ciudadano.

Fernández cierra su discurso recordando “que los problemas que a sus padres les parecieron insolubles, se resolvieron casi de por sí al fundar un gobierno estable y darles ocupación a los vagos, al cultivar la tierra y al tender rieles que facilitarán el desarrollo del país” (264). La estabilidad del gobierno se asocia con la centralización administrativa y política promovida por el gobierno conservador para contrarrestar el “caos” en el que había quedado el país después del régimen liberal. Para que reine la estabilidad y la prosperidad económica la vagancia deberá ser extirpada (264), la tierra cultivada (262) y la comunicación entre las regiones entablada (259).

Fernández clausura su discurso:

-Yo estaba loco cuando escribí esto, no Sáenz, exclamó Fernández, interrumpiendo la lectura, dirigiéndose al médico y sonriéndole amistosamente...

-Es la única vez que has estado en tu juicio, contestó Sáenz con frialdad... Y entonces qué te detuvo, di, ¿qué te detuvo para hacer eso que habrías podido hacer y que era grande, enorme? preguntó Cordovez con su entusiasmo de siempre. [...]

Los pasteles trufados de hígado de ganso, el champaña seco, los tintos tibios, las mujeres ojiverdes, las japonerías y la chifladura literaria, contestó Oscar Sáenz con displicencia, desde su sillón perdido en la sombra.

Eres más psicólogo que fisiólogo, respondió Fernández. (265)

Este juego de preguntas y respuestas acerca de la locura y la decadencia es clave. Mientras que Fernández concluye afirmando que su discurso es definitivamente una locura, y así termina confirmando el modo en que percibe el proyecto político del momento, sus amigos no piensan lo mismo. Ellos reconocen en la “locura” de Fernández un estado de juicio y en su plan un proyecto “grande, enorme”, a su parecer debió “haberlo realizado de parte a parte...” (265). Esta disonancia entre la opinión de Fernández y la opinión de sus amigos es reveladora de la existencia de una elite que reconocía como válido y propio un proyecto político concebido en



tierra extranjera, un modelo que aunque desproporcionado frente a la realidad nacional, creían debía ser aplicado.

Es clave que Silva apele a la locura para reconocerse como parte de los grandes poetas y literatos europeos que fueron sentenciados por Nordau y que sea precisamente la locura la que lo posee para proclamar este discurso. La primera locura es la de un degenerado, la segunda la de un regenerador. La estructura del discurso en su exceso y su delirio es la mejor forma de desestabilizar el proyecto político de la regeneración y así mostrar sus dinámicas internas. La ironía termina siendo productiva no solo en el sentido en que reduce a lo absurdo el discurso político del momento sino en la medida en que nos deja ver cómo el eje central de su discurso es el abandono de la vida política.

El pasaje nacional tiene su propia lógica. La novela en su conjunto parece una gran pintura en la que el escritor se detuvo para agregar un trazo que parece no corresponder con la composición del cuadro en su conjunto, por lo cual, como espectadores, nos cuesta identificar este trazo como parte de la obra, cuando en realidad este es una obra, política en este caso, con sus propios secretos, vicios y virtudes. El pasaje nacional solo tiene sentido *dentro de* esta obra modernista y decadente, que es su ambiente natural. Su particular estilo le permite a Silva distinguir esta sección de las demás. El valor del pasaje no se halla en su correspondencia con el pensamiento del autor, ni en el virtuosismo poético por el cual ha sido recordado. Este discurso es testimonio de un periodo de la historia colombiana que logra plasmar el espíritu de una época, develando cómo la retórica política solo daba dos opciones: regenerar o morir, hasta que regenerar *sea* morir, dado que muchas veces habrá que abandonar en el camino a “unos cuantos miles de indios infelices”.

El lenguaje de la regeneración cobra vida en este pasaje de Silva en el que se inventa triunfalmente la nación. Aunque esta invención parece correr paralela a su fracaso, ya que los ideales de este gobierno no lograron alcanzarse, este “fracaso” es al mismo tiempo su “éxito” más claro. La simultánea posibilidad e imposibilidad del proyecto nacional tiene su origen en la idea misma que le da fuerza a este discurso: la regeneración nacional. La luz de la modernización que ilumina a la población que supuestamente debe ser regenerada, no busca tanto irradiarla como abandonarla, en la medida en que mantiene el poder en las manos de una elite. “Degeneración”, al menos en la novela, es el lugar que Fernández encuentra para elevar su voz en el contexto de la “regeneración” política.

El protagonista hace una apuesta por la explotación económica y la inyección de población nueva al territorio, pero no como alternativas viables. Teniendo en cuenta el modo en que se inaugura y se clausura el pasaje sus propuestas representan el puro desencantamiento con el mundo o acaso una mueca que desestabiliza el juego instaurado por el poder político. Lo que vemos en el pasaje nacional es el lenguaje de la regeneración llevado hasta sus límites: el genocidio.

En este pasaje nacional, Silva se reapropia del lenguaje político de la época produciendo un discurso multiforme que deja al lector perplejo con sus frases rimbombantes. El autor abandona su lugar como intelectual, poeta, artista y así la profunda sensibilidad que inunda la descripción de sus amores, sus aventuras, sus enfermedades, sus placeres y sus múltiples encuentros con lo divino y lo humano. Se pone el traje de orador, incluso el de dictador, como lo dice él abiertamente (260) y hace una declaración que se extiende varias páginas ¿Está Silva a través de José Fernández convirtiendo la escena política en un jugueteo que se asemeja a una comedia? Al fin y al cabo el pasaje es una declaración de resistencia, ¿el recurso? la ironía, ¿el objetivo? los

regeneradores, ¿la alternativa? la “degeneración”, que para nada es una respuesta utópica, sino lo que corresponde a un alma nihilista como la del poeta colombiano.

## 6.0 SOBERANÍA Y EXCEPCIÓN EN *EL ZARCO* DE ALTAMIRANO

*Era la ley de la salud pública armando a la  
honradez con el rayo de la muerte.*

*(Altamirano 1901, 326)*

En los excesos de la violencia estatal se construyen las imágenes sobre la nación, se recrea el sentimiento nacional, se confunden la utopía y las perversiones del poder, nace el tirano y también el bandido, nace el ciudadano y también su otro. Se resquebraja el monopolio de la violencia y desde sus fisuras el estado busca imponer su ley, pero su ley no solamente aclara sino oscurece, es decir, en nombre de la nación y en su intento por ordenar lo social convierte a sectores de la población en sujetos susceptibles de ser eliminados. En este escenario se encuentran tres figuras: el soberano, el justiciero y el bandido. A propósito de la cuestión del poder estatal y el sometimiento y negociación de los sujetos con este poder, la novela *El Zarco. Episodios de la vida mexicana en 1861-1863* (1888), de Ignacio Homobono Serapio Manuel Altamirano (1834-1893), resulta iluminadora.

El personaje de la novela sobre el cual quiero centrar este análisis es el de Martín Sánchez Chagollán, a quien Altamirano describe como el “ángel exterminador” (308). Él es la figura que conecta al soberano con el bandido. Según la descripción bíblica el ángel exterminador es la última plaga que Dios envía para liberar al pueblo de Israel. Él es el

encargado de quitarle la vida a todos los primogénitos egipcios, desde el del Faraón pasando por el del esclavo hasta la primera cría del ganado. Alerta sin embargo a los israelitas: “cuando el Señor pase por el país para herir de muerte a los egipcios, verá la sangre en el dintel y en los postes de la puerta, y pasará de largo por esa casa. No permitirá el Señor que el ángel exterminador entre en las casas de ustedes y los hiera” (Éxodo 12-23). Este poder para decidir sobre la vida y sobre la muerte es crucial: el ángel exterminador actúa en nombre de Dios, este es a quien Dios otorga el poder de matar, esto quiere decir que el ángel tiene una función decisiva. Su rol será confirmar el verdadero significado de las plagas enviadas a Egipto: demostrar el poder del soberano.

La novela de Altamirano pone a funcionar un triángulo de poder que permite interpretar desde una nueva perspectiva el discurso de construcción nacional del siglo XIX latinoamericano, un triángulo compuesto por Martín Sánchez, el justiciero; Benito Juárez, el soberano; y el Zarco, el bandido. Se trata de una relación cuya relevancia narrativa y política ha quedado al margen dentro de la crítica realizada sobre la novela. Los tres en alguna medida se ubican al mismo tiempo fuera y dentro de la ley, o, en términos de Giorgio Agamben, en un umbral en el que la ley es suspendida (1995). Es en este espacio donde pueden encontrarse. Tanto el bandido como el justiciero son producidos por el soberano y están articulados a él. Como veremos, el primero, el bandido, será llamado y puesto a trabajar para el estado en un momento en el que este necesita aplacar el poder de sus rivales (los conservadores); y el segundo, el justiciero, se pone al servicio del soberano para actuar como mediador en la relación entre el soberano y su propia creación, es decir, el bandido. Este triángulo del poder soberano queda puesto en juego en la escena descrita por Altamirano en *El Zarco*, la cual tiene un tono de testimonio histórico: el encuentro entre Benito Juárez (literalmente el Presidente de la República) y Martín Sánchez. Aunque por

supuesto forjar una identidad nacional común era una preocupación primordial, la tarea más importante dentro de la cultura política de la época era la formación del estado. Teniendo en cuenta este propósito histórico, podemos resistir efectivamente las lecturas de la novela en términos de una “narrativa nacional”, las cuales definen las tensiones entre estos personajes como una preocupación por la producción de hegemonía nacional, cuando la cuestión central aquí es la afirmación de la soberanía. El lenguaje sobre el cual se basa el discurso del Estado es el lenguaje de la regeneración, en la medida en que representa una promesa de nueva vida para la nación. Se trata de una lógica que configura el lenguaje político del momento y que busca poner en funcionamiento las políticas del poder central desde las metrópolis. Tomando este triángulo de poder, y poniendo especial atención a la figura de Martín Sánchez (el justiciero), mi propósito en estas páginas es dar cuenta del funcionamiento del lenguaje de la regeneración y su inversión en lo que aquí llamaré, siguiendo a Agamben, figuras de excepción: el soberano, el justiciero y el bandido.

## **6.1 DEL "NIÑO DE RAZÓN" A LA FUNCIÓN PEDAGÓGICA DE LA NOVELA**

En su biografía de Altamirano, Herminio Chávez Guerrero narra cómo en medio del caos social generado por la Guerra de Independencia “bajó de las montañas un niño indígena (...) mendigando en su lengua nativa un mendrugo” (1985, 21). Este niño llegó a Tixtla y fue acogido por el criollo Francisco Altamirano, quien lo adoptó, lo bautizó y le dio su nombre y apellido. De adulto desempeñaría el cargo de Alcalde de Indios y se casaría con Juana Gertrudis Basilio.

Estos habrían de ser los padres de Ignacio Homobono Serapio Manuel Altamirano.<sup>56</sup> Aunque su padre era indígena y su madre mestiza, la referencia a Altamirano como “indio de pura sangre” o “de pura raza” es una alusión frecuentemente utilizada por historiadores y críticos (ver Blanco García 1894, 311; Rosenberg 1930, 14; Stabb 1959, 410; Palazón Mayoral y Galván Gaytán 1997, 99-100; Segre 2000, 267; Cruz 1994, 79; and Lund 2006, 91 entre otros). La figura de Altamirano como escritor mexicano ha sido construida con base en esta asunción, etiqueta que sería utilizada para darle validez a los argumentos sociales del escritor, y sería uno de los parámetros que definiría el modo en que su literatura sería leída. Altamirano construiría una imagen pública de sí mismo como vocero del mundo indígena y sería un participante activo en el proyecto de construcción de la identidad nacional.<sup>57</sup> El elemento indígena en sus escritos siempre tuvo una función importante y debía estar incorporado en el proyecto nacional pero amalgamado con el modelo liberal de individuo. El escritor defendería la necesidad de producir un sujeto nacional que al mismo tiempo que reconoce su origen y sus tradiciones está preparado para montarse en el tren del progreso.<sup>58</sup> Esta lógica del progreso en el México liberal ha sido pensada, como se sabe, en términos de “mestizaje”. Altamirano representa al indio convertido en mestizo, des-indianizado, que al mismo tiempo que defiende el lugar del indígena en el proyecto

---

<sup>56</sup> “Según le hizo ver un corresponsal a González Peña, de acuerdo al *Calendario de Galván*, el 13 de noviembre es el día de San Homobono y el 14 de noviembre el de San Serapio –en realidad es San Serapión-, y esto parece querer afirmar la costumbre de que las personas lleven el nombre correspondiente al día del santo en que nacieron [...]” (Tola de Habich 1984, xi).

<sup>57</sup> Ver, por ejemplo, Palazón Mayoral y Galván Gaytán (99).

<sup>58</sup> Tanto Stabb (1959, 410, 414-415) como Powell (1968, 23) hacen referencia a la controversia que se produjo entre Altamirano, Justo Sierra y el conservador positivista Francisco G. Cosmes (los tres editores del reconocido periódico de la capital *La Libertad*) en 1883 acerca de la educabilidad del indígena. Mientras que Altamirano y Sierra apoyan la instrucción primaria obligatoria para los indígenas, Cosmes rechaza la propuesta arguyendo que no es posible “penetrar en los inaccesibles abrigos de la raza indígena”, y más aún, un proyecto como este “priva, en parte, al indígena de un instrumento de trabajo y producción: sus hijos”. Concluye que “es inútil porque de nada sirve al indígena saber leer y escribir; esto no cambia su suerte” (citado por Powell 415). Altamirano y Sierra se encuentran precisamente en contra de esta posición, su preocupación está dirigida a cambiar la “suerte” del indígena y uno de los mecanismos fundamentales para dicha transformación será la escritura. La asunción que conecta a los tres interlocutores es la idea de que el “atraso” de las comunidades indígenas le concierne directamente a un proyecto de construcción nacional.

nacional apela a su necesaria transformación. Esta doble condición identitaria de indio-mestizo construida a nivel discursivo le permitirá negociar con una sociedad excluyente y generalmente eurocéntrica, justificar su visión de los problemas nacionales y acceder al escenario político.<sup>59</sup>

Gracias al cargo de su padre como Alcalde de Indios, Altamirano entra a la Escuela Elemental donde se enfrenta al sistema de castas, herencia de la época de la Colonia. En la escuela se distinguía a los “niños de razón” (hijos de españoles, criollos y mestizos ricos) de los “niños sin razón” (indígenas y mestizos pobres). Logra salvarse de ese destino “sin razón” gracias a la petición de su padre a don Cayetano de la Vega, director de la escuela, para que el alumno fuera transferido de casta: “— ¡Fuera de aquí el indio! El maestro aplacó los ánimos. — ¡Este niño desde hoy “ya es de razón”! ” (Chávez 1985, 39).<sup>60</sup> Esta inclusión dentro de la casta de los racionales sería el primer paso en el tortuoso camino de relaciones con las instituciones educativas. La lucha del padre de Altamirano por que su hijo fuera incluido dentro del sistema educativo sería continuada por el escritor a través de sus artículos políticos y novelas que buscaban dispersar la luz de la razón a la nación entera a través de la educación.

Altamirano es hijo de este sistema educativo en el que el imperio de la razón debía gobernar sobre las conciencias de los nuevos ciudadanos. La institución educativa, entonces, se convierte en el instrumento esencial para la formación de la identidad nacional, la cual le otorga o arrebató a los sujetos el status de ciudadano e incluso, a través del sistema de castas, su lugar

---

<sup>59</sup> Como por ejemplo en su discurso sobre la *Educación Popular* pronunciado en el año de 1870 ante el presidente Juárez: “... yo también soy hijo de la beneficencia; yo también, nacido de la clase más humilde y menesterosa, en la clase indígena, he debido mi instrucción a la beneficencia de mi pueblo y la Instrucción Secundaria a la beneficencia del gobierno liberal y a la de un digno noble español que no puedo recordar sin la más tierna gratitud” (1870b, 211). Así también en uno de sus textos más impresionantes por su dramatismo y su crítica feroz a la iglesia, titulado en las *Obras Completas* “Bosquejos. El Maestro de escuela”, Altamirano aclara que “el cura se permitía olvidar que yo era indio también” (1871, 99).

<sup>60</sup> Chávez Guerrero en su biografía cita aquí al profesor don Luis de la Brena, exalumno de Altamirano en la Escuela Normal de México, quien cuenta esta anécdota en una conferencia dictada en 1934 con motivo del Primer Centenario del nacimiento del escritor.



como hombres racionales o no racionales. En un mundo donde lo que define a los hombres de la república es la racionalidad que alcanzan a través de la luz de la ilustración, los “niños sin razón” quedan reducidos al mundo de las sombras: donde no hay razón no hay vida política.

La lucha de Altamirano a lo largo de su vida política se encaminaría a promover la universalización de la educación, y el género de la novela ocuparía un rol fundamental en este proyecto. Como muchos de su generación, ve en la novela el instrumento perfecto para permitir que la masa lograra atravesar el tortuoso puente que él había tenido que recorrer para pertenecer a la “gente de razón”. La novela debería irradiar un orden social y cultural deseado para una nación en formación.<sup>61</sup> Esta función educadora de la novela en Altamirano ha sido identificada por la crítica: mientras que Sosa describe la narrativa de Altamirano como “instructiva” (1901, 13), Escalante la interpreta como “cuasipedagógica” (1997, 194) y Sommer resalta en ella su propósito didáctico (2004, 292).

El poder de la novela para Altamirano se encuentra en su capacidad para regenerar a la población, transformarla. De este propósito deja constancia en varios de sus artículos políticos. La novela para él deberá tener tres propósitos claros: la formación de una identidad nacional, la ilustración y la propagación de un orden moral. De acuerdo con el autor, el género novelístico deberá poseer un “color americano propio” (1868, 36), al mismo tiempo que deberá reconocérsele su “misión patriótica” (37), para que no sean los extranjeros, aunque sea el mismo

---

<sup>61</sup> Altamirano pertenece a una tradición intelectual que incluye a Domingo Faustino Sarmiento y Alberto Blest Gana y que durante el XIX reconoció en la novela dos funciones principales. Por un lado, una función política basada en la idea de la construcción nacional y por otro lado una función pedagógica que buscaba, al menos a nivel retórico, la educación de los pueblos. La literatura junto con el periodismo, el ensayo, la oratoria y la poesía se convirtieron en contextos de lucha política que reconocían como su tarea primordial estar al servicio de la nación. Con la independencia y la posterior tarea de ordenar y pacificar los territorios nacionales, los intelectuales del XIX desarrollaron una conciencia histórica que daría forma a la producción de lo que se llamaría *literatura nacional*. En sus “Revistas Literarias de México (1821-1867)” (1868) Altamirano reflexiona ampliamente sobre la cuestión de la literatura nacional, realizando además una impresionante historiografía de la literatura mexicana en la que registra hechos literarios, políticos, personalidades nacionales y libros importantes entre otros.

Humboldt, los que describen a la nación mexicana, sino que los mexicanos puedan decir: “Así somos en México” (38). Para el autor la novela tiene un propósito sublime que va más allá de lo literario, de ahí que insista en que

es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el objeto social, la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la Biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario. (39)

Tal es el poder de la novela. Bajo su “forma agradable y atractiva” lleva a cabo la tarea de “instrucción de las masas” (48), contribuyendo además en “el progreso intelectual y moral de los pueblos modernos” (Ibíd.). El género novelístico no solo tiene la función de ilustrar sino también de educar moralmente a las masas. Es para Altamirano un instrumento tan poderoso que así como es capaz de enderezar el espíritu también es capaz de corromperlo cuando está basado en una idea inmoral, causando así grandes estragos (Ibíd.). En la medida en que la novela afecta y es capaz de modelar el carácter de los sujetos, su papel es central para el proyecto político liberal. De ahí que Altamirano defienda la necesidad de “arrojar en las masas el bendito germen de la ilustración que más tarde debía fructificar y producir la paz y la dicha” (Altamirano 1869b, 41). Ilustrar es la tarea estatal más urgente, y la novela es una de sus armas más efectivas, así quedaría consignado en muchos de los discursos políticos de la época. La imagen de la semilla —“el germen”— que es arrojada sobre la tierra, dando frutos que se reflejarán en el bienestar de la nación —“la paz y la dicha”—, demuestra una comprensión particular de los sujetos nacionales que era frecuente entre las figuras políticas de estos tiempos.<sup>62</sup> La población es

---

<sup>62</sup> La metáfora de la semilla tiene una carga semántica e histórica fundamental en México ya desde que Gabino Barreda la convirtió en el centro de su famoso discurso *Oración Cívica* (1867). Ver Lund 2006, 82.

percibida como un terreno baldío que debe ser cultivado y puesto a producir.<sup>63</sup> Es así que los sujetos nacionales, o *potencialmente* nacionales, son reducidos a entidades vacías, o mejor, cuyo contenido debe ser vaciado y llenado con la luz de la ilustración. Arrojando en las masas el “germen” se logrará generar nueva vida, para ser más precisos, la posibilidad de la vida política.

La función pedagógica de la novela para Altamirano está directamente ligada con una función moral que el novelista no deberá perder de vista. Altamirano sostiene: “Pero nosotros deseamos la moral ante todo, porque fuera de ella nada vemos útil” (1868, 51). La cuestión moral es inteligible como un problema de carácter nacional para Altamirano, y aquí el estado y sus instituciones deben asumir un rol activo.<sup>64</sup> Si la moralidad de los pueblos modernos es la víctima o principal beneficiaria del género novelístico, entonces al novelista le corresponde una tarea de grandes proporciones: promover los “principios de regeneración moral y política” reconociendo en la novela un “órgano poderoso de propagación” (1868, 51). Regenerar moral y políticamente a la sociedad es una idea que modelará el discurso político de Altamirano y que supone la existencia de una población que se encuentra en estado de degeneración y cuyas costumbres y comportamientos necesitan ser transformados. Para Altamirano la tarea de regenerar a la población pasa por su irradiación a través de la novela con el fin de producir al sujeto políticamente responsable, es decir, el ciudadano en toda su plenitud. Veremos cómo los obstáculos con los cuales se enfrentará este proyecto mostrarán la otra cara de regeneración, el abandono.

---

<sup>63</sup> Esta no es solo una referencia metafórica, sino política. El proyecto de colonización de los “terrenos baldíos” en México fue un proyecto real de reorganización de la tierra que fue objeto de grandes debates. Ver, entre otros, González Navarro (1960), Hale (1989), Lund (n.d.).

<sup>64</sup> Haciendo hincapié en la articulación entre un ordenamiento moral y otro nacional, Amy Robinson comenta a propósito de *El Zarco*: “Altamirano’s portrait of Mexican customs ultimately explains that the only thing separating the heroes from villains is moral entitlement. Nicolás and Martín Sánchez become heroes in spite of the corrupt state authority because the national problem is, in fact, the institution of authority’s inability to define and enforce a national sense of right and wrong.” (2003, 17).

Por tanto, la novela como literatura nacionalmente auténtica, con una misión patriótica y un propósito sublime (intelectual y moral), está ligada a una preocupación en últimas más fundamental para Altamirano: la necesidad de resolver la distancia existente entre una elite social y la masa.

La novela (...) es el género de literatura más cultivado en el siglo XIX y el artificio con que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender a las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil que aceptasen (...) (1868, 39). [...]

Quizás la novela está llamada a abrir el camino a las clases pobres, para que lleguen a la altura de este círculo privilegiado y se confundan con él. Quizás la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir. ¡Quien sabe! El hecho es que la novela instruye y deleita a ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que aún teniéndolas, no poseería su clave; el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte. (56)

Altamirano explica la distancia existente entre la elite y la masa. Identifica la relación jerárquica entre un grupo y otro al describir por un lado a los “hombres pensadores”, “inteligencias superiores”, el “círculo privilegiado” que se encuentra, como lo dice él, en lo alto (“para que lleguen a la altura de este círculo...”) y por otro lado el acto de descender “a las masas del pueblo infeliz” (57), al nivel de las “clases pobres”. La novela es el género que permitirá “la nivelación de las clases por la educación y las costumbres” (48). Ella es por excelencia la lectura del pueblo, el género que populariza los acontecimientos de la historia nacional. Teniendo en cuenta este carácter pedagógico, mediador y en últimas transformador del género novelesco en

Altamirano, pasemos a analizar un objeto concreto y objeto central de este capítulo, la novela misma de Altamirano, *El Zarco*.

## 6.2 HISTORIA Y CRÍTICA DE LA NOVELA

Altamirano comienza a escribir su novela en 1874, la termina en 1888 y finalmente es publicada póstumamente solo hasta 1901.<sup>65</sup> Se trata de una obra comúnmente inscrita en el género de la “novela de bandidos” y leída como una historia que se inscribe dentro del proyecto de construcción nacional. La novela narra dos historias de amor entrelazadas. Primero, leemos la historia del Zarco, personaje semi-histórico y uno de los jefes de bandidos más reconocidos por la fama de su crueldad y de su valor temerario, y su relación con Manuela, quien desde conocerlo queda deslumbrada con su presencia. Allí nace “un afecto en que se mezclaba la simpatía, la codicia y la vanidad como en punzante y sabroso filtro” (166). Esta descripción del carácter perverso que caracterizó desde su nacimiento el amor entre los dos ya ofrece indicios al lector de lo que será un trágico desenlace. El fracaso de la relación entre Manuela, una joven que Altamirano describe como de buena familia, altiva, soberbia, de rasgos finos, blanca y de sonrisa burlona, y el Zarco, el bandido de ojos azules acostumbrado desde joven al vicio, contrasta con la segunda historia de amor, la alianza entre dos modelos de ciudadanía: Pilar y Nicolás. Ella, una muchacha morena, “con ese tono suave y delicado de las criollas que se alejan del tipo español sin confundirse con el indio” (111) y de carácter diametralmente opuesto al de Manuela,

---

<sup>65</sup> La primera edición de *El Zarco* es de Barcelona, de 1901, ocho años después de la muerte de Altamirano y trece años después de haber sido entregada por su autor al editor Santiago Ballestrá. El editor justifica el retraso en su publicación afirmando que “confiado el mismo original a un copista para que sacase reproducciones, extravió parte de él y no lo logré recobrar hasta hace poco, cuando ya empezaba a desesperar de conseguirlo” (Ballestrá 1901, 7).

y él un “joven trigueño, con el tipo indígena bien marcado, pero de cuerpo alto y esbelto, de formas hercúleas, bien proporcionado y cuya fisonomía inteligente y benévola predisponía desde luego en su favor” (125). Nicolás, llamado por Manuela “indio horrible” es descrito por el autor como un hombre honrado, de buenos principios y trabajador. Mientras que la primera pareja termina trágicamente, la segunda termina en matrimonio.

Entre Manuela y el Zarco comienza a nacer una intensa pasión, la cual era alimentada por varios encuentros protegidos por la oscuridad de la noche, ya que ni la madre, ni el pueblo, podían enterarse que una dama como ella mantenía una relación con uno de los bandidos más temidos de la región. Finalmente Manuela decide fugarse con el Zarco para comenzar a gozar de una vida que ella soñaba iba a estar llena de grandes aventuras. Al descubrir el mundo de su amante queda horrorizada. Inmediatamente se da cuenta de que ha cometido un grave error y que aquella vida desordenada y llena de vicios no es para ella. Manuela se siente atrapada, en una “madriguera”, y entonces comienza a darse cuenta de la bondad de Nicolás “¡qué alma tan hermosa tenía!” (1901, 279) mientras que el Zarco “no era más que un perverso sin entrañas que se complacía en aumentar su tormento” (300).<sup>66</sup> El narrador explica que todo este “cuadro de desorden, de vicio y de miseria” (223) era iluminado por un “rayo de sol”: el amor que nacía entre Pilar y Nicolás, “dos corazones buenos” (Ibíd.).<sup>67</sup> La descripción de los personajes en estos

---

<sup>66</sup> Popoca Palacios (1912) explica que el personaje de Manuela es un personaje histórico, Homobona Merelo, joven rubia y hermosa, oriunda de la región de Oacalco. Sin embargo, la historia “real” es muy diferente, más aún se invierte la narrativa de Altamirano. En *El Zarco*, el objeto original de deseo de Nicolás es Manuela, a quien ella no se cansa de describir como “indio horrible”. Al final Manuela se arrepiente de haberlo juzgado tan injustamente y más aún, al final sus ojos lo ven como un héroe. En la narrativa de Popoca Palacios la figura de Nicolás es el pretendiente de Manuela que para ganar su confianza, gratitud y lealtad contrata secretamente al temido bandido Salomé Plasencia —modelo para *El Zarco*— para secuestrar a su amada. Esto bajo el compromiso de que más tarde será salvada por su pretendiente (Nicolás en la novela). De acuerdo con Popoca Palacios la conspiración es descubierta por Manuela, el pretendiente termina humillado, Manuela y Plasencia se enamoran y terminan juntos hasta el final de sus días.

<sup>67</sup> El nacimiento de este “amor bueno” y la muerte de la madre de Manuela tras la huida de su hija, por el otro, son dos eventos narrativos que se complementan y equilibran la historia en el sentido de que responden a una estructura moral de compensación y castigo que a Altamirano le interesa resaltar.

términos, haciendo alusión constante a su carácter, nos indica la preocupación de Altamirano por encasillarlos como virtuosos o viciosos. Nicolás, el indio-ciudadano, termina triunfando sobre el Zarco, el bandido. Su triunfo proviene del hecho de que no se trata solo de un indio sino de un “indio, pero...”: “se conocía que era un indio, *pero* no un indio abyecto y servil” (125); “con el tipo indígena bien marcado, *pero* de cuerpo alto y esbelto, de formas hercúleas, bien proporcionado y cuya fisonomía inteligente y benévola predisponía desde luego en su favor” (Ibíd.). Nicolás es la encarnación de una tabla de valores asociada con la ciudadanía, un indio desindianizado, reformado y productivo, “un hombre culto ennoblecido por el trabajo”, “estimable obrero” (328). El autor valida y exalta los valores de la ilustración y aquellos propios de una sociedad modernizante como los que debería aplicar al indio mexicano para convertirse en un buen ciudadano. Mientras el Zarco se escapa, se niega a ir a la escuela y abandona el trabajo, Nicolás se alfabetiza voluntariamente, se inserta en el mundo laboral y al final está a punto de formar una familia.

Por otro lado, la figura del bandido en la novela de Altamirano se encuentra asociada con todo un catálogo extenso de malos hábitos y crímenes: el peligro, el asalto, el horror, la matanza, los raptos, los incendios y el exterminio. Según el autor

los bandidos de la tierra caliente eran sobre todo crueles. Por horrenda e innecesaria que fuese una crueldad, la cometían, por instinto, por brutalidad, por el solo deseo de aumentar el terror entre las gentes y divertirse con él. El carácter de aquellos *plateados* (tal era el nombre que se daba a los bandidos de esa época) fue una cosa extraordinaria y excepcional, una explosión de vicio, de crueldad y de infamia que no se había visto jamás en México. (1901, 104)

Las acciones del bandido están gobernadas por “el instinto” y el deseo; la razón se encuentra ausente. El Zarco es corrupto por naturaleza. El vicio entonces es producto no tanto de

una mala educación como de una especie de huella de nacimiento. Ni siquiera la educación familiar puede salvar a un alma perdida como la del Zarco:

Así, repasando en su memoria todas las escenas de su niñez y de su juventud, encontraba que su carácter bravío y duro había rechazado siempre todo afecto, todo cariño, cualquiera que fuese, no habiendo cultivado sino aquellos de que había sacado provecho. Hijo de honrados padres, trabajadores en aquella comarca, que habían querido hacer de él un hombre laborioso y útil, pronto se había fastidiado del hogar doméstico, en que se le imponían tareas diarias o se le obligaba a ir a la escuela, y aprovechándose de la frecuente comunicación que tienen las poblaciones de aquel rumbo con las haciendas de caña de azúcar, se fugó, yendo a acomodarse al servicio de un caballerango de una de ellas (163).

No hay entonces modo de escapar a este destino fatal, aún con las enseñanzas de “honrados padres”. Vuelve aquí el autor a referirse al carácter del personaje, el cual además de ser vicioso, cruel e infame, de acuerdo con esta cita es además “bravío y duro”, es decir, tan susceptible de ser transformado como las piedras mismas. En el caso del bandido ni la honradez puede ser enseñada, se es bandido por naturaleza. El trabajo útil, la familia, la educación, todos estos elementos altamente valorados por Altamirano y centrales para el discurso del liberalismo y el progreso de la sociedad moderna son incompatibles con la personalidad del Zarco. Verlo en el campamento de bandidos rodeado por sus colegas, da la impresión de que esta incompatibilidad fuera universal y correspondiente con un tipo social.

Al igual que en algunos de sus ensayos políticos, donde utiliza el recurso de las contraposiciones y convierte en objeto de su punzante crítica a los conservadores, por medio del contraste entre las virtudes y vicios de los personajes —la humilde Pilar, la codiciosa Manuela, el noble y honrado Nicolás, el temerario bandido— Altamirano establece a lo largo de la novela qué características son moralmente elogiables y cuáles reprobables. El comportamiento moralmente aceptable no depende únicamente de un modelo —un *deber ser*— que pueda ser



enseñado y que deba seguirse, ya que *El Zarco* presenta a los personajes como carentes de libre albedrío, es decir, como poseedores de un carácter vicioso o virtuoso por naturaleza del que no se pueden desprender.

En el caso del bandido, por ejemplo, debido a su carácter corrupto es alguien que no se puede reformar. Su carácter está predeterminado de nacimiento y es inalterable. La lección parece clara. El bandido sólo puede terminar mal. A pesar de haber nacido en un hogar honrado, termina asesinado. Las implicaciones políticas de esta imposibilidad son gigantescas, ya que tanto la ciudadanía como la educación pierden su base universalista. El modelo del ciudadano ideal no es una categoría que pueda ser aplicada a toda la población, ni tampoco la educación es un medio a través del cual el Estado busca irradiar a todos los pobladores con la luz de la ilustración. Hay “algo” que no puede ser enseñado a través de la novela u otro recurso si el sujeto que se busca ilustrar o regenerar posee por naturaleza una especie de tendencia al vicio. De esta manera, el propósito educativo de la novela, defendido por Altamirano en sus ensayos, choca con la formación de los personajes en su propia novela.

Esta definición del carácter vicioso de los personajes como un carácter que se posee por naturaleza es una fórmula que Altamirano aplicará a otros personajes. Manuela, amante del Zarco, nace en un hogar de bien pero la tendencia de su carácter termina llevándola por el mal camino, y no hay otro final posible para ella que una muerte lúgubre frente a su terrible amante. Pilar es buena, humilde, y aunque tímida al principio, a lo largo de la novela va demostrando su valor, su coraje y su gran corazón. Como ya se dijo, junto con Pilar, Nicolás es reconocido como un hombre valiente, honrado y justo, en síntesis un hombre bueno, y su unión representa el triunfo de la figura ideal del ciudadano liberal.

Según esto, entonces, con el carácter se nace, es como la piel, no se puede arrancar. El contexto es simplemente el caldo de cultivo de un carácter que ya existe y del cual resulta imposible escapar. ¿Cómo educar o reformar a alguien que es corrupto por naturaleza? ¿Dónde queda la función pedagógica de la novela cuando el sujeto vicioso es irreformable? Del mismo modo que Andrés Bello apoya, defiende y promueve la educación en bellas letras y hace la salvedad de que va dirigido a todos los que no se ocupan del “trabajo manual”, así también Altamirano en su novela pone de presente la compleja tarea de la regeneración, cuando hay sujetos cuyo carácter es inalterable.

Bajo la categoría de bandido se condena a aquellos que desestabilizan el orden social y moral y al mismo tiempo se los incluye dentro de las políticas de Estado como parte de aquello que es preciso regular para que la nación se consolide y el Estado pueda gobernar. El supuesto fracaso de la fórmula pedagógica para la formación nacional sucede cuando Altamirano presenta los vicios y virtudes de los personajes como rasgos naturales e inherentes a los sujetos. Ser criminal o no, justiciero o no, no tiene que ver solo con operar fuera o dentro de la ley sino con una legitimidad que va más allá de la ley misma: el carácter. Así se justifica el exterminio de los bandidos, quienes precisamente son descritos como una plaga (241). Por definición la plaga no puede ser rehabilitada e incorporada dentro del espacio ciudadano, la plaga deberá ser exterminada. Es a través de este gesto como el soberano demuestra todo su poder.

De esta manera, el propósito de Altamirano —que el género de la novela lleve a cabo una tarea de educación moral— se frustra, pues ¿qué función puede cumplir la educación cuando se enfrenta con la inalterabilidad del carácter de los sujetos? Así, el puente que Altamirano busca establecer entre unas clases y otras, en sus escritos sobre la función social de la novela, es más difícil de consolidar de lo que parece. Por otra parte, el autor reconoce en la novela una gran

ventaja como transmisora de conocimiento gracias a sus ventajas como género: “La novela es el libro de las masas. Los demás estudios, desnudos del atavío de la imaginación, y mejores por eso, sin disputa, están reservados a un círculo más inteligente y más dichoso, porque no tiene necesidad de fábulas y poesía para sacar de ellos el provecho que desea” (1868, 56). Así Altamirano establece una distinción cuasi-natural entre dos grupos sociales. Por un lado la masa, a la cual está asociada la imaginación, las fábulas y la poesía. Por otro lado se encuentra la elite, a la cual está asociada la historia pura, sin atavíos. Ya que cada uno de estos grupos accede al conocimiento por vías diferentes, se produce una dicotomía que parece difícil de disolver. Nuevamente, ¿cómo cruzar el puente entre clases si no es a través de la razón del pensamiento ilustrado como “las masas” y las “inteligencias superiores” pueden comunicarse, sino que a cada una le corresponden instrumentos y vías diferentes? De esta manera, el proyecto pedagógico de Altamirano deja ver sus fisuras. Es decir, al mismo tiempo que se trata de un proyecto expansivo e inclusivo, regenerador de las masas, hacia la deseada “igualdad universal”, se activa una lógica de exclusión. Se trata de dos modos de conocer (con y sin los “atavíos de la imaginación”) que no son intercambiables. No es claro cómo el “círculo inferior” puede acceder al conocimiento de los “círculos superiores”, ya que a cada grupo le corresponderá un tipo de conocimiento particular. Las posibilidades de que el primer grupo acceda a los principios racionales, es decir, que suscriba el ideal de la ilustración de la ciudadanía no son totalmente claras.

El proyecto regenerador a través de la novela se enfrenta entonces con dos obstáculos: el carácter inalterable de los sujetos por un lado (vicioso o virtuoso por naturaleza) y la adscripción a un modo de conocer particular por parte de cada una de las clases sociales. De esta manera, regenerar a la masa a través de la novela irradiándola con la luz de la ilustración será también abandonarla. Esta estructura de irradiación y abandono no solamente se hace palpable en el

proyecto pedagógico de Altamirano, sino que también se encarna en las dimensiones políticas de *El Zarco*. Más aún, se encuentra muy presente en la lectura que lleva a cabo Altamirano de la articulación entre nación y estado, el individuo que sella la articulación entre estos dos será Martín Sánchez. En este caso no se tratará ya de irradiar escribiendo novelas sino disparando balas.

### 6.3 TRES FIGURAS DE EXCEPCIÓN: EL BANDIDO, EL JUSTICIERO Y EL SOBERANO

La mayoría de lecturas sobre *El Zarco* interpretan la historia de amor entre Nicolás y Pilar como una lección de reconciliación nacional, un romance nacional que “adopta su propia medida sintética y conciliatoria y se suma a la tradición de enlaces entre política y pasión” (Sommer 1991, 291). La interpretación de la novela a partir de su función alegórica y moralizante —como una lección que la nación mexicana deberá escuchar si quiere convertir en realidad el sueño civilizatorio de la elite intelectual mexicana—, será continuada de una manera u otra por la crítica (Cruz 1994, 73; Schmidt 1999; Conway 2000, 97; Ruiz 2005, 31; Lund 2006, 91). Así la novela es entendida no solo como una especie de manual de comportamiento, sino como una lección de construcción nacional y formación de ciudadanía, vía el mestizaje.<sup>68</sup> Sin embargo, la

---

<sup>68</sup> Es importante anotar aquí la diferenciación que lleva a cabo Altamirano de cada uno de los personajes: “*mestizaje*, in Altamirano’s novels (where working-class, Indian-looking protagonists are rejected by white, bourgeois women), proposes to eliminate social and racial tensions by *subsuming both* [raza y clase social] within the project of nation” (Lund 2006, 91). Esta distinción también se puede reconocer en su novela *Clemencia* (1869). Aquí las dos protagonistas blancas terminan arrepintiéndose de haber rechazado al moreno y patriota Fernando Valle por el blanco y traidor Enrique Flores. La belleza física, en Altamirano asociada con la blancura, es puesta en contradicción con la belleza moral. Altamirano defiende la necesidad de trascender el mundo de las formas para

tensión de la novela no la resuelve el amor, es decir la dicha que articula diferentes culturas, razas y clases en un nuevo tipo de solidaridad nacional. La resolución de la novela queda en manos del justiciero. Una lectura de *El Zarco* guiada por la narrativa de la reconciliación nacional, impide reconocer las posibilidades que ofrece la obra para interpretar la nación en términos más complejos, y al fin y al cabo, políticamente más urgentes.

De esta manera, en lugar de leer *El Zarco* como una retórica de “reconciliación nacional” —a través de la unión entre Nicolás y Pilar— quiero proponer otro registro de lectura: leerla como una narrativa explicativa de las tensiones entre tres sujetos sociales que llamo *figuras de excepción* y que aquí son protagonistas del proyecto de consolidación del estado (el soberano, el justiciero y el bandido). En otras palabras, se trata de complejizar la interpretación realizada por la crítica para dirigir el análisis hacia las relaciones que se establecen entre estas tres figuras de excepción que sugieren otra lógica. Los ideales de Altamirano —promoción de una república constitucional donde la ley es al mismo tiempo universal y constantemente aplicada— se enfrentan con las complicaciones de las relaciones de estos tres sujetos que se encuentran en el umbral de la ley. En ningún otro lugar estas complicaciones se vuelven más explícitas como alrededor del personaje en el cual me centraré en la siguiente sección: Martín Sánchez Chagollán.

En primera instancia recordemos que la novela *El Zarco* da testimonio de la preocupación de Altamirano por la situación en la que se encontraban las regiones que las autoridades del estado describen como plagadas de bandidos. El contexto histórico de estos hechos es la ausencia de una autoridad federal centralizada, es decir de la soberanía federal efectiva, que deje a muchos estados “desprotegidos” debido a que el gobierno encarga a las

---

descubrir un mundo que para él es más verdadero, el de la moralidad, el cual está directamente ligado a los principios de la ciudadanía.

tropas federales de defender el país del ejército francés para mantener y proteger la independencia nacional. La historia ocurre en Yautepec, población que se encuentra en el Estado de Morelos y que junto con Puebla y Tlaxcala fueron las regiones más asoladas por los bandidos.<sup>69</sup> El personaje del Zarco es asociado frecuentemente con la del bandido Salomé Plasencia (un referente confuso teniendo en cuenta que Plasencia mismo aparece en la novela). Era originario precisamente de Yautepec e históricamente fue el jefe principal de los *plateados*.<sup>70</sup>

Cuando Altamirano al final del capítulo XIII menciona lo comunes que eran los abusos de poder por parte de los militares, abre espacio, desde ese momento, para la aparición del personaje de Martín Sánchez Chagollán. De acuerdo con Altamirano, hay un desajuste entre la situación de los bandidos, que “reinaban en paz” (211) y las acciones de las tropas del gobierno, quienes “en caso de matar, mataban a los hombres de bien” (Ibíd.). La razón de este desajuste es que se encuentra “el país de tal manera revuelto, y las nociones de orden y moralidad de tal modo trastornadas, que nadie sabía ya a quién apelar en semejante situación” (Ibíd.). La emergencia de la figura de Martín Sánchez responde aquí a la necesidad de hallar algún tipo de autoridad que solucione la situación de lo que se percibía como caos social. Ya desde muy temprano la aparición de este personaje en la novela se refiere a la necesidad de recuperar un orden social y un orden moral perdidos. Y este es un punto histórico importante: aquí Altamirano está realizando una crítica directa a la incapacidad del Estado para dar respuesta a los problemas

---

<sup>69</sup> Yautepec es una región cercana a la capital del país con un pasado histórico importante. Recordemos que Morelos, junto con Puebla y el Estado de México, son regiones con largas historias de resistencia popular (desde el imperio azteca) y de bandidaje. En 1869 al ser reconocido Morelos como estado de la Federación, Yautepec fue nombrado capital del Estado, el 16 de noviembre del mismo año fue trasladada a Cuernavaca. Fue en Yautepec donde Francisco I. Madero se reunió con Emiliano Zapata para tratar de persuadirlo de dejar las armas sin llegar a ningún acuerdo.

<sup>70</sup> El episodio que acrecentó su fama es cuando es acusado de ser el responsable de la muerte del subprefecto José María Lara. Gracias a cierto apoyo popular Plasencia había sido nombrado subprefecto, sin embargo su fama de bandido genera descontento, Lara lo reemplaza como subprefecto, y en venganza al parecer Plasencia decide matarlo y así “hacer justicia” (Sol 2000, 58).

de violencia en las regiones, se trata en ese sentido de un comentario explícitamente histórico-político que convierte la novela en un espacio de denuncia de un Estado incompetente para hacer aplicar las leyes.

Según explica Altamirano, Martín Sánchez Chagollán es un “personaje rigurosamente [sic] histórico” (303). El mismo personaje aparece tres años después de que Altamirano termina (pero todavía no publica) su novela en el relato semihistórico de Pablo Robles (1891), también en las narraciones de Enrique Juventino Pineda (1936) y en una obra histórica de Lamberto Popoca Palacios (1912). En el libro de Robles es descrito como un artesano humilde y pacífico dedicado al trabajo de la plata, quien después de ser víctima de los plateados decide enfrentarlos con el apoyo de vecinos de muchos pueblos. El sobrenombre de Chagollán, haciendo referencia a su antiguo oficio de platero, se refiere al “chagollo”, un metal más corriente que la plata.<sup>71</sup> Los bandidos querían que Martín Sánchez fuera asociado con la de “fabricante de objetos falsos; pero Sánchez no hizo caso del sobrenombre y aunque era militar chagollo, improvisado, daba pruebas de lo contrario, porque el metal salió de buena ley” (Robles 1891, 142).

Las raíces históricas de la figura de Martín Sánchez pueden hallarse en las llamadas “fuerzas rurales”, las cuales, de acuerdo con la descripción de Altamirano, tenían la función de acabar con los bandidos. En uno de sus ensayos políticos de 1867 —año en que la república finalmente es restaurada—Altamirano daría cuenta de su preocupación por la seguridad de las regiones y carreteras.

---

<sup>71</sup> Robles explica que “algunos plateros fabrican objetos de metal que representan piernas, manos, brazos, etcétera, o personas arrodilladas. A esto le llaman “milagros” y se venden en las romerías para ofrecerlas al santo milagroso (...)”. La palabra chagollo tiene dos significados: son estas figuras que no son de plata y también es el nombre que se le da a la moneda falsa (Robles 1891,142).

Por todas partes aparecen gavillas armadas, de tres, cinco, diez, veinte y cien hombres que asaltan a los transeúntes, y cuya aparición hace paralizar la agricultura y el tráfico, y arruina el comercio, al mismo tiempo que reduce a la miseria a los trabajadores y a los propietarios. Hace algunos meses que los caminos estaban seguros, gracias a las *fuerzas rurales* que los recorrían constantemente. Hoy, merced a una sabia medida del señor ministro de la Guerra, que del señor ministro de la Guerra había de ser para que produjera tan óptimos frutos, las fuerzas rurales se han suprimido, y como por encanto, los bandidos aparecieron por todas partes, no sin agradecer, en lo profundo de su alma, la disposición ministerial que les limpiaba las carreteras de todo obstáculo para ejercer su noble profesión (1867, 104 mi énfasis).

Las primeras líneas de esta cita esbozan una de las grandes preocupaciones de Altamirano y de su novela *El Zarco*, esto es, el bandido como un obstáculo para la prosperidad económica. Para Altamirano, las *fuerzas rurales*, que han sido suprimidas, son fundamentales para alcanzar la pacificación de las regiones, la seguridad, y muy importante, como grupos que tienen la función de llenar el espacio vacío del poder del soberano. Pero la legalidad de dichas fuerzas rurales es dudosa, o al menos se intuye que actuaban autónomamente. No es casualidad que ellas sean las protagonistas de este artículo que lleva por título “Policía”, cuyo tema es más bien la ausencia de ella. El autor describe lo que décadas más tarde ilustraría en su novela, esto es, una situación desesperada en la que la nación le entrega su seguridad a sujetos externos bajo el lema de la seguridad y pacificación del país. Aunque no hay absoluta claridad sobre su legalidad, si la hay, para Altamirano, sobre su importancia y legitimidad. El autor describe al gobierno como un gobierno incompetente e ineficaz que deja indefenso al pueblo al suprimir las “fuerzas rurales”. En este contexto de ambigüedad legal la figura de Martín Sánchez tiene sentido y permite justificar su rol como garantizador del orden social.

Otro ejemplo de incompetencia estatal y ambigüedad legal la encontramos en el mismo artículo cuando Altamirano expone el caso de un bandido famoso:



Hay un tal León Chávez, prófugo de la cárcel de Guadalajara, que hace algunos meses que se ha levantado con una partida de doscientos hombres para extorsionar a los pueblos, robar en los caminos y cometer crímenes día a día que dan espanto a la gente pacífica, y hacen imposible el comercio entre el rico estado de Guanajuato y el de Jalisco, porque situado el bandolero en el camino de Lagos a Guadalajara, es una amenaza constante. Aún hay más: los pueblos grandes no están exentos de su rapacidad. Zapotlanejo, por ejemplo, cuyos habitantes tienen que desvelarse todas las noches para evitar una sorpresa. Pues bien: el gobierno ha indultado ya a este León Chávez, casi al mismo tiempo que cometía horribles crímenes en aquel desgraciado rumbo. Él no ha recibido aún su indulto, según sabemos, *porque tiene la orden aquí una persona que de buena fe quiso librar de esa plaga al estado de Jalisco*; pero ¿cómo se entiende? Este gobierno, que toma tan a pecho el principio de autoridad, y se irrita y se enfurece contra el jefe que no gusta de su convocatoria, o contra otro que no hace más que sacudir el yugo tiránico de un pequeño déspota, ¿indulta así tan fácil y prontamente a un criminal como León Chávez, del mismo modo que inclina su frente soberbia ante Lozada? Nosotros no comprendemos este orgullo, ni esta dignidad, y deseáramos ver algo que no fuese tan repugnante espectáculo. Si el gobierno hace caso de nuestras observaciones y fija más su atención en los *cuidados de policía*, habremos hecho un bien; si al contrario se hace sordo a tan justas manifestaciones, de todos modos habremos cumplido nuestro deber diciendo lo que pasa en este pobre país al que se quiere alucinar con panegíricos pomposos, que están muy lejos de la verdad sagrada (1867, 105 mi énfasis).

En primer lugar, cabe resaltar que Altamirano enfatiza el hecho de que el bandidaje impide prosperar a estados tan ricos como Guanajuato y Jalisco. El bandidaje constituye un problema económico y el gobierno es incompetente para proteger a la población, pues según sostiene, ante la extorsión, el robo y el crimen, la respuesta del gobierno es el perdón. La legitimidad del gobierno queda en entredicho cuando en lugar de capturar a los bandidos promueve su indulto. Sin embargo, gracias a alguien que “tiene la orden aquí”, “una persona que de buena fe quiso librar de esa plaga al estado de Jalisco”, tal injusticia podrá evitarse. ¿Quién es esta “persona”? Altamirano no lo aclara, pero lo que sí es claro es que ella cumpliría con las responsabilidades que el Estado no está asumiendo. Se trata de un ciudadano con estatus singular y poderes excepcionales que, tal como lo presenta Altamirano, garantiza el exterminio de la plaga social del bandidaje. Altamirano juzga moralmente las acciones de esta persona —buena

fe— al mismo tiempo que deshumaniza al bandido llamándolo plaga. Sólo nombrándolo así este se vuelve susceptible de ser eliminado, más allá de la ley. Sin embargo, en su novela *Altamirano* dejará constancia de su propia ambigüedad frente a los límites de las acciones del justiciero.

### **6.3.1 Martín Sánchez Chagollán**

La figura de Martín Sánchez solo es introducida hasta el capítulo XXI, llamado “La orgía” (275). Aparece por primera vez para interrumpir el baile que los plateados realizaban en su guarida, Xochimincas. El festejo de los bandidos es retratado por Altamirano como un caos infernal: “sus bailes tenían todo el aspecto repugnante de la parodia o grotesco de la caricatura (...) una gritería espantosa. Vivas, galanterías, juramentos, blasfemias, todo eso salió de cien bocas torcidas por la embriaguez y por la crápula” (291). Manuela, ahora en manos del Zarco, reacciona:

Manuela los vio con horror. Ellos cantaron una larga serie de canciones, de esas canciones fastidiosas, disparatadas, sin sentido alguno, que canta el populacho en los días de embriaguez. Los bandidos las entonaban con esa voz aguda y destemplada de los campesinos de la tierra caliente, voz de eunuco, chillona y desapacible, parecida al canto de la cigarra, y que no puede oírse mucho tiempo sin un intenso fastidio.

Fastidio y horror (272) es lo único que Manuela puede sentir en este espacio donde lo sagrado y lo profano se confunden (la capilla convertida en “guarida de chacales” 253). Si el propósito de la novela de Altamirano es dibujar el perfil de una nación potencialmente articulada y gobernada por la razón, entonces, en contraste, la guarida de los bandidos es un espacio de excepción donde el exceso es el rasgo principal y donde no existe posibilidad de alcanzarse un punto de equilibrio. Este carnaval “espantoso” es interrumpido por un grupo de bandidos que

llega apresuradamente a la fiesta para informar que, con una fuerza de cuarenta hombres, Martín Sánchez ha colgado más de veinte bandidos. A nivel narrativo, la interrupción del baile por la figura de Martín Sánchez es la interrupción del caos por una fuerza de orden. Se trata de un campo de bandidos, un espacio gobernado por pasiones y fuerzas oscuras y así definido por la falta total de razón. Martín Sánchez solo puede irrumpir en la historia cuando viola los límites de ese lugar profano: “¿Quién era el hombre temerario que se había atrevido a colgar veinte plateados *en los lugares mismos de su dominio?*” (mi énfasis 303). Sólo una figura excepcional como Martín Sánchez puede entrar en un espacio de excepción como lo es Xochimincas.

Los bandidos discuten cómo es que este ha podido vencerlos, para concluir que su victoria se debe al hecho de que además de muchos hombres y buenas armas “la gente comienza a ayudar a Martín Sánchez” (297). Altamirano explica que el apoyo popular que este recibe se debe a que no se puede confiar en las tropas del gobierno. La figura de Martín Sánchez es al mismo tiempo aterradora y fascinante para Altamirano. No se trata de un jefe de gobierno que estuviera “apoyado en la ley y contando con todos los elementos de la fuerza pública, con el dinero del erario y con el concurso de las autoridades y de los pueblos” (303), no, lo que este valiente hombre había logrado era meritorio porque no había contado con ninguno de estos recursos.

La historia de Martín Sánchez con los bandidos comienza cuando este decide combatirlos después de que saquean e incendian su casa, asesinan a su padre y a uno de sus hijos (305). Así, de un humilde campesino “sin ningún tipo de antecedente militar” (303) y víctima de los plateados, pasa a convertirse en su principal victimario. Su proyecto no se reduce a una venganza personal, su lucha es ahora una lucha colectiva, y en esa medida es reconocido como “vengador social” (307). Martín Sánchez representa la frustración social de toda una comunidad frente a la

debilidad del Estado para mantener el orden. De ahí que sea autorizado por el prefecto para “perseguir ladrones, en calidad de jefe de Seguridad Pública” (306).

Sólo hasta los capítulos finales Martín Sánchez se convierte en el protagonista (héroe y anti-héroe) de la novela. A nivel explícito se ensalza el personaje de Nicolás como el héroe de la obra. El suceso que marca este reconocimiento ocurre cuando Nicolás emprende la tarea de rescatar a Manuela que se fuga con el Zarco. Martín Sánchez y su ejército es atacado por los plateados y Nicolás, junto con otros soldados, le brindan su apoyo. Cuando Nicolás reconoce al Zarco, al instante “le abrió la cabeza de un sablazo” (315). Martín Sánchez ordena que este sea colgado inmediatamente. Afortunadamente para el Zarco, Nicolás, un “buen ciudadano” (208, 220, 328), símbolo del ideal liberal del sujeto nacional, insiste en acatar las leyes y hacer justicia a través del procedimiento legal. Desafortunadamente para Nicolás, el Estado es incompetente en cumplir con sus responsabilidades jurídicas y el Zarco es rápidamente rescatado del peligroso pasaje llamado las Tetillas (320). El final de la novela depende entonces de la intervención de un tercero que no es precisamente el Estado ni tampoco un ciudadano regular que actúa en calidad de ciudadano: se trata de una figura de excepción, un agente del poder soberano; se trata de Martín Sánchez.

### **6.3.2 El justiciero**

Algo que parece perturbar a Altamirano y que emerge casi como un temor inconsciente en la novela, y por eso mismo como una fuerza poderosa, es el hecho de que Martín Sánchez había sido acusado de cometer abusos contra la población civil, ante lo cual él “había respondido que no colgaba sino a los que morían peleando, y eso lo hacía para escarmiento” (312). Precisamente,

el narrador explica en seguida que “en esto es muy posible que ocultara algo y que realmente él fusilara a todo bandido que cogía” (312). Sin embargo, Martín Sánchez no estaba en realidad autorizado para fusilar ni civiles ni bandidos. De esta manera, Altamirano hace explícito el hecho de que la resolución de la trama en la figura de Martín Sánchez no es una resolución que termine de complacerlo. La figura de este personaje en la novela da testimonio de las complejidades de la soberanía en una república liberal.

Es necesario entender que, en el contexto de la novela, hacer evidente una preocupación por el carácter dudoso de las acciones de Martín Sánchez es totalmente innecesario para la historia misma; así se puede suponer que hay algo más profundo en estas dudas expresadas por el narrador-autor. Veo aquí dos implicaciones. En primer lugar se presume que Martín Sánchez “hace justicia” —en otras palabras, fusila— contra cualquier bandido, violando así los límites de la autoridad que le es dada, la cual supuestamente se limitaba a la acción de aprehender a los criminales y consignarlos a sus jueces (por ejemplo cuando intenta colgar al Zarco extra-judicialmente [317]). En segundo lugar, se implica que el juicio que elabora sobre los bandidos puede ser apresurado y que por tanto ciudadanos “sospechosos” —y por tanto, muchos “inocentes”— podrían resultar víctimas de este ajusticiamiento. Se presume que efectivamente esto ha sucedido, situación ante la cual Altamirano parece ambivalente.

Martín Sánchez es comparado con “una especie de juez Lynch, rústico y feroz también, e implacable” (308) que no albergaba ninguna piedad para con los bandidos. “Ojo por ojo y diente por diente. Tal era su ley penal. ¿Los plateados eran crueles? Él se proponía serlo también. ¿Los plateados causaban horror? Él se había propuesto causar horror” (307). Aunque cada categoría para definir a este personaje pone su énfasis en cuestiones distintas, en la figura de Martín Sánchez vengar, mantener la seguridad y hacer justicia se vuelven intercambiables. Hay una

sociedad que necesita ser vengada (307), que debe ser protegida del peligro que constituye el bandidaje (308, 309) y al mismo tiempo que defiende uno de los valores sociales que con mayor frecuencia surgen a lo largo de la obra: la justicia (80, 205, 308, 325, 332). Martín Sánchez representa la conjunción de estos tres propósitos. Sin embargo, lo que no hay que olvidar es que este personaje parece encarnar fundamentalmente el poder del soberano, él es el encargado de mostrar toda la inmensidad de su poder. “¡Los bandidos debían temblar! ¡Había aparecido por fin el ángel exterminador!... Martín Sánchez era la indignación social hecha hombre” (308). Parece haber aquí un desajuste. Altamirano es un liberal radical, republicano, constitucionalista, defensor de la soberanía popular. Pero el poder soberano del pueblo parece ceder ahora a un poder que no es el del pueblo ni el del estado.

Cuando Altamirano describe a Martín Sánchez como la encarnación de la Ley de Lynch<sup>72</sup> (308), está haciendo alusión a un intenso debate en la prensa escrita a principios de 1880. En un artículo del 24 de febrero publicado en el periódico *La República*, Altamirano se queja del “monstruoso veredicto que pronunció el Jurado en el juicio sobre el asalto del tren de San Ángel” (1880a, 11) al absolver a los hombres que habían sido acusados de asaltar y robar a los pasajeros del tren asesinando a un español. No tiene para él ningún sentido que la policía haga su trabajo en perseguir y encarcelar a los “malhechores”, ni que el proceso jurídico sea acertado y rápido si al final el jurado “declara que el crimen no es crimen, y pone en libertad al criminal” (13). Este es un problema de *aplicación de la ley* (13) donde probablemente la única solución para los hombres honrados y para que la sociedad se sienta segura (14) será expedir una ley de suspensión de garantías individuales para salvar el orden público. Al día siguiente, 25 de febrero,

---

<sup>72</sup> “Lynch: Ley de Lynch. La voz inglesa lynch designó, en un principio, el castigo con azotes al margen de toda formalidad legal. En el periodo de reconstrucción de los Estados Unidos, la llamada ley de Lynch pasó a significar la imposición de la pena capital por un grupo de ciudadanos no autorizados para ello” (Sol, 2000 308. Nota al pie 3).

en su artículo titulado “Ladrones y asesinos”, Altamirano ratifica la necesidad de que el poder ejecutivo suspenda “algunas de las garantías individuales, en vista de la amenaza que pesa sobre la sociedad, a causa de los bandidos que infestan los caminos y de la impunidad con que los gratifican los jurados” (1880b, 15). Sin embargo, en contra de las opiniones consignadas en otros periódicos, para Altamirano la indignación social no puede llegar a los límites de reclamar la Ley de Lynch. En consonancia con su espíritu liberal cita el artículo 29 de la Constitución y afirma: “En los casos (...) que pongan a la sociedad en grande peligro o conflicto, el Presidente de la República, de acuerdo con el Consejo de ministros y con aprobación del Congreso de la Unión y *en los recesos de éste, la diputación permanente puede suspender las garantías otorgadas en esta Constitución, con excepción de las que aseguran la vida del hombre*” (18). Altamirano no puede aceptar que al interior del estado de excepción el ciudadano sea convertido en matable. Y al mismo tiempo, muestra en su novela las contradicciones a las que se ve enfrentado el liberalismo, lo cual implica la necesidad de que se ejerza el poder soberano exterminando a quien sea necesario. El problema entonces es donde encontrar al soberano. Pasemos ahora al soberano más evidente dentro de la novela: el presidente de la república Benito Juárez.

### **6.3.3 El soberano y el justiciero**

El lugar de la figura del presidente Benito Juárez –protagonista de la institucionalización del liberalismo en México- en la novela y en la vida de Altamirano es complejo. Altamirano ocupó un lugar importante en el escenario político durante el periodo juarista no solo como ideólogo sino como militar –fue nombrado coronel por el presidente Juárez-, informando al presidente de

todo lo que ocurría en las regiones. Participó en la revolución de Ayutla<sup>73</sup> (1854), en la Guerra de Reforma (1858-1861)<sup>74</sup> y fue un radical opositor a la intervención francesa. Su participación en estas guerras le impidió terminar sus estudios y obtener el título de licenciado, por lo cual fue varias veces víctima de las críticas de sus colegas.<sup>75</sup> A estas críticas Altamirano siempre respondería enorgulleciéndose por haber estado en el campo de batalla defendiendo la Patria con su propia vida. Además fue un defensor radical de las reformas liberales y las Leyes de Reforma, las cuales representaron la formalización de la revolución liberal.

Una de las polémicas con el presidente Juárez se desató cuando en uno de los discursos más famosos de Altamirano y que le daría fama de orador, “Contra la amnistía” (1861b), Altamirano critica la decisión de Juárez de otorgarle amnistía a los conservadores con el fin de mantener el orden. La amnistía tuvo como resultado, por ejemplo, promover que el conservador

---

<sup>73</sup> En 1854 Juan Álvarez se levantó contra Antonio López de Santa Anna y proclamó el Plan de Ayutla. Álvarez exigía que Santa Anna dejara el poder para convocar un nuevo Congreso y crear una constitución. Este movimiento fue llamado la revolución de Ayutla. Con el triunfo de la revolución de Ayutla, llegó al poder una nueva generación de liberales: Benito Juárez, Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Miguel Lerdo de Tejada y Guillermo Prieto. Una junta nombró presidente interino al general Juan Álvarez y después a Ignacio Comonfort. También convocó a un Congreso que trabajaría en una nueva constitución. El equipo de Comonfort preparó algunas leyes que promovieron grandes cambios para el país: la Ley Juárez (por Benito Juárez), de 1855, suprimía los privilegios del clero y del ejército, y declaraba a todos los ciudadanos iguales ante la ley; la Ley Lerdo (por Miguel Lerdo de Tejada), de 1856, obligaba a las corporaciones civiles y eclesiásticas a vender las casas y terrenos que no estuvieran ocupando a quienes los arrendaban, la Ley Iglesias (por José María Iglesias), de 1857, regulaba el cobro de derechos parroquiales.

<sup>74</sup> El presidente Comonfort decide no aplicar la constitución, los conservadores se rebelan y este decide abandonar el país. La Guerra de Tres Años (1858-1861), o Guerra de Reforma, entre liberales y conservadores estalla cuando los conservadores nombran paralelamente a Benito Juárez otro presidente: Félix María Zuloaga. Juárez tuvo que trasladar su gobierno a Guanajuato y a Guadalajara. En Veracruz instala su gobierno y promulga las Leyes de Reforma, cuyo propósito era hacer una separación entre Iglesia y Estado. En adelante, la Iglesia no debería tomar parte en los asuntos del Estado. A esto se le llamó el Movimiento de Reforma. Las leyes de reforma comprenden la nacionalización de bienes eclesiásticos (1859), el matrimonio civil (1859), el registro civil (1859), la secularización de cementerios (1859), los días festivos (1859), la libertad de cultos (1860), la creación de hospitales y beneficencia (1861) y la extinción de comunidades religiosas (1863).

<sup>75</sup> Una de las tantas anécdotas acerca de Altamirano cuenta que cuando era diputado, a la entrada del parlamento se encuentra con un grupo de diputados conservadores y uno lo saluda — “Buenos días, licenciado sin título”. A lo que Altamirano respondió — “Buenos días, título sin licenciado” (Chávez Guerrero 1985, 103).



General Leonardo Márquez<sup>76</sup> contribuyera a prolongar la Guerra Civil después de que se había declarado la paz oficial. Una de las estrategias más criticadas por Altamirano fue la de reclutar bandidos para el ejército regular con el fin de combatir a Márquez y a otros conservadores. Estos bandidos se convertirían precisamente en *los plateados* (reales y de la novela) de *El Zarco*. A este respecto se referirá en la novela al “error lamentable y vergonzoso a aceptar la cooperación de estos bandidos, en la persecución que hacían al faccioso reaccionario Márquez” (165).

En una carta dirigida a Juan Álvarez el 29 de septiembre de 1861, Altamirano responsabiliza a Juárez del problema de los bandidos afirmando que: “el señor Juárez es hombre que ve entrar a las bandas de malhechores hasta los suburbios de México y nomás se sonríe” (Sol 2000, 104). Y en una carta firmada junto con otros cincuenta diputados, se le pedía a Benito Juárez que se separara de la presidencia de la República temporal o definitivamente debido al desorden social generado por la ruptura de lazos entre los estados, lo cual acrecentaba el peligro de una invasión extranjera.

Es en el enigmático capítulo veinticuatro, llamado “El presidente Juárez” que el tema de la soberanía se pone de manifiesto con mayor contundencia. En siete páginas de tono apasionado, Altamirano escenifica un encuentro que le permitirá poner de presente su propia ambivalencia acerca del lugar y la función de la soberanía en una república liberal. La escena no puede ser más contundente: el encuentro de Martín Sánchez con el presidente Juárez. Martín Sánchez está sorprendido de encontrarse con un presidente “frío, impasible, pero atento” (322) y muy dispuesto a ayudarlo con todo lo que él necesita. La razón de la visita de Martín Sánchez a

---

<sup>76</sup> “Leonardo Márquez (México, 1820 – La Habana, 1913). General conservador cuyas acciones lo hicieron famoso tanto en la Guerra de Reforma como en la Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. El 11 de abril de 1859, después de derrotar al general Santos Degollado en Tacubaya, mando fusilar a algunos médicos, que auxiliaban a los heridos del ejército liberal, entre los que se contaba el también poeta y novelista Juan Díaz Covarrubias y el joven abogado Manuel Mateos (cfr. Ignacio Manuel Altamirano: “Los mártires de Tacubaya” en Obras históricas, OC, II, 237-245)”. (Sol 2000, 165).

Juárez es al mismo tiempo simbólica (ganar autoridad y legitimidad para llevar a cabo sus acciones) y material (conseguir armas para combatir a los bandidos). Este es el momento en el que Martín Sánchez es reconocido abiertamente como instrumento del soberano:

Bueno, y hará usted un servicio patriótico, porque hoy es necesario que el gobierno no se distraiga para pensar sólo en la guerra extranjera y en salvar la independencia nacional (...) Y mucha conciencia, señor Sánchez; usted lleva *facultades extraordinarias*, pero siempre con la condición de que debe usted obrar con justicia, la justicia ante todo. Sólo la necesidad puede obligarnos a usar de estas facultades que traen tan grande responsabilidad, pero yo sé a quien se las doy. No haga usted que me arrepienta. (mi énfasis 325)

Analicemos este pasaje con cuidado. Benito Juárez aparece en calidad de presidente de la República. Se trata de un detalle obvio pero no de un detalle menor. La transferencia del poder soberano representada en el pasaje solo sucede en el momento en que al mismo Juárez le son otorgadas facultades extraordinarias —literalmente, su administración es en estado de excepción— que él transfiere al justiciero. Se suspenden entonces las garantías constitucionales, y los tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial), se reúnen en una misma figura: Juárez. Sin embargo, Juárez mismo no está completamente seguro de dicha transferencia, le advierte una y otra vez del cuidado que deberá procurar con este poder: Altamirano al momento de escribir su novela ya era consciente del riesgo de este tipo de acción. Más aún, como había dejado claro anteriormente, era este tipo de acción —armar a improvisadas milicias con el fin de combatir a los conservadores— el que creó las condiciones de posibilidad para que aparecieran las bandas de bandidos. Este es un punto crucial omitido por la crítica: la definición del proyecto nacional como un proyecto excepcional que toma forma en un contexto de guerra civil permanente donde la autoridad debe ser reestablecida y la legalidad permanentemente reacomodada será característica del modo de narrar la historia de los países latinoamericanos.

Más aún no es otro que el militar informal, Martín Sánchez, el que clausura la historia. A pesar de que la novela termina con las nupcias del “indio” Nicolás y la abnegada Pilar, la escena que termina la novela es todo lo contrario de celebratoria:

En efecto, la fila de jinetes enlutados ocultaba un cuadro estrecho, en el centro del cual y sentados en una piedra y bien amarrados, y lívidos y desfallecidos, estaban el Zarco y el *Tigre*, próximos a ser ejecutados. Martín Sánchez, al ver la comitiva, y previendo que podría ser la comitiva nupcial de Nicolás, había querido ocultar a los bandidos para ahorrar este espectáculo a los novios. (331)

Se quiere esconder el espectáculo de violencia para-estatal de los ojos de la nueva pareja, y así, siguiendo la lectura alegórica dominante de la novela, de los ojos de la nación. No es por tanto el casamiento la última escena de la novela. La novela termina por un lado con Manuela arrojando sangre por la boca porque su corazón no puede aguantar el espectáculo y explota, y por otro lado con las apocalípticas palabras de Martín Sánchez: “Pues a enterrarla (...) vámonos a concluir la tarea” (335). La última imagen de la novela no puede ser más dramática y desesperanzadora: “Y desfiló la terrible tropa lúgubre” (Ibíd.). El hecho de que el personaje que cierra *El Zarco* es Martín Sánchez, y el tono con el que Altamirano concluye la historia, permiten reinterpretar la novela en una dirección diferente de la que comúnmente la crítica ha enfatizado.

Evodio Escalante, en su artículo “Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano” (1997), ha sido uno de los pocos críticos que ha resaltado la importancia del “pasaje político” — la reunión entre Martín Sánchez y el presidente— de la novela. Escandalizado, para invocar sus propias palabras, se refiere a las consecuencias que se desprenden del encuentro entre Juárez y Martín Sánchez:

Juárez, además, le da armas. Pero lo fundamental aquí es esta “autorización” por la cual el funcionario de la legalidad otorga facultades extralegales a un civil para matar a quien él considere conveniente, y sin necesidad de correr un juicio en los tribunales. O sea: Juárez lo autoriza a saltarse las trancas de la legalidad, a pasar por encima de la Constitución y de los derechos más elementales del ciudadano, e instaura de nuevo la ley de la selva. El ciudadano puede hacerse justicia por sí mismo. Y puede estar tranquilo. No habrá tribunal que a su turno llegue a pedirle cuentas. Sólo una larga tradición jacobina y autoritaria, como la que hemos vivido en México, explicaría que este pasaje, francamente de escándalo, haya pasado inadvertido a los ojos de nuestros historiadores y críticos literarios. (199)

La indignación de Escalante, sin embargo, no nos explica cuál es la naturaleza de la relación entre estos dos personajes. En primer lugar recordemos que esta “autorización” corresponde a un momento histórico en el que Juárez se encontraba en una posición política y legal que le permitía tomar este tipo de decisiones. La referencia de Escalante a “saltarse las trancas de la legalidad” parece hiperbólica. El énfasis histórico que Altamirano le da a la novela, al incluir como parte del título los meses de agosto a diciembre de 1861, nos obliga a enmarcar la historia dentro de los años inmediatamente después de la Guerra de Reforma o Guerra de los Tres Años (1858-1861). El año de 1861 es un año crucial para la historia social y política del país. El 11 de enero de este año el presidente Benito Juárez llega a la capital y establece el Congreso, convoca más adelante a elecciones y el 11 de junio, en medio de grandes rivalidades políticas, en las que Altamirano participó como opositor, es declarado Presidente Constitucional.

Históricamente, el periodo de Juárez se caracterizó por apelar al recurso de *suspensión de garantías* constitucionales para que así, concentrado el poder en el Ejecutivo, este pudiera tomar medidas que “resolvieran” los conflictos nacionales. Precisamente en el año de 1861, el 11 de diciembre, el Congreso le otorga al presidente facultades omnímodas para que “dicte cuantas providencias juzgue convenientes en las actuales circunstancias, sin más restricciones que la de salvar la independencia e integridad del territorio nacional, la forma de Gobierno establecida en

la Constitución y los principios y Leyes de Reforma”.<sup>77</sup> En una carta dirigida al licenciado de Zayas Enríquez (1880b) Altamirano recordará que fueron catorce las veces en que la constitución había sido ya suspendida, catorce los estados de excepción.

Pero más importante aún que esta realidad histórica, quiero resaltar la complejidad del personaje de Martín Sánchez en este contexto específico, intentando complicar la provocativa lectura de Escalante. El encuentro entre estos dos personajes se resume en una poderosa imagen en el que la cuestión de raza, nación y ley se encuentran en un mismo plano: “el uno moreno y con el tipo de indio puro, y el otro amarillento, con el tipo del mestizo y del campesino; los dos serios, los dos graves, cualquiera que hubiera leído un poco en el futuro se habría estremecido. Era la ley de la salud pública armando a la honradez con el rayo de la muerte” (326).

Ante la inminencia de la invasión extranjera y por tanto la necesidad de controlar el caos social y concentrarse en defender la soberanía nacional, Altamirano justifica la suspensión de garantías poniendo por encima de la ley lo que él llama *salud pública*: “se guarda la ley en una arca cerrada y no se consulta más que la salud pública. Entonces se da fuerza al gobierno, armándolo con todos los derechos y con todos los rayos de la guerra” (1880c, 57). Entonces, no es la “ley de la selva”, como dice Escalante, la que se instaura, sino la *ley de la salud pública* (Altamirano 1901, 326). Si la “ley de la selva” presupone una constante guerra de todos contra todos, la aplicación de la ley de la salud pública no es indiscriminada, muy por el contrario, su tiempo es delimitado y su objeto es concreto: el bandido. Ya desde su primera intervención de la Cámara de Diputados el 26 de junio de 1861, Altamirano establece la relevancia de esta cuestión para él: “Mi regla será siempre: “la salud del pueblo es la suprema ley” ” (Altamirano 1861b, 52). La nación no está compuesta solamente por el territorio sino por una población, y la salud de

---

<sup>77</sup> Sol 66. Cita no. 92: “Benito Juárez: *Documentos, discursos y correspondencia*, 5, selección y notas de Jorge L. Tamayo, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1965, p. 118”.

dicha población será equivalente a la salud de la nación. Martín Sánchez nace precisamente en este contexto de suspensión de garantías. Aunque puede que él represente el brazo fuerte de la ley de la salud pública, Altamirano —como narrador— es ambivalente ante su “terrible apariencia”. El problema con la interpretación de Escalante es que no reconoce la ambivalencia de Altamirano frente a la figura de Martín Sánchez. A la vez aterradora y fascinante, Martín Sánchez es al mismo tiempo la condición del establecimiento de la ley y, crucialmente, la trasgresión de esa misma ley. Este será un enigma para un liberal constitucionalista. Como instrumento del soberano se encuentra en este ámbito de suspensión de la ley en el que completa un triángulo de poder del que participan el soberano y el bandido; tres figuras más allá de los límites teóricos del liberalismo.

Siendo consonantes con el momento histórico en el que Altamirano narra la historia, la encarnación del poder soberano en Juárez tiene lugar cuando se suspenden las garantías constitucionales. La ambigüedad de la figura de Martín Sánchez se encuentra en el hecho de que, en su calidad de ciudadano, y además, civil, asume funciones que le corresponden exclusivamente (y que de hecho trascienden) al ejército. Sus acciones se encuentran por fuera del marco legal pero son legítimas en la medida en que son, al menos en teoría, aprobadas por la población y más adelante autorizadas por Juárez mismo.

Lo primero que Juárez deja claro a Martín Sánchez es que en nombre de la patria su rol está justificado. Dicha justificación es histórica, ya que con sus acciones Martín Sánchez está colaborando en resolver dos problemas nacionales: por un lado el caos interno atribuido al bandidaje y por otro lado protegiendo la soberanía nacional permitiéndole al gobierno y al ejército ocuparse de la amenaza de la invasión francesa. Por otra parte, Juárez le otorga *facultades extraordinarias*, es decir, se lleva a cabo una transferencia del poder en la que Juárez

le da el poder de actuar en su nombre y así en un ámbito en el que la ley es suspendida y reducida al juicio de Sánchez. En este escenario la justicia se entiende como la bandera moral que respalda sus acciones, hasta el punto de afirmar: “Me manda usted fusilar si no obro con justicia” (325). Altamirano demuestra aquí sus reservas con respecto al rol de este personaje y así no tiene reparo en llamarlo el “terrible justiciero” (325). La justicia se ubica en un plano más allá de la ley cuya verdad solo posee el soberano y sus extensiones, siendo una de ellas Martín Sánchez.

No me interesa probar que el Juárez ficcional (o aún real) estaba en posición legal o no para darle autoridad a Martín Sánchez de perseguir y ajusticiar a los bandidos, tampoco resaltar que Altamirano apoya, se burla o critica la corrupción del sistema político mexicano y que a pesar de todo, y siguiendo sus principios liberales, defiende en últimas la vida. Decisiva aquí es la operación crítica que Altamirano lleva a cabo en su novela sobre la formación de la nación. Más allá de una lectura de la novela que la interpreta en términos de reconciliación nacional o como reflejo del mantenimiento de las tensiones sociales en ese intento reconciliatorio, Altamirano deja constancia de cómo la nación se construye en el triángulo de poder que se forma en la relación entre tres tipos de subjetividad: el bandido, el justiciero, el soberano. La nación se construye a partir de las diferentes relaciones de poder que se establecen entre estos tres. Tanto el bandido como Martín Sánchez no están solamente por fuera de la ley, ambas figuras se encuentran en un espacio en el que la ley es suspendida, un espacio al que Martín Sánchez accede en la medida en que enarbola la bandera de la justicia.

De manera que las acciones de Martín Sánchez son realizadas en nombre de un valor: la justicia (325); y en nombre de una entidad: el Estado. El orden legal va de la mano de un orden sublime y metafísico: la moralidad. Lo justo es lo moralmente aceptable y justas son las acciones

de Martín Sánchez. En la relación entre Martín Sánchez, el presidente Juárez y el Zarco este argumento se complica y emerge allí una de las cuestiones que ha quedado relegada al momento de analizar el tema de la construcción nacional en términos de un mestizaje reconciliatorio: la relación entre soberanía, ley y excepción.

El tema de la soberanía es un tema recurrente e importante en los escritos de Altamirano. En su ensayo “Pueblo rey” del 16 de septiembre de 1855, haciendo uso del recurso de los contrastes y contraposiciones y caricaturizando a los conservadores frente a los liberales, el escritor le imprime fuerza retórica a su discurso. El ensayo comienza con una cita de Lord Byron que dice: “Nosotros no cavaremos en adelante la tierra, sino para abrir la sepultura de nuestros tiranos” (177). Altamirano hace un llamado a la defensa de la soberanía del pueblo realizando un dictamen acerca del peligro que representan los conservadores para la libertad del país:

México estaba libre y saludaba ebria de gozo sus huestes vencedoras y sus banderas trigarantes; ante su vista se abría engalanado un porvenir de quietud, de ventura, de gloria; pero... ¡no era así!... porque aunque los antiguos dominadores se habían ido, quedóse en el país una facción infame, traidora y sanguinaria. Ya entenderéis que os hablo de la facción conservadora. (1855, 183)

El camino hacia el despotismo es el resultado de la falta de fe en el ciudadano y en su capacidad para construir la nación. En este ensayo el autor celebra el fin del gobierno déspota encarnado en la figura de Santa Anna y llama al pueblo a recordar la proclama del Padre Miguel Hidalgo: *Libertad para México*. Pero esta “libertad” exige ciertos compromisos y es por esto que Altamirano insiste en que:

Y así, oh pueblo, ahora que imperas, debes procurar afirmarte en el poder (...) El partido conservador jamás puede ser hermano del pueblo; para él los pobres son pecheros, los trabajadores esclavos. Él no sigue el precepto del



Nazareno que fundó la religión que nos regeneró, *fraternidad, unión*; su divisa es *orgullo, sangre* (...). Ten respeto a la autoridad que tú mismo eliges; pero sin adularla, sin cometer bajezas, porque muchas veces los pueblos con su degradación, vuelven despóticos a los gobernantes. Distingue entre la ley y el que la ejecuta, y si tienes que ser esclavo, es mejor que lo seas de aquélla y no de éste, porque quien baja la frente ante la ley se honra; quien la inclina ante un hombre se degrada. Si una autoridad, infringiendo las instituciones liberales, ataca tus garantías, levántate contra ella y destrúyela, porque para eso te dan derecho tu soberanía, Dios al criarte libre (1855, 187-188).

Altamirano le pide al pueblo que afirme su poder y se defienda de los conservadores. Es a este ente indeterminado, al pueblo, al que Altamirano le exige llevar las banderas de la nación, si es que se quiere evitar a toda costa la desintegración nacional. Ante el autoritarismo el pueblo debe hacer respetar su soberanía y su libertad. El autor le exige al “pueblo rey” respetar principalmente la ley; ya que honrar cualquier otro tipo de autoridad sería degradante. Al mismo tiempo, Altamirano le pide al pueblo que vaya más allá de la ley misma, es decir sobrepasar los límites que instauran al presidente del poder ejecutivo cuando este es un déspota. En esa medida, la figura de Martín Sánchez tiene sentido. Él no solo tiene la autorización del pueblo, en el sentido de que representa sus intereses, sino que en este caso recibe además autorización del soberano, paradójicamente, con el fin de trascender las funciones de ese mismo soberano. Él es el puente que media entre el pueblo soberano, el presidente soberano y la necesidad de mantener la soberanía nacional.

En su libro *Los bandidos en la literatura mexicana*, Salvador Ortiz Vidales ha identificado a Martín Sánchez y el Zarco como en apariencia diferentes pero “en el fondo, completamente idénticos” (1949, 36) ya que ambos actúan por fuera de la ley. Versiones de esta interpretación han dominado el escenario desde entonces. Sin embargo el motor de las acciones de cada uno de estos personajes tiene un talante distinto: el primero actúa en nombre del soberano, el segundo por su carácter vicioso. El uno es “vengador social”, “justiciero”, más aún

la “indignación social hecha hombre”, y el otro es bandido, codicioso y asesino. Entonces no son “idénticos” pero se encuentran en un mismo espacio, ya que de ambos se suspende la ley.<sup>78</sup> A pesar de sus diferencias ambos se encuentran en un espacio de excepción, aquel donde la ley está suspendida.

El estado soberano llamado “México” se construye a partir del poder que se juega entre estos tres tipos de subjetividad, los cuales se definen unos respecto a los otros. Esta dinámica es la que el autor logra ilustrar magistralmente en su novela. Altamirano no solo muestra cómo funciona este poder y cómo se construye la nación a partir de él, sino que también expone cómo la soberanía se activa como parte del discurso nacional. Al mismo tiempo que el discurso nacional busca educar y así irradiar a toda la población, a través de la figura de Martín Sánchez se muestra cómo dicho discurso está construido sobre un lenguaje de regeneración que es también un lenguaje de abandono: literalmente el bandido es “abandonado” por la ley. Una ley que también se suspende de Martín Sánchez. Se trata de un lenguaje que al mismo tiempo que se presenta como incluyente de toda la población, excluye activamente y produce dentro de su programa dicha exclusión, en este caso del bandido, que es susceptible de ser matado por Martín Sánchez. Me refiero a “producido por el estado” en sentido literal, pues Altamirano explica como los plateados fueron armados por el estado liberal para perseguir a los conservadores y ahora armados dirigen su energía contra el mismo estado que los inventó (1901, 165). Se trata de una historia familiar en las Américas.

En la relación entre estas tres figuras de excepción se compone un triángulo de poder que se formula y reformula en la formación nacional. Esto es lo que nos muestra Altamirano a través

---

<sup>78</sup> Partiendo de la etimología del “bandido” Agamben dibuja las complejas relaciones entre el rey y el bandido, mediadas precisamente por la categoría de la soberanía. Agamben explica que lo que es especial acerca del bandido, separándolo del criminal común, es el hecho de que la ley no es aplicada a él pero “suspendida” de él; el bandido es dejado expuesto, más allá de la ley y así es matable por cualquiera (44, 135).

de este triángulo de poder, el hecho de que el proyecto nacional vehicula la emergencia de estos tres. En cuanto instrumento del poder soberano, Martín Sánchez se encuentra en un punto en el que la ley no es aplicada ni negociada, sino *suspendida* y reducida a una cuestión de juicio individual, es decir, por fuera de los límites de cualquier constitución. Martín Sánchez es el garantizador de la *seguridad* para dar nueva vida a una nación que necesita ser regenerada políticamente.

Ambos personajes, Martín Sánchez y el Zarco, terminan encontrándose no porque actúen nublados por el instinto y el deseo de venganza, sino porque los dos se hallan en un umbral que al mismo tiempo se encuentra dentro y fuera del ordenamiento jurídico. Martín Sánchez es la solución a las fallas de los jueces que dejan libre al Zarco y la respuesta a la incompetencia y corrupción de los militares que “ni defendían a la gente pacífica, ni se atrevían a encararse con los bandidos de que estaba llena la comarca” (200). Al adquirir los poderes de la soberanía Martín Sánchez puede actuar sobre el bandido afirmando: “Yo, en cuanto instrumento del soberano estoy fuera de la ley y declaro que no hay un afuera de la ley” (Agamben 1995, 27). La paradoja de la soberanía consiste en que el soberano, al tener el poder legal de suspender la validez de la ley, se sitúa legalmente fuera de ella y por lo tanto está al mismo tiempo fuera y dentro de la ley (Ibíd.). En la figura de Martín Sánchez como figura de excepción se reúnen los distintos poderes (ejecutivo, legislativo y judicial). El Estado lo *incluye* como parte del proyecto de consolidación nacional pero solo a través de su *exclusión*, es decir, sólo en la medida en que actúa en un espacio en el que la ley es suspendida de él y así puede encargarse del bandido.

El bandido no está simplemente por fuera de la ley sino puesto en bando, es decir, *abandonado* por ella (Agamben 1995, 43). Gracias a la categoría de bandido este queda desprovisto de existencia política, siendo reconocido como no-ciudadano. La relación del Estado

con el bandido no es la de la mera exclusión sino la del abandono. El bandido es incluido, producido por el poder soberano, a través de su excepción, es decir, en la medida en que actúa, al igual que él soberano, en un espacio de indeterminación frente a la ley. En el estado de excepción, la ley pierde su delimitación frente a la vida. Es en este espacio de excepción, espacio indiferenciado con respecto a la ley, donde Martín Sánchez, el Zarco y Juárez se encuentran.

Lo que para Escalante es un escándalo y reflejo de la corrupción política que se puede rastrear hasta el presente (1997, 199), representa la puesta en juego del poder político mismo al interior del espacio nacional. En la tensión narrativa entre el justiciero y el bandido, Altamirano da cuenta de la emergencia de figuras de excepción que pertenecen estructuralmente a los proyectos de construcción nacional. Así, se puede decir que la novela de Altamirano trata uno de los temas centrales para la filosofía política que sigue siendo objeto de debate hasta hoy (Agamben 1995, 2003, Esposito 2002, Chomsky 2006): la relación entre excepción y ley. Esta lectura de *El Zarco* nos lleva más allá de los límites de su interpretación como una novela basada en la idea de reconciliación nacional y nos permite vislumbrar la estructura de exclusión-inclusión que está a la base de la nación misma.

## **7.0 EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE SIERRA COMO CONTINUACIÓN DE ALTAMIRANO**

Rastrear la forma del lenguaje político en la novela *El Zarco* y algunos de los ensayos de Altamirano, frente a los textos históricos y políticos de Justo Sierra (1848-1912), tiene sentido no porque reconozcamos la literatura como el ámbito a través del cual la realidad es reflejada, sino como la puesta en escena de la complejidad histórica y política del país mexicano a través de la lente de los que han sido reconocidos como *Maestros* del país. Ambas figuras representan dos momentos del liberalismo y comparten un mismo lenguaje que dio forma a la vida política de la nación en el siglo XIX y cuyas repercusiones pueden trazarse hasta hoy. Justo Sierra es heredero del pensamiento cultivado por Altamirano en la primera etapa del liberalismo; puede reconocérsele como uno de los continuadores de su obra y a la vez como una figura que representa la ruptura con el viejo liberalismo y el nacimiento de un liberalismo “científico” en la era del Porfiriato. El propósito aquí es trazar cómo cambia y se desarrolla el proyecto regenerador de Altamirano a Sierra trazando una línea de continuidad en su pensamiento político.

Altamirano vio en Justo Sierra al discípulo capaz de continuar su magisterio o probablemente la continuidad de su propia experiencia como alumno de Ignacio Ramírez. En una carta escrita el 4 de agosto de 1889 con motivo de la velada Literaria que el Liceo mexicano realizó en homenaje a Altamirano, Sierra relata como su Maestro lo había llevado desde muy

joven a participar de las veladas literarias conformadas por figuras reconocidas en el ámbito literario y político como Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, el General Vicente Riva Palacio y Luis Gonzaga Ortiz, veladas donde supo ganarse un lugar de preferencia. En la misma carta Justo Sierra recuerda cómo antes de los catorce años vio a Altamirano en la tribuna de la Cámara pronunciando su discurso en contra de la ley de amnistía a los conservadores (1861a, 53). La fuerza, la vehemencia y las ideas de Altamirano impresionaron a Sierra. Después de alabar su desempeño en dicho discurso y lleno de admiración afirma: “semejantes espectáculos no se olvidan jamás” (Sierra 1889, 47). Sierra además reconoce que la influencia de Altamirano en “la moderna literatura vernácula, es superior á la de cualquiera otra personalidad; por eso ha penetrado tanto, por eso jamás se olvidará (...) una personalidad literaria más ó menos poderosa; era un *partero de almas* como Sócrates (...) ¡Maestro! Haceis bien en usar de (sic) esta palabra, cuando de Altamirano se trata, porque ella encierra un concepto filial” (Sierra 1889, 55).

La admiración de Sierra por Altamirano no se extinguiría a pesar de las diferencias en su pensamiento político que con el tiempo se acrecentarían cada vez más. Identificar algunas de estas diferencias nos permite rastrear aquello que permanece y aquello que se transforma en el lenguaje político de la época. Lo primero que es importante tener en cuenta es que con la victoria de Benito Juárez sobre el emperador Maximiliano y el partido conservador en 1867, el conservadurismo terminó asociándose directamente con la traición, así quienes quisieran participar en la arena política debían inscribirse necesariamente dentro de la línea del liberalismo.

Altamirano hace parte de la primera generación de liberales que más adelante sería identificada como la corriente del liberalismo clásico. Siguiendo la tesis de Brading, con frecuencia el discurso de estos liberales ha sido asociado con la idea de construcción nacional, y

el nacionalismo ha sido entendido como la base de su retórica, así el concepto que predominaba en el vocabulario de los liberales de la reforma era el de *la patria*. Encender en el alma del pueblo “el santo fuego del patriotismo” (1870b, 209) era un propósito que Altamirano admiraba. Altamirano se reconoce así mismo como parte de los “obreros del progreso y la regeneración” (205) y como un apóstol del culto a la patria que está dispuesto a morir peleando por defenderla. La fuerza retórica de la idea de patria, que modela el pensamiento de Ignacio Ramírez y Altamirano, tiene sus orígenes en dos momentos históricos: la Revolución Francesa —el precedente más importante de la lucha liberal en contra de la monarquía conservadora y el momento histórico privilegiado por Agamben en el desarrollo de su trabajo sobre “estado de excepción”— y la Independencia. Altamirano establece una línea de continuidad entre los insurgentes de la independencia —exaltando la figura de “el padre de México, el inmortal Hidalgo” (Altamirano 1870b, 208)— y el liberalismo. Siguiendo la tesis de David Brading, el pensamiento de Altamirano corresponde a la del republicanismo clásico más que al de las doctrinas del liberalismo, esto quiere decir que al mismo tiempo que defiende el interés individual propone que el sentido de la acción política radica en el servicio que el ciudadano puede prestarle al país, a la patria, a una república libre.<sup>79</sup> El patriotismo liberal de Altamirano

---

<sup>79</sup> “To appreciate the importance of this ideological innovation, it is advisable to recall that J. G. A. Pocock has drawn a clear contrast between the doctrines of liberalism and classical republicanism. Whereas liberalism conceived of society as a concourse of individuals, each engaged in the pursuit of self-interest, constituting a confederation of property-holders bound by contractual obligation, by contrast classical republicanism taught that men only find fulfillment in political action undertaken as citizens of a free republic. The origin of this doctrine has been traced back to the civic humanism of fifteenth century Florence and to Machiavelli, who so forcefully asserted the primacy of political action over other human or Christian values. In eighteenth-century France, Montesquieu observed that whereas monarchies and despotisms were respectively governed by honour and fear, republics were animated by virtue, a concept which still retained much of the Machiavellian *virtù*. Similarly, Rousseau argued that only as a citizen of a free republic could man enjoy liberty and equality and realize his potential as a social being. Both Machiavelli and Rousseau sharply criticized Christianity for its other-worldly concerns, which distracted men from commitment to the pursuit of civic virtue and political action. Thus, whereas possessive liberalism adopted the night-watchman view of the state, fearful that a strong central government might impede the free play of individual interest, classical republicanism urged men to win glory by the sacrifice of their lives in the service of their city and country” (Brading 1988, 29).

era la versión mexicana del republicanismo clásico que estaba basado en tres principios fundamentales: el constitucionalismo, un poder ejecutivo débil (de ahí su fuerte crítica a lo que él interpretaba como el autoritarismo de Juárez y su ambivalencia profunda alrededor de la figura del justiciero) y la idea del ciudadano libre.

Ya que crear ciudadanos para la república era uno de los puntos más importantes para el liberalismo clásico, en tiempos del Porfiriato Altamirano se convirtió en un fuerte crítico del gobierno, el cual se focalizaba más en la prosperidad económica y un poder centralizado en el Ejecutivo. Con el afianzamiento de las ideas positivistas y la preeminencia del desarrollo industrial como parte esencial del programa político del Porfiriato, a los ojos de Altamirano la figura del ciudadano libre como elemento primordial del liberalismo, y figura central de cualquier programa político, terminaría por sucumbir. En un artículo publicado el 10 de mayo de 1878 llamado “Liberales-Conservadores”, Sierra explica que precisamente el problema del régimen constitucional es que se había basado en el dogma de que el individuo es un soberano absoluto (1878a, 56). El error consiste para Sierra en que este no es más que un mero ideal sin sustento en la realidad. Del mundo de los ideales, de la nación por venir, es preciso embarcar al país en el mundo de las leyes científicas, las cuales “nos enseñan que el individuo y la sociedad son dos grandes realidades orgánicas, que no pueden separarse sino destruyéndolas” (1878a, 56). El pensamiento político de Sierra sienta sus bases en la comprensión de la sociedad como un organismo sometido a leyes que el hombre no puede ni debe intentar cambiar. El progreso consistirá entonces en *dejar ser* a la sociedad para que esta pueda desarrollarse sin apelar a revoluciones ni asambleas populares (1878b, 60).

Para Sierra, después de la generación de liberales de la reforma, la transformación política del liberalismo debía comenzar por dejar de seguir creyendo en los principios absolutos



de la revolución y las “concepciones metafísicas que están por fuera del alcance de la ciencia” (1880, 83). En una carta escrita por Sierra a Altamirano y publicada en el periódico *La Libertad* el 13 de octubre de 1880, Sierra le dice a su Maestro que ni la Revolución de Ayutla ni la Revolución de la Reforma (luchas en las que Altamirano participó no solo como ideólogo sino en el campo de batalla) son condenados por el criterio positivo, y se disculpa si es que estos hechos han sido objeto de un juicio injusto. Aclarado esto, Sierra no duda en declarar que los héroes de estas revoluciones partieron de “una noción eminentemente subjetiva y ajena a toda observación científica de la realidad —“es la historia de todos los revolucionarios del mundo” (1880, 82)—. De acuerdo con Sierra esta generación de liberales lucharon en nombre de la libertad absoluta con base en creaciones utópicas que terminaban traicionando la idea misma de libertad.

Desde 1878, el liberalismo tomaría un nuevo rumbo con la llamada *política científica*. Justo Sierra era el líder de esta nueva generación de liberales (Telésforo García, Francisco Cosmes, Santiago Sierra y Jorge Hammeken y Mexía) miembros del periódico *La Libertad*, el cual era apoyado financieramente por el Porfiriato. Este grupo, además de ser soporte ideológico del Porfiriato, también era un fuerte crítico del régimen.<sup>80</sup> Los científicos identificaban a los liberales de la reforma como los “viejos liberales”. El problema con los *puros*, como también eran llamados, era que “creían tener el secreto divino de la regeneración” (1878b, 59), mientras que para los científicos este “secreto” se encontraba en la ciencia. Ellos se hacían llamar los “nuevos liberales”, diferenciándose de la generación anterior porque aplicaban la ciencia a la política. Se definían también como “conservadores” liberales, lo cual quería decir que le daban

---

<sup>80</sup> Una de las críticas más importantes de Sierra la deja consignada en una carta escrita al general Porfirio Díaz en noviembre de 1899: “la reelección significa hoy la presidencia vitalicia, es decir, la monarquía electiva con un disfraz republicano (...) en la República mexicana no hay instituciones, hay un hombre” (1899, 112).

prioridad al orden como el entorno que engendraría la anhelada libertad. Pero el orden no debía ser el único fin, este debía ser el impulso hacia el progreso, y esto es lo que de acuerdo con Sierra los convierte en liberales (1878a 57). Estas nuevas ideas políticas no eran solamente ideas para los científicos sino también leyes naturales, por tanto las revoluciones eran innecesarias, pura pérdida de vitalidad y de sangre (1878a 56). Sierra insiste en que hay que buscar otros medios y no continuar creyendo “que se puede regenerar por la violencia” (56). ¿Regenerar? Por supuesto. ¿Los medios para lograrlo? El orden y el progreso que ofrece el método científico. Orden y progreso son los dos pilares de la política científica que eran profesados por la filosofía positivista de Comte (Hale 1997, 9). De las tres etapas de la evolución identificadas por Comte: teológica, metafísica y positiva o científica, Sierra explicaba que el liberalismo clásico o reformista pertenecía a la segunda etapa y el nuevo a la tercera.

Uno de los objetos de debate más importantes entre la vieja y la nueva generación de liberales, y que refleja las diferencias ideológicas entre los dos grupos, fue la Constitución de 1857. Para Altamirano, la Constitución del 57 y las Leyes de Reforma constituían la expresión del triunfo “progresista del siglo XIX, eran pasos gigantescos que nos hacían llegar a la altura en que se hallaban en economía, en política y en administración las naciones más civilizadas: eran conquistas prácticas de duración eterna y que el espíritu del retroceso iba a ser impotente para destruir” (1870a, 90). En contraposición, dado que los científicos creían que una constitución debía ser expresión natural del orden social, la Constitución de 1857 solo podía reflejar una visión del pasado que ya no correspondía con la realidad. Para resolver el desorden social reinante, para los científicos la constitución debía poner énfasis en el poder del Ejecutivo más que en los derechos individuales. Los derechos individuales debían estar supeditados a los derechos de la sociedad. Los Científicos, entonces, consideraban que para alcanzar la libertad

individual que promovía la constitución había que llegar primero a un estadio de orden social. La libertad del ciudadano vendría después de que el Estado y sus instituciones resolvieran los problemas nacionales más importantes, dando solución a las trabas materiales -impulsando el desarrollo económico y morales- por medio de la instrucción (1878b, 60). La libertad no es una prenda que los hombres llevan consigo desde nacer, la libertad se aprende en uno de los lugares sagrados para el liberalismo: la escuela.

Lo que antes habían sido los principios del liberalismo ahora debían ser los fines, por esto la libertad no debía ser el punto de partida pero aquello hacia lo cual debía dirigirse el país. Estabilidad y orden antes que libertad era la consigna de los científicos. En ese sentido las fórmulas revolucionarias del liberalismo republicano, al cual pertenece Altamirano, son para Sierra “anacronismos impotentes”:

[...] después de lo que hicisteis vosotros, algo hay que hacer todavía, y para conformarse a las necesidades que la envuelven y la dominan, se atiene a reglas fundadas en las leyes naturales y no a las creaciones utópicas de la edad metafísica, y a este modo de ver las cosas da el nombre de positivismo; se trata, pues, de un método al que lo mismo la juventud mexicana que la de los Estados Unidos habrá de someterse; es un resultado de la inflexible ley de la evolución. (Sierra 1880, 83-84)

Para los científicos, la constitución debía darle al Ejecutivo las suficientes herramientas para ejercer el poder como era necesario, únicamente una “tiranía honrada”, como la llamaba Francisco Cosmes, resolvería el problema de desorganización y anarquía que caracterizaba la realidad nacional. Precisamente, en 1861 Benito Juárez se queja y denuncia que bajo la constitución de 1857 es imposible gobernar. Altamirano reconocería esto en varios de sus ensayos políticos y se convertiría en un crítico implacable del autoritarismo de Juárez, reiterada por Francisco Bulnes en sus dos libros sobre Juárez (1904, 1905).

Una de las preocupaciones comunes entre Altamirano y Sierra es el despotismo. De manera reiterada ambos autores previenen contra sus peligros. Sierra llama la atención sobre el hecho de que no muy diferente de las monarquías absolutas, los gobiernos representativos han concentrado “una suma proporcional de autoridad que, creciendo en razón directa de las cada vez más complejas atribuciones del Estado, suelen sobrepasar a las del soberano en el régimen absolutista” (Sierra 1885, 326). Por esta razón, la concentración creciente del poder, Sierra no solo apoya sino critica el régimen del Porfiriato. Sierra advierte lo mismo que Altamirano, el peligro de que en los estados modernos los pueblos deleguen sus derechos a los dictadores. “En pueblos de tan incoherente estado social, de tan peligrosa situación geográfica, de tan dividida organización constitucional” (Sierra 1885, 327) será necesario fortalecer el poder del Estado. El discurso de incoherencia, peligro y división le permite justificar las limitaciones que deben imponérsele a la libertad política.

De acuerdo con su monumental obra *Evolución política del pueblo mexicano* (1902), Sierra entiende la evolución social mexicana como dividida en tres etapas: la Independencia, que dio vida a la personalidad nacional, la Reforma, que dio vida a la personalidad social y la Paz, que dio vida a la personalidad internacional. El Estado es percibido como un Estado docente encargado de formar ciudadanos políticamente capaces y moralmente desarrollados. ¿Cómo promover la evolución del pueblo mexicano? Educación, nutrición, mestizaje y colonización. En estas cuatro estrategias Sierra basó su proyecto de regeneración nacional.

Educación y deber ciudadano van de la mano para Sierra, así es como atribuye al hombre ilustrado, o al menos alfabetizado, la responsabilidad de decidir sobre el destino de la nación: “La instrucción obligatoria y el voto obligatorio son dos necesidades magnas de las democracias hispanoamericanas: todo adulto debe saber leer y escribir, todo ciudadano que sepa leer y

escribir debe votar” (Sierra 1885, 327). Además de la función política de la educación, esta tiene también una función moral, ya que a través de ella los vicios de la indolencia y la inclinación al robo, “que se achacan al mexicano” (312) poco a poco se irán extinguiendo por medio de la acción de la escuela. Sin embargo, Sierra enfatiza que ella sola no es suficiente para la evolución del pueblo mexicano, se necesita además “la transformación coincidente de las condiciones del trabajo nacional” (Ibíd.), es decir aquel que corresponde con la formación industrial. El sujeto nacional debe además de educarse, insertarse dentro de las dinámicas del capitalismo a través de su trabajo. Sujeto nacional será sinónimo de aquel que aporta a la nación con su mano de obra. Por tanto, educación y trabajo van unidas y su lugar dentro de la agenda política es privilegiado. Finalmente la educación tiene una función económica. Esta es concebida por Sierra como un capital que debe ser invertido, es preciso convertir los “capitales intelectuales inertes” en “capitales activos y productores” (311). Por tanto, la relevancia de la tarea educativa se encuentra en que a través de ella se producirá al sujeto que debe ser protagonista del programa económico del Porfiriato: ya no el campesino sino el obrero.

En la primera sección de su ensayo “México social y político (apuntes para un libro)” (1885), antecedente de su libro *La Evolución política del pueblo mexicano* (1902), Sierra sostiene que “el problema social para la raza indígena es un problema de nutrición y educación” (1885, 296), y ratifica más adelante, un problema fisiológico y pedagógico. Concluye la sección afirmando que “la familia mestiza (...) ha constituido el factor dinámico de nuestra historia (...) fecunda los gérmenes de nuestro progreso intelectual; ella ha fundado en la ley, y a vuelta de una generación habrá fundado en los hechos, la libertad política” (1885, 299). El mestizo, el único a quien pude llamarse propiamente mexicano, posee la semilla que dará vida a la nación y convertirá en realidad la promesa de la libertad. Pero si la esperanza de la evolución y progreso

del pueblo mexicano se encuentra en el sujeto mestizo ¿quiere decir que el problema “social” de la raza indígena cruza los límites de lo social y cultural y para Sierra tiene sus bases en una cuestión biológica? El problema de *ser* indígena es *no ser* mestizo. Por supuesto no se trata de negar la trascendencia de la figura de Sierra en la tarea de expandir la educación e incluir en este proyecto al indígena. Pero no hay que olvidar tampoco que dicho proyecto expansivo implicaba un proceso de abandono: “nos falta producir un cambio completo en la mentalidad del indígena por medio de la escuela educativa. Esta, desde el punto de vista mexicano, es la obra suprema que se presenta a un tiempo con caracteres de urgente e ingente. Obra magna y rápida porque o ella o la muerte” (Sierra 1902, 291).<sup>81</sup>

La segunda sección de su libro *México social y político (apuntes para un libro)* lleva por título “Geografía, economía, educación y colonización”. En dicha sección Sierra vuelve a resaltar la importancia de la alimentación y la educación para extirpar en el indio dos de sus “goces supremos”: la embriaguez y el culto.

El pulque, los aguardientes extraídos del maguey y los cirios para los santos, he aquí lo que tiene encadenado al indígena y aun al mestizo rural a un estado de inferioridad desesperante; en la población industrial existen hábitos análogos, pero tienden a mezclarse ya con otras ideas, con otras aspiraciones; una levadura nueva empieza a hacer fermentar la masa social. (1902, 311)

El mundo indígena considerado estático, se encuentra estancado en el tiempo y destinado a desaparecer ante la fuerza aplastadora de la máquina civilizadora. El indígena queda invisibilizado como integrante activo del proyecto nacional pero incorporado como población industrial. Necesita convertirse en sujeto productivo e incorporarse a la sociedad capitalista a

---

<sup>81</sup> Hay que recordar que para Sierra la escuela es un gran agente modificador y su importancia radica en que en ella el indígena puede entrar en contacto con “individuos en quienes el progreso se realiza plenamente” (316).

través de los nuevos hábitos que adquirirá en la educación y que deberán ser correspondientes con la sociedad industrial. La responsabilidad de la Iglesia en esta tarea no es menor, sino nada menos que “arrancar de cuajo las supersticiones idolátricas de la raza indígena” (311).

Es necesario renunciar a la lengua, la cultura, las creencias, una visión de mundo que se encuentre anclada en el pasado. Pero esta renuncia no es suficiente si se acepta que la familia mexicana es y deberá ser la mestiza. Por ello, este proceso debe ir acompañado de un proyecto que estuvo en la agenda política de varias de las figuras más importantes del momento:

El remedio radical no es nuevo, ni podía serlo; ha sido la esperanza instintiva del pueblo mexicano, la eterna pesadilla de nuestros estadistas; es un tópico, pero una verdad: la colonización. Quiere decir que, puesto que el fenómeno social de la formación de una familia mexicana, derivada de las razas que han poblado el país, ha llegado a la nacionalidad, a la paz y progreso, todo nuestro porvenir estriba en fomentar el crecimiento de esa familia, en activar la mezcla, en crear un pueblo. El único medio es la aclimatación de elementos de procedencia europea más o menos directa entre nosotros; es la colonización (313). Sería un crimen para los mexicanos dudar del resultado final; no lo será menos el no procurar aunar todas nuestras fuerzas, imprimiéndoles esa dirección. (Sierra 1885, 314)

La colonización es el motor, la esperanza de evolución del pueblo mexicano. Pero, ¿quién es ese pueblo? El pueblo es el producto de la mezcla racial, que para Sierra quiere decir una tendencia a que los elementos europeos se reafirmen. El proyecto de colonización europea como medio para la formación de la nueva familia mexicana es planteada dentro de los términos del discurso económico que prevaleció durante el régimen del Porfiriato: “la afluencia de capital en forma de población” (313). Este vocabulario pone en evidencia la comprensión de la población como un objeto con valor material, o mejor, un capital en el cual puede y debe invertirse. Para los nuevos liberales la paz porfiriana y el desarrollo económico crearían las condiciones necesarias para la realización de este propósito. El progreso no debe ser solo económico sino

social y especialmente racial, de ahí que los procesos de mestizaje y colonización sean fundamentales para el programa de Sierra:

Nos falta devolver la vida a la tierra, la madre de las razas fuertes que ha sabido fecundarla, por medio de la irrigación; nos falta, por este medio con más seguridad que por otro alguno, atraer al inmigrante de sangre europea, que es el único con quien debemos procurar el cruzamiento de nuestros grupos indígenas, si no queremos pasar del medio de civilización, en que nuestra nacionalidad ha crecido, a otro medio inferior, lo que no sería una evolución, sino una regresión. (Sierra 1902, 291)

El proyecto de Sierra se convierte aquí en un proyecto abiertamente biopolítico, justificado por la necesidad de promover la evolución. Para dar vida nueva a la tierra hay que irrigarla con sangre europea. Aquí el concepto de irrigación es perfecto para explicar cómo cada extremidad del organismo social deberá ser recorrido por esta sangre nueva.

En su capítulo “Gobierno e historia política” de su libro *México social y político*, Sierra resalta las ventajas del programa político que asumió el poder después de la guerra americana:

poner en circulación una masa de riqueza que permitiera al gobierno vivir normalmente y ejercer la policía social, por tal suerte, que la seguridad y el respeto a las garantías atrajera al inmigrante y al capital europeo, condiciones primordiales de nuestro futuro progreso. Este programa fue acertado, aun cuando mucho influyeran en él los apetitos y las ambiciones de los eternos explotadores de las ideas. Tal fue (haciendo a un lado medios y detalles) la base proporcionada, con perfecta intuición de las necesidades mexicanas, a nuestra regeneración social. (Sierra 1885, 320-21)

Sierra apoya estas políticas llevadas a cabo en el pasado como antecedentes de las medidas que debían tomarse para regenerar a la nación. El autor expone su preocupación por ejercitar una policía social que no solo controle y vigile a una población que ya existe, sino a una población que debe ser producida a través de la inmigración y la colonización. Se trata de un



proyecto de injerencia directa sobre la vida, gracias al cual esta es cualificada y jerarquizada. En palabras de Sierra, la base del proyecto de regeneración social implica la producción y promoción de todo un conjunto de políticas —vigilancia, control, seguridad— y prácticas —educación, nutrición, inmigración, colonización— que identifican al mestizo como el agente político fundamental del proyecto (316). La urgencia del programa de regeneración radica en que como él mismo lo explica, si no se aplica solo queda la muerte. La vida del alma nacional depende de su cumplimiento.<sup>82</sup>

El proyecto de Sierra va más allá de los límites de lo que anteriormente llamamos “el mestizaje cultural” propuesto por Altamirano, es decir, el interés de Altamirano por que el indio, el campesino, el obrero, el hombre mexicano se convierta en ciudadano a través de la educación y otros mecanismos como la lectura de novelas. Sierra en cambio propone abiertamente la necesidad de crear las condiciones para que emerja el mestizo racial. “If the patria issued from the *Grito de Dolores*, the nation was conceived in the embrace of Cortés and Malinche” (Brading 47).

Dar vida nueva a la población, quiere decir dar vida a “la familia propiamente mexicana, es decir, la mezclada” (Sierra 1885, 301), como aquella en la cual está puesta la esperanza de la nación. Según esto, la familia mexicana es aquella que surge del “mundo mestizo” o “neomexicano”. Sobre los hombros de estos sujetos, que se encuentran en minoría en los campos y en su mayoría en las ciudades, se halla el peso del futuro de la nación mexicana. El

---

<sup>82</sup> Aún el cristianismo puede ser un elemento útil para el proyecto regenerador. “Estamos, pues, de acuerdo con el gobierno coahuilense; si se nos apura, no vacilaríamos en confesar que el cristianismo, aun bajo su forma heterodoxa, es un poderoso elemento de regeneración para un pueblo sumido en las supersticiones de la idolatría. Sin vacilar afirmamos que, con excepción de unos cuantos grupos, la inmensa mayoría de nuestra clase indígena está en ese triste estado, que la apatía propia de nuestra raza ha dejado que en manos de los pastores de almas el catolicismo se convierta en una maraña de ritos melancólicos y absurdos en que han revivido una buena parte de los de la religión indígena, y que el carácter profundamente humano y espiritual del Evangelio se ha evaporado bajo la presión infinita de las devociones”. (1902, 89).

contexto industrial y el conocimiento ilustrado le da a esta familia la ventaja de tener mayor capacidad de adaptación a los cambios que exigen los nuevos tiempos, pues las poblaciones rurales son mas renuentes al cambio. Pero no basta con programas que inyecten al mestizo con los elementos urbanos, industriales e ilustrados (301). La nación debe ser irrigada con nueva sangre, nueva vida. Regenerar social, cultural y biológicamente para abandonar al indio y producir al obrero.

El proyecto de Sierra refleja el modo en que teorías y prácticas asociadas con el liberalismo del siglo XIX se articulan con modos de distribución, producción y dominación de la vida de la población que fue diagnosticada por los científicos como “degenerada”. Sus políticas científicas estaban enraizadas en un proyecto de regeneración social que a través de retóricas de libertad, orden y progreso defienden una idea particular sobre la vida.

Sierra termina la carta escrita a Altamirano (1880) diciéndole que espera que el siga “siendo el luminoso y amado mentor de la nueva generación, como ha sido usted el niño mimado de la generación que se va. (...) Pero concibo que haya una cosa superior a nuestros afectos y más grande, no vacilo en decirlo, que la Reforma, que la Libertad y que la Patria misma: la Verdad” (Sierra 1880, 83-84). Pero ¿cuál es esa verdad? Con este artificio retórico Sierra le da una estocada final a su maestro.

## **8.0 CONCLUSION**

En un documento de casi quinientas páginas titulado “Deuda con la humanidad-Paramilitarismo de Estado 1988-2003”, presentado por el Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), se reportaron 14.476 crímenes de lesa humanidad perpetrados por los paramilitares entre ejecuciones, desapariciones y torturas. Mancuso, uno de los jefes más importantes de las Autodefensas Unidas de Colombia, en el actual proceso llevado a cabo en contra de los paramilitares ha confesado 26 de las 246 masacres cometidas por estos grupos en las últimas décadas. Sólo recientemente el fenómeno paramilitar ha sido analizado más exhaustivamente como instrumento de contrainsurgencia y guerra sucia del Estado, a partir de las coaliciones con actores locales y regionales y teniendo en cuenta sus relaciones con el narcotráfico y otros negocios ilícitos. Por supuesto la complejidad de un fenómeno como este solo se puede explicar teniendo en cuenta los factores históricos, sociales y económicos que crearon las condiciones para su emergencia. Sin embargo, la premisa sobre la cual los paramilitares han basado su discurso ha estado y sigue estando retóricamente aunada a la idea de “salvar al país” de los grupos al margen de la ley. Bajo este argumento se han llevado a cabo sinnúmero de crímenes de lesa humanidad.

Aunque implicaría otro tipo de estudio, al final de esta investigación traigo a colación este fenómeno porque a pesar de la distancia histórica que separa el XIX del momento actual, el lenguaje político de la regeneración sigue perviviendo a través del Estado y las extensiones

perversas que lo configuran. En nombre de la regeneración —y con las “mejores” intenciones— el espectro de acciones que se han llevado a cabo es demasiado amplio: se han promovido proyectos políticos, se han implementado programas educativos y económicos, se han producido tratados y manuales de comportamiento y regulación del cuerpo, se han erigido constituciones y al mismo tiempo se ha justificado el exterminio del otro.

Estos ecos y resonancias del lenguaje de la regeneración pueden trazarse desde los discursos de independencia de los países latinoamericanos, preocupados por consolidar la libertad del imperio, implantar el orden y promover el progreso. Recordemos que el problema para Núñez es precisamente que “no se ha comprendido en la mayor parte de estas repúblicas la libertad, sino como aliada del desorden, y, a más de medio siglo de distancia, se repiten las elegíacas palabras de Bolívar: la América es ingobernable, aplicadas a la América española” (1891c, 87). De ahí la necesidad de implementar lo que será el gobierno colombiano de La Regeneración.

Considero que leer los proyectos de formación nacional del XIX no solo como propuestas de civilización, educación, de orden político y social, sino como proyectos de renovación de la vida de las poblaciones, enriquece y complejiza la perspectiva a partir de la cual se perciben y entienden los proyectos nacionales. Los trabajos de Ángel Rama, Julio Ramos y Beatriz González Stephan fundaron un campo de reflexión crítica para los estudios sobre el XIX; ellos constituyen sin lugar a dudas los hombros de gigantes sobre los cuales este estudio pone sus bases. Partiendo de su trabajo, mi propuesta en estas páginas fue rastrear el lenguaje político del XIX reconociendo en la idea de regeneración su fuerza discursiva. La relevancia del término regeneración se puede identificar en varios niveles. Primero, en su discurso los intelectuales hicieron uso literal de la palabra para referirse a reformas de tipo moral y político (1868, 51) y

proyectos de educación, nutrición, mestizaje y colonización (Sierra 1902) entre otros. En segunda instancia se trata de un término lo suficientemente abarcador como para contener los distintos discursos de la elite política e intelectual del momento al mismo tiempo que describe el espíritu de dichos proyectos. En tercer lugar la regeneración tiene sus ventajas en cuanto herramienta conceptual. Bajo el argumento de la necesaria regeneración de las naciones y la producción de una nueva población se modeló el lenguaje político de la época. Sin embargo, al centro de este gesto no se encuentra un propósito meramente inclusivo o reformador, tampoco es la exclusión una consecuencia necesaria de tal proyecto, lo que está a la base de la regeneración es la exclusión-inclusiva de los sujetos, el abandono.

El lenguaje de la regeneración complica una lectura dualista de los proyectos nacionales: civilización o barbarie, dentro o fuera de la ciudad letrada, inclusión o exclusión. A través de un vocabulario de regeneración y abandono el discurso de políticos, escritores e intelectuales de la época se complejiza. Se trata de ir más allá de un intento por representar la barbarie para incluirla y someterla a las leyes generales de la civilización excluyendo al que no se someta. Me interesa en cambio identificar no un exterior diferenciado de un interior sino un umbral de indiferencia en el que el poder incluye excluyendo. Las implicaciones de este giro crítico se encuentran en el hecho de que nos permite ver en toda su complejidad el gesto del poder.

En ambos contextos nacionales en los que se centro este estudio, Colombia y México, el lenguaje político se forja en relación con la idea de regeneración. A pesar de sus diferencias en cuanto a las tendencias políticas del momento —en el caso de Colombia un creciente periodo de conservadurismo, mientras que en el caso de México de liberalismo— resulta crucial que precisamente en ambos contextos la idea de regeneración se encuentra en el centro del debate político, el término además aparece literalmente en los discursos políticos. Queda por supuesto

por explorar cómo este lenguaje de la regeneración configura el discurso no solo de otros representantes de la vida intelectual y política de ambos países sino cómo aparece en el contexto de otros países latinoamericanos y cuáles son las resonancias entre unos y otros.

Pero al asumir las ventajas de un análisis sobre el lenguaje político de la regeneración se revelan las limitaciones propias de este estudio. Es decir, hablar de regeneración implica asumir todas sus consecuencias discursivas y de facto, las cuales suponen literal y abiertamente la exterminación del otro. De ahí la relevancia de esta empresa. Estamos obligados a no desconocer las implicaciones éticas de la idea de la regeneración como modeladora del discurso político, las cuales, en el contexto latinoamericano instalaron estructuras de desigualdad difícilmente alterables y más bien justificadoras de exclusiones concretas.

La regeneración modeló las estrategias, los mecanismos y las instituciones del momento. Esta idea supone, como se dijo, la existencia de una población degenerada que necesita ser recuperada para la nación. En ese sentido, parte del presupuesto no de la existencia de entes vacíos sino de entes corruptos que necesitan ser reparados y reconstruidos. Esta idea, a diferencia de las de educar, civilizar, pacificar, ordenar, lo que agrega al debate es que nos recuerda que los proyectos nacionales asientan sus bases en la idea de que el territorio está compuesto por una población degenerada a la cual necesita dársele nueva vida política. La potencia de este discurso se encuentra en que permite inventar la diferencia. En la diferencia, en este caso la barbarie, el exterminio del otro tiene sentido. De esta manera, el lenguaje político de la regeneración nos impone la responsabilidad de asumir todas sus consecuencias éticas y políticas. Esta es una tarea que queda abierta. Aquí este estudio encuentra su límite y su mayor desafío.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abud, Eduardo. 2003. "Práctica narrativa de Ignacio Manuel Altamirano (a propósito de Clemencia)". En *Divergencias. Revista de estudios lingüísticos y literarios*. 1: 57-67.
- Agamben, Giorgio. 1995 [1998]. *Homo sacer: El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.
- . 2003 [2004]. *Estado de excepción*. Homo sacer II, 1. Valencia: Pre-Textos.
- Alonso, Amado. 1951 [1982]. "Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello" en Bello, Andrés. *Gramática. Obras Completas de Andrés Bello*. Tomo IV. Caracas: Fundación La Casa de Bello, IX-XXXVI.
- Altamirano, Ignacio Manuel. 1855 [2001]. "Ensayo de una oración cívica que pronunció Ignacio María [sic] Altamirano, el día 16 de septiembre de 1855, en la heroica ciudad de Morelos por encargo de la Junta Patriótica. Pueblo rey". *Obras Completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XXIII. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- . 1861a [1986]. "Contra la amnistía". En Discursos y Brindis. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo I. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública. 53-60.
- . 1861b [1986]. "La suprema ley". En Discursos y Brindis. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo I. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública. 52-53.
- . 1867 [1989]. "Policía". En Periodismo Político 1. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XVIII. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- . 1868 [1988]. "Revistas Literarias de México (1821-1867)". En Escritos y de literatura y arte 1. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XII. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública. 29-174.
- . 1869a [2001]. *Clemencia*. México: Editorial Porrúa.

- . 1869b [1989]. “Vida Alcocer”. En Escritos sobre educación 1. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XV. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 43-46.
- . 1870a [2001]. “Introducción”. En Varia. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XXIII. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 88-93.
- . 1870b [1986]. “La educación popular”. En Discursos y Brindis. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo I. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública. 205-211.
- . 1871 [1989]. “Bosquejos. El Maestro de escuela”. En Escritos sobre educación 1. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XV. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- . 1880a [1989]. “Ineficaz jurado popular”. En Varia. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XIX. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 11-14.
- . 1880b [1989]. “Ladrones y asesinos”. En Varia. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XIX. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 15-19.
- . 1880c [1989]. “Suspensión de garantías. Respuestas a la carta del señor licenciado de Zayas Enríquez”. En Varia. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XIX. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 50-59.
- . 1901 [2000]. *El Zarco. Episodios de la vida mexicana en 1861-63*. (1901). Veracruz: Clásicos Mexicanos, Universidad Veracruzana.
- Alva, Luis. 1888. “La colonización extranjera y la raza indígena”. *La Libertad*. México, D.F., junio-julio de 1888.
- Anderson, Benedict. 1983 [1991]. *Imagined Communities. Reflections on the origin and Spread of Nationalism*. London : Verso.
- Anna, Timothy. 1985 [2003]. “La independencia de México y América Central”. En *Historia de México*, trad. Angels Sola. Barcelona: Crítica. 9-42.
- Arendt, Hannah. 1958 [1998]. *La condición humana*. Paidós: Barcelona.
- Arias Argáez, Daniel. 1951. “Recuerdos de José Asunción Silva”. *Bolívar* 1: 939-974.
- Ballescá, Santiago. 1901. “Al lector”. *El Zarco (Episodios de la vida mexicana en 1861-1863)*,



Ignacio Manuel Altamirano. Barcelona: Establecimiento editorial de J. Ballescá y Ca., Sucesor. 7.

Bazant, Jan. 1985 [2003]. “De Iturbide a Juárez”. En *Historia de México*, tr. Ángels Solá. Barcelona: Crítica. 43-81.

Bello, Andrés. 1823 [1982]. “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América”. *Estudios Gramaticales. Obras completas de Andrés Bello*. Tomo V. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 69-88.

-----, 1827 [1982]. “Bosquejo del origen y progresos del arte de escribir”. *Temas de Historia y Geografía. Obras completas de Andrés Bello*. Tomo XXIII. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 79-93.

-----, 1832 [1982]. “Gramática castellana”. *Estudios Gramaticales. Obras completas de Andrés Bello*. Tomo V. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 173-84.

-----, 1835 [1982]. “Estudio de la Jurisprudencia” (1835). *Temas Jurídicos y Sociales. Obras Completas de Andrés Bello*. Tomo XVIII. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 3-4.

-----, 1836 [1982]. “Sobre los fines de la educación y los medios para difundirla”. *Temas Educativos. Obras Completas de Andrés Bello*. Tomo XXII. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 657-667.

-----, 1844 [1982]. “Ortografía”. *Estudios Gramaticales. Obras completas de Andrés Bello*. Tomo V. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 97-116.

-----, 1844 [1982]. “Sobre la memoria de Lastarria” (1844). *Temas Jurídicos y Sociales. Obras Completas de Andrés Bello*. Tomo LXXIV. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 83-110.

-----, 1847 [1982]. “Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los americanos”. *Gramática. Obras Completas de Andrés Bello*. Tomo IV. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 1-398.

-----, 1848 [1982]. “Memoria correspondiente al curso de la Instrucción Pública en el Quinquenio 1844-1848”. *Temas Educativos I. Obras Completas de Andrés Bello*. Tomo XXI. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 28-81.

-----, 1855 [1981]. “Exposición de motivos”. *Código Civil de la República de Chile. Obras Completas de Andrés Bello. Vol. XII*. Caracas: Fundación La Casa de Bello.

-----, 1864 [1883]. “Principios de derecho internacional”. Tomo I. *Estado de paz*. Madrid: A. Perez Dubrull.

- Bergquist, Charles. 1978 [1999]. *Café y conflicto en Colombia (1886-1910). La Guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*. Bogotá: Banco de la República / El Áncora Editores.
- Blanco García, P. Francisco. 1894. *La literatura española en el siglo XIX*. Madrid: Saénz de Jubera Hermanos editores.
- Brading, D. A. 1988. "Liberal Patriotism and the Mexican Reforma". *Journal of Latin American Studies*. 20: 1. 27-48.
- Bulnes, Francisco. 1905 [1972]. *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*. México, D.F.: Editora Nacional.
- . 1904 [1960]. *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*. México, D.F.: Editora Nacional.
- Camacho Guizado, Eduardo. 1990. "Silva ante el Modernismo". En *Obra Completa de José Asunción Silva*. Edición crítica Héctor H. Orjuela, coordinador. Colección Archivos, 7. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 411-421.
- Caro, Miguel Antonio. 1871 [1993]. "El partido católico". En *Miguel Antonio Caro. Obra selecta*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 245-251.
- . 1883 [1980]. "A la estatua del Libertador". En *Tres cantores de Bolívar*. Bogotá: Banco de la República. 10-21.
- . 1886 [1932]. "Imperio de la legalidad" (1). En *Obras completas de Miguel Antonio Caro. Discursos y documentos públicos*. Tomo VI. pg. 8-11.
- . 1886 [1962]. "La Religión de la Nación". En *Obras completas de Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 1035-1048.
- . 1887 [1932]. "Discurso en el acto de posesión del Doctor Núñez". *Obras Completas de Don Miguel Antonio Caro. Tomo VI. Discursos y Documentos Públicos*. Bogotá: Imprenta Nacional. 41-42.
- . 1892 [1991]. "Concepto constitucional de la representación". En *Escritos Políticos*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 3-7.
- . 1896 [1993]. "Declaración sobre el partido nacional". En *Miguel Antonio Caro. Obra selecta*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 252-254.
- . 1898 [1993]. "Mensaje Presidencial al congreso de 1898". En *Miguel Antonio Caro. Obra selecta*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993. 258-288.
- Castro-Gómez, Santiago. 2004. *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en*

- Colombia. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Charry Lara, Fernando. 1965. "Divagación sobre Silva". *Eco, Revista de Occidente*. XII: 113-132.
- Chávez Guerrero, Herminio. 1985. *Ignacio Manuel Altamirano*. Chilpancingo: Instituto Guerrerense de la Cultura.
- Chomsky, Noam. 2006. *Failed States. The Abuse of Power and the Assault on Democracy*. New Cork: Metropolitan Books.
- Cobo-Borda, Juan Gustavo. 1988. "Silva, bogotano universal". En *José Asunción Silva. Bogotano universal*, ed. Juan Gustavo Cobo-Borda. Bogotá: Villegas editores. 29-121.
- Colmenares, Germán. 1968 [1997]. *Partidos políticos y clases sociales*. Bogotá: Tercer Mundo editores.
- Conway, Christopher. 2000. "Lecturas: Ventanas de la seducción en *El Zarco*". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. XXVI: 52. 91-106.
- , 2005. "El aparecido Azteca: Ignacio Manuel Altamirano en el necronacionalismo mexicano, 1893". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 62: 125-142.
- Cruz, Jacqueline. 1994. "La moral tradicional y la identidad mexicana vistas a través de los personajes femeninos de *El Zarco*". *Explicación de Textos Literarios*. 22. 1. 73-86.
- Davis, Lisa E. 1976. [1994]. "Modernismo y decadentismo en la novela *De Sobremesa* de José Asunción Silva". En *Leyendo a Silva*, ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Tomo II. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 209-230.
- Dabove, Juan Pablo. 2007. *Nightmares of the lettered city. Banditry and Literature in Latin America, 1816-1929*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- De Garganta, Juan. 1947 [1994]. "La política en la obra de José Asunción Silva". En *Leyendo a Silva*, ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Tomo II. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 27-46.
- Deas, Malcolm. 1993. "Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia". *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo, 1993. 25-60.
- Denzin, Jason C. 2006. *Writing the Nation: Ignacio Manuel Altamirano's Romantic Vision and Porfirian Development*. Dissertation. Department of History. University of Nebraska, Lincoln.
- Durán Luzio, Juan. 1999. *Siete ensayos sobre Andrés Bello, el escritor*. Santiago de Chile:

Editorial Andrés Bello.

Escalante, Evodio. 1997. "Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano". En *Homenaje a Ignacio Altamirano (1834-1893)*, ed. Manuel Sol y Alejandro Higashi. México: Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias Universidad Veracruzana. 189-203.

Esposito, Roberto. 2002. *Immunitas: protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Fortún, Clara F. 1985 [1975]. "La prosa artística de José Asunción Silva." En *José Asunción Silva, vida y creación*. Bogotá: Procultura. 457-470.

Franco, Jean. 1971 [1985]. *La cultura moderna en América Latina*, ed. México: Grijalbo.

Foucault, Michel. 1975 [1998]. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión*. México: Siglo XXI.

-----, 1983. "Why Study Power: The Question of the Subject". En Dreyfus, Hubert L. y Rainbow, Paul (1983). *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Chicago: The University of Chicago Press.

-----, 1999. *Estrategias de Poder. Obras Esenciales. Volumen II*. Barcelona: Paidós. Introducción, traducción y notas de Ángel Gabilondo.

-----, 1999. *Estética, Ética y Hermenéutica. Obras Esenciales. Volumen III*. Barcelona: Paidós. Introducción, traducción y notas de Ángel Gabilondo.

-----, 2000. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976*. México: Fondo de Cultura Económica.

-----, 2004 [2006]. *Seguridad, Territorio y Población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Franco, Jean. 1971 [1985]. *La cultura moderna en América Latina*. México: Grijalbo.

Froysland, Hayley. 2006. "The *regeneración de la raza* in Colombia". En *Nationalism in the New World*, ed. Don H. Doyle and Marco Antonio Pamplona. Athens: The University of Georgia Press. 162-183.

Giorgi, Gabriel. 1999. "Nombrar la enfermedad: Médicos y artistas alrededor del cuerpo masculino en De Sobremesa de José Asunción Silva." *Ciberletras: Revista de crítica literaria y cultura* 1. [www.lehman.edu/ciberletras/v1n1](http://www.lehman.edu/ciberletras/v1n1)

Glickman, Robert Jay. 1976 [1994]. "José Asunción Silva. Ante los avances tecnológicos de su época". En *Leyendo a Silva*, ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Tomo II. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 231-247.

- Gobineau, Arthur de Gobineau. 1853 [1970]. "Essay on the Inequality of the Human Races." En *Gobineau: Selected political writings*. Edited and introduced by Michael D. Biddiss. Harper & Row, Publishers, New York.
- González, Fernán E. 2006. *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado nación en Colombia (1830-1900)*. Medellín: La Carreta Editores.
- González Aníbal. 1987 [1994]. "Retratos y autorretratos: El marco de acción del intelectual en De sobremesa". En *Leyendo a Silva*, ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Tomo II. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 269-306.
- , 1997. "“Estómago y cerebro”: De Sobremesa, el Simposio de Platón y la indigestión cultural". *Revista Iberoamericana* 63 (178-179): 233-248.
- González Echevarría, Roberto. 1990. *Mito y archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- González Navarro, Moisés. 1960. *La colonización en México, 1877-1910*. México D.F.: Estampillas y Valores.
- González Stephan. 1995. González-Stephan, Beatriz; Lasarte, Javier; Montaldo, Graciela; Daroqui, María Julia (comp.). "Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado". *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila, 1995. 431-455.
- , 1996. "Economías fundacionales: Diseño del cuerpo ciudadano." *Cultura y tercer mundo: Nuevas identidades y ciudadanías*, comp. Beatriz González Stephan. Caracas: Nueva Sociedad, 1996. 17-47.
- , 1997 [2002]. *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional: la historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2002.
- Gonzalez, Beatriz y Juan Poblete (eds). *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: ILLI, en prensa.
- Graff Zivin, Erin. 2005. "Reading Max Nordau: Unspeakable Difference in Spanish American Modernism." *Chasqui; revista de literatura latinoamericana* 34 (1): 102-113.
- Guillory, John. 1993. *Cultural Capital: The problem of Literary Canon Formation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. 1983 [2004]. *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Bogota: Fondo de Cultura Económica.

- , 1990. “José Fernández Andrade: un artista colombiano finisecular frente a la sociedad burguesa”. En *Obra Completa de José Asunción Silva*. Edición crítica Héctor H. Orjuela, coordinador. Colección Archivos, 7. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 623-635.
- Hale, Charles A. 1989 [2002]. *Las transformaciones del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- , 1997. “Introducción”. *Justo Sierra: Un liberal del Porfiriato*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica. 7-17.
- Jaksic, Iván. 1997. “Introduction”. *Selected Writings of Andrés Bello*. Oxford: Oxford University Press, 1997. XXVII- LVI.
- , 2001. *Andrés Bello, la pasión por el orden*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Jaramillo Uribe, Jaime. 1996 [1997]. “La época de Silva”. En *Leyendo a Silva*, ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Tomo III. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 469-482.
- , 1997. *Pensamiento colombiano del siglo XIX*. Bogotá: Planeta.
- Jiménez Alarcón, Concepción. 1989. “Prólogo”. En Escritos sobre educación 1. *Obras completas Ignacio Manuel Altamirano*. Tomo XV. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Jiménez Borja, José. 1982. “La Gramática de Bello: Antes, entonces y ahora”. *Bello y la América Latina. Cuarto congreso del bicentenario*. Caracas: Fundación La Casa de Bello. 265-282.
- Katz, Friedrich. 1985 [2003]. “La restauración de la república y el porfiriato”. En *Historia de México*, trad. Jordi Beltrán y María Escudero. Barcelona: Crítica. 82-146.
- Loveluck, Juan. 1965. “De Sobremesa, novela desconocida del modernismo”. *Revista Iberoamericana*. 59: 17-32.
- Lund, Joshua. 2006. *The Impure Imagination. Toward a Critical Hybridity in Latin American Writing*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- , "Colonization and Indianization in Liberal Mexico: The Case of Luis Alva". Unpublished manuscript.
- Manrique, Juan Evangelista. 1914 [1988]. “José Asunción Silva. Recuerdos Íntimos”. En *José Asunción Silva. Bogotano universal*, ed. Juan Gustavo Cobo-Borda. Bogotá: Villegas editores. 125-134.

- Marín, Gioconda. 1985 [1994]. "De sobremesa: El vértigo de lo invisible". En *Leyendo a Silva*, ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Tomo II. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 377-393.
- May, Herbert and Bruce Metzger (eds). 1973. *The Second of Book Commonly Called Exodus*. In *The New Oxford Annotated Bible with Apocrypha. Revised Standard Version*. New York: Oxford University Press. 67-121.
- Maya, Rafael. 1965. "José Asunción Silva". *Arco* (61): 782-792.
- Melgarejo, María del Pilar. 2003. "Academia, Lengua y Nación: prácticas, luchas y políticas del conocimiento. Para una genealogía del campo académico en Colombia, 1853-1910". En *Estudios Culturales Latinoamericanos. Restos desde y sobre la región andina*. Catherine Walsh, ed. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar. 171-188.
- , 2006. "El discurso de la lengua nacional en Freyre y Bello". *Gilberto Freyre e os estudos latinoamericanos*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Meyer-Minneman, Klaus. 1991 [1994]. "De sobremesa de José Asunción Silva". En *Leyendo a Silva*, ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Tomo II. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 323-375.
- , 1997. "Silva y la novela de fin de siglo". En *Leyendo a Silva*, ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Tomo III. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 393-414.
- Moore, Ernest R. 1949. "El maestro Justo Sierra". *Hispanic Review*. 17: 3. 251-256.
- Moré Belford. 2004. "La construcción ideológica de una base empírica: selección y elaboración en la gramática de Andrés Bello". Del Valle, José, Gabriel-Stheman (eds.). *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. La Casa de la Riqueza. Estudios de Cultura de España, 4. Iberoamericana: Vervuert. 67-92.
- Nieto Arteta, Luis Eduardo. 1942 [1962]. *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Nouzeilles, Gabriela. 2000. *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Núñez, Rafael. 1855 [1986]. "La Federación". En *Escritos políticos*. Bogotá: El Ancora Editores. 19-28.
- , 1862 [1986]. "Circular sobre la desamortización de bienes de manos muertas". En *Escritos Políticos*. Bogotá: El Ancora Editores. 29-35.
- , 1878a [1945]. "Una carta". En *La reforma política en Colombia*. Vol. 4. Tomo II. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 19-20.

- . 1878b [1945]. “Regeneración práctica”. En *La reforma política en Colombia*. Vol. 4. Tomo II. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 21-25.
- . 1879 [1945]. “Regeneración”. En *La reforma política en Colombia*. Vol. VI. Tomo II. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 95-99.
- . 1880 [1945]. “Discurso pronunciado en la Universidad Nacional con motivo de la distribución de premios el día 19 de diciembre de 1880”. En *La reforma política en Colombia*. Vol. VI. Tomo II. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 413-421.
- . 1881 [1885]. “Necesidad de concierto”. En *La reforma política en Colombia*. Vol. II. Tomo I-(1). Bogotá: Imprenta de la Luz. 11-15.
- . 1882a. [1945]. “La paz científica”. En *La reforma política en Colombia*. Vol. II. Tomo I-(1). Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 93-98.
- . 1882b [1998]. “Degeneración”. En *Los mejores artículos políticos*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda. 55-60.
- . 1883a [1945]. “Regeneración o rehabilitación”. En *La reforma política en Colombia*. Vol. 2. Tomo 1(2). Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 131-136.
- . 1883b [1986]. “La Reforma”. En *Escritos políticos*. Bogotá: El Ancora Editores. 48-53.
- . 1883c [1945]. “La Sociología”. En *La reforma política en Colombia*. Vol. II. Tomo I-(1). Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 353-373.
- . 1885a [1944-1950]. *La Reforma Política en Colombia*. Colección de artículos publicados en "La Luz" de Bogotá y "El Porvenir" de Cartagena de 1881 a 1884. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Imp. Nacional y Editorial A. B. C.
- . 1885b [1986]. “Discurso ante el Consejo Nacional Constituyente”. En *Escritos políticos*. Bogotá: El Ancora Editores. 74-81.
- . 1888 [1986]. “El Renacimiento y la libertad religiosa”. En *Escritos políticos*. Bogotá: El Ancora Editores. 82-88.
- . 1891a [1946]. “La ley o la libertad en la justicia”. En *La reforma política en Colombia*. Vol. VIII. Tomo IV. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 35-51.
- . 1891b [1946]. “A propósito de chibchas”. En *La reforma política en*



- Colombia*. Vol. VIII. Tomo IV. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 237-244.
- . 1891c [1946]. “El principio de autoridad en las repúblicas”. En *La reforma política en Colombia*. Vol. VIII. Tomo IV. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 79-87.
- . 1892 [1946]. “La ley del progreso” En *La reforma política en Colombia*. Vol. X. Tomo V. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 45-54.
- . 1893a [1950]. “La lección de México”. En *La reforma política en Colombia*. Tomo VI. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 14-21.
- . 1893b [1950]. “Sociología”. En *La reforma política en Colombia*. Tomo VI. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. 129-135.
- Obregón, Diana. 1992. *Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición 1859-1936*. Bogotá: Banco de la República.
- Ortiz Vidales, Salvador. 1949. *Los Bandidos en la Literatura Mexicana*. México: Tehutle.
- Osiek, Betty T. 1978. *José Asunción Silva*. Boston: Twayne Publishers.
- Osorio, José Jesús. 2006. *José Asunción Silva y la ciudad letrada*. New York: The Edwin Mellen Press.
- Palacios, Marco. 1980. “La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica”. *Revista Mexicana de Sociología*. 42:4. 1663-1689.
- . 1995. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma.
- . 2002. “La Regeneración ante el espejo liberal y su importancia en el siglo XX”. En Miguel Antonio Caro y la cultura de su época. Rubén Sierra (ed). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Palacios, Marco, Frank Safford. 2002. *Colombia: Fragmented Land, Divided Society*. Oxford: Oxford University.
- Palazón Mayoral, María Rosa y Columba Galván Gaytán. 1997. “El centro contra las periferias (el nacionalismo defensivo de Altamirano)”. *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*. Manuel Sol y Alejandro Higashi, eds. Veracruz: Universidad Veracruzana. 97-113.
- Pedraza, Zandra. 1999. *En Cuerpo y alma: visiones del progreso y la felicidad*. Bogotá: Departamento de Antropología. Universidad de los Andes.

- Perus, Françoise. 1976. *Literatura y sociedad en América Latina*. México, D.F.: Siglo Veintiuno editores.
- Pineda, Enrique Juventino. 1936. "Chagoyán y los Plateados". En Morelos legendario [Narraciones]. Cuernavaca, Morelos. Ediciones Bernal Díaz. 15-23.
- Pineda Camacho, Roberto. 2000. *El Derecho a la Lengua. Una Historia de la política lingüística en Colombia*. Estudios Antropológicos No. 4. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Poblete, Juan. 1997. "Rama, Foucault, González Echevarría: el problema de la construcción del espacio discursivo del siglo diecinueve latinoamericano". *Angel Rama y los estudios latinoamericanos*. Mabel Moraña (ed), Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. 249-269.
- Popoca Palacios, Lamberto. 1912. *Historia del bandalismo en el Estado de Morelos ¡Ayer como ahora! ¡1860! ¡Plateados! ¡1911! ¡Zapatistas!*. Puebla: Tipografía Guadalupana.
- Rabin, Lisa. 2000. "The "Voz" and the "Vocerío": José Asunción Silva Faces Culture at the Foot of Bolívar's Statue". *Revista de Estudios Hispánicos*. 34 (3): 607-624.
- RAE. Sept. 2007. *Diccionario de la Real Academia Española*. [www.rae.es](http://www.rae.es).
- Rama, Ángel. 1970. *Rubén Darío y el modernismo (circunstancia socioeconómica de un arte americano)*. Caracas: Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
- , 1984. *La Ciudad Letrada*. Hanover, N.H.: Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio. 1989. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo xix*. Fondo de Cultura Económica: México.
- , 1996. *Paradojas de la letra*. Ediciones eXcultura: Caracas.
- Renán, Ernest. 1987. *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*. Madrid: Alianza.
- Robinson, Amy. (n.d.). 2003. "Imagining Mexican Bandits: The Literary Construction of Late Nineteenth-Century Criminality". Manuscrito presentado en *Latin American Studies Association*. Dallas, Texas. March 27-29.
- Robles, Pablo. 1891 [1982]. "Pueblos heroicos – Martín Sánchez Chagollán". *Los Plateados de Tierra Caliente (1891). Episodios de la Guerra de Tres Años en el estado de Morelos. Cuento semi-histórico*. La Matraca: México.
- Rojas Otálora, Jorge Enrique. 1994. "Clemencia y el Zarco: la mirada dual de Altamirano". *Literatura Mexicana*. 1: 53-71.

- Roggiano, Alfredo. 1949. "José Asunción Silva: aspectos de su vida y de su obra". *Cuadernos Americanos* 9: 589-599.
- Rosenberg, S.L. Millard. 1930. "La prosa mexicana". *Hispania*. 13:1. 7-19.
- Ruiz, José Salvador. 2005. "El laberinto de la aculturación: ciudadanía y nación mestiza en El Zarco de Ignacio Manuel Altamirano". *Revista Iberoamericana*. 27-35.
- Samper, José María. 1883. "Los hispanoamericanos en Europa" En *América Latina: producciones selectas en prosa y verso*, ed. Francisco Lagomaggiori. Buenos Aires: La Nación. 280-87.
- Sánchez Prado, Ignacio. 2004. "La novela a la muerte de los proyectos: La virgen de los sicarios frente a De sobremesa". *Kipus. Revista Andina de Letras*. 17: 113-127.
- Sanín Cano, Baldomero. 1978. Comp., prólogo y cronología J.G. Cobo Borda. *El oficio de lector*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Schwarz, Roberto. 1992. *Misplaced Ideas: Essays on Brazilian Culture*. London: Verso.
- Schmidt, Friedhelm. 1999. "Amor y nación en las novelas de Ignacio Manuel Altamirano". *Literatura Mexicana*. 10:1-2. 99-117.
- Schulman, Iván. 1969. *Martí, Darío y el modernismo*. Madrid: Gredos.
- y Evelyn Picon Garfield. 1984. "Las entrañas del vacío". *Ensayo sobre la modernidad hispanoamericana*. México: Cuadernos Americanos.
- , 2002. *El proyecto inconcluso: la vigencia del modernismo*. México D.F.: Siglo veintiuno.
- Segre, Erica. 2000. "An Italicised Ethnicity: Memory and Renascence in the Literary Writings of Ignacio Manuel Altamirano". *Modern Language Studies*. Vol xxxvi, No. 3. 266-78.
- Sierra, Justo. 1878a [1997]. "Liberales-Conservadores". En Charles Hale, *Justo Sierra: Un liberal del Porfiriato*. México: Fondo de Cultura Económica. 56-57.
- , 1878b [1997]. "El partido moderado". En Charles Hale, *Justo Sierra: Un liberal del Porfiriato*. México: Fondo de Cultura Económica. 58-60.
- , 1880 [1997]. "Carta al Sr. Ignacio M. Altamirano". En Charles Hale, *Justo Sierra: Un liberal del Porfiriato*. México: Fondo de Cultura Económica. 82-84.
- , 1889 [1984]. "El Maestro Altamirano". En *Homenaje a I.M. Altamirano (1834-1893)*, ed. Fernando Tola de Habich. Puebla: Premiá editora de libros.

- . 1885 [1977]. “México social y político (apuntes para un libro)”. *Evolución política del pueblo mexicano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 295-328.
- . 1899 [1997]. “Carta al General Porfirio Díaz”. En Charles Hale, *Justo Sierra: Un liberal del Porfiriato*. México: Fondo de Cultura Económica. 111-112.
- . 1902 [1977]. *Evolución política del pueblo mexicano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Silva, José Asunción. 1881-1896 [1996]. *Cartas (1881-1896)*. Recopilación y notas de Fernando Vallejo. Ediciones Casa Silva.
- . 1894. [1990]. “Doctor Rafael Núñez”. En *Obra Completa*. Edición crítica Héctor H. Orjuela, coordinador. Colección Archivos, 7. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 381-390.
- . 1895 [1990]. “Al pie de la Estatua”. En *Obra Completa*. Edición crítica Héctor H. Orjuela, coordinador. Colección Archivos, 7. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 17-25.
- . 1925 [1990]. “De Sobremesa.” En *Obra Completa*. Edición crítica Héctor H. Orjuela, coordinador. Colección Archivos, 7. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 227-351.
- Silva, Renán. 2002. “La Universidad Colombiana en el siglo XIX. Entre la precariedad, la politización y las guerras civiles”. *Revista Credencial Historia*. 154.  
[www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/octubre2002/launiversidad](http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/octubre2002/launiversidad)
- Sol Manuel y Alejandro Higashi (eds.). 1997. *Homenaje a Ignacio Altamirano (1834-1893)*. México: Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias Universidad Veracruzana.
- Sol, Manuel. 2000. “Introducción”. En *El Zarco. Episodios de la vida mexicana en 1861-63*. (1901). Ignacio Manuel Altamirano. 1901. Veracruz: Clásicos Mexicanos, Universidad Veracruzana.
- Sommer Doris. 1991 [2004]. *Ficciones Fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Fondo de cultura económica: Bogotá.
- Sosa D. Francisco. 1901. “Prólogo”. En *El Zarco (Episodios de la vida mexicana en 1861-63)*. México: Establecimiento editorial de J. Ballezá y C.<sup>a</sup>, Sucesor. 9-14.
- Stabb, Martin s. 1959. “Indigenism and Racism in Mexican Thought: 1857-1911”. *Journal of Inter-American Studies*. 1:4. 405-423.
- Tola de Habich, Fernando (ed.). 1984. “Presentación”. En *Homenaje a I.M. Altamirano (1834-1893)*. Puebla: Premiá editora de libros. VII-XLIII.

- Trigo, Benigno (ed). 2002. *Foucault and Latin America. Appropriations and Deployments of Discursive Analysis*. Routledge: London.
- Uribe Uribe, Rafael. 1995. *La Regeneración Conservadora de Nuñez y Caro*. Bogotá: Instituto para el Desarrollo de la Democracia Luis Carlos Galán.
- Urrego, Miguel Ángel. 1997. "La noción de ciudadanía bajo la regeneración. Colombia 1880-1900". En *El siglo XIX. Bolivia y América Latina*. La Paz: Muela del Diablo editores.
- Valderrama Andrade, Carlos (ed). 1997. *Miguel Antonio Caro y La Regeneración. Apuntes y documentos para la comprensión de una época*. Tomo XCVI. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Vallejo, Fernando. 1995. *Chapolas Negras*. Bogotá: Alfaguara.
- Villanueva-Collado Alfredo. 1988. "Ideología y política: la corrupción de la semilla histórica en De sobremesa." *Discurso Literario* 6 (1): 255-266.
- , 1997. "La ficción crítica". En *Leyendo a Silva*, ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Tomo III. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 349-379.
- , 2005. "Max Nordau, cultura helénica e inversión sexual en De Sobremesa, de José Asunción Silva." *Ciberletras: Revista de crítica literaria y cultura* 12. <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v12/villanuevacollado.html>
- Villegas, Abelardo. 1977. "Prólogo". En Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. XI-XXV.
- Von der Walde Uribe, Erna. 1997. "Limpia, fija y da esplendor: el letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX". *Revista Iberoamericana*. Enero – Junio. Vol. LXIII, núms. 178-179. Pgs. 71-83.
- Williams, Raymond Leslie. 1987. "Colombia". *Handbook of Latin American Literatura*. Ed. David William Foster. New Cork and London: Garland. 153-90.
- Tirado Mejía, Álvaro. 1983. *Descentralización y Centralismo en Colombia*. Bogotá: La oveja negra.
- Wright-Rios, Edward N. 2004. "Indian Saints and Nation-States: Ignacio Manuel Altamirano's Landscapes and Legends". *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*. 20(1): 47-67.
- Zea, Leopoldo. 1980. *Pensamiento Positivista Latinoamericano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.